

LAZARO CARDENAS



- 1 Los límites de la política cardenista: la presión externa, por Lorenzo Meyer
- 9 Confusiones y aciertos de la educación cardenista, por Josefina Vázquez de Knauth
- 13 Cárdenas: del maximato al presidencialismo, por Tzvi Medin
- 18 Lázaro Cárdenas y el neutralismo actual, por Enrique Suárez Gaona
-

I Testamento político de Cárdenas

- 25 Los comunistas y el régimen de Cárdenas, por Lyle C. Brown
- 35 Crítica: Leopoldo Zea / Manuel Blanco / Rubén Venadero / Aurelio de los Reyes / Miguel Guardia / Jesús Velasco Márquez / Luis Carlos Emerich / Argelio Gasca

Portada: dibujo de Elvira Gascón

Autónoma de México

Consejo de Administración: José González Casanova / Secretario General: Químico Manuel Madrazo Garamendi
UNIVERSIDAD DE MEXICO / Organó de la Dirección General de Difusión Cultural
Leopoldo Zea / Editor: Jorge Alberto Manrique / Dirección artística: Vicente Rojo, Adolfo Falcón

o. piso,
Calle de México 20, D. F.
Tel. 123 y 124
Edificio presidencial
No. 15, publicado
en el mismo año.
\$ 00
\$ 00 Extranjero Dls. 8.00

Administración: María Luisa Mendoza Tello

Patrocinadores:
Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A.
Unión Nacional de Productores de Azúcar, S.A.
Financiera Nacional Azucarera, S.A.
Ingenieros Civiles Asociados [ICA]
Banco Nacional Financiera, S. A.

LOS LIMITES DE LA POLITICA CARDENISTA: LA PRESION EXTERNA

Al asumir la presidencia el general Lázaro Cárdenas en 1934 todo parecía indicar que la *élite* revolucionaria mexicana, con Calles al frente, había decidido estabilizar el nuevo sistema de dominación a través de un compromiso con la *élite* económica tradicional: la hacienda y los enclaves económicos formados por la inversión extranjera directa en la minería y el petróleo durante el porfiriato. Había transcurrido más de una década desde el fin de la etapa armada de la Revolución, y la movilización de los grupos populares a los que se había acudido para acabar con el antiguo régimen no se había traducido en una verdadera institucionalización ni se había intentado emplear a fondo la nueva fuerza política que representaban para destruir o debilitar las instituciones económicas tradicionales.

La reforma agraria, desde Venustiano Carranza hasta Abelardo Rodríguez, había logrado distribuir únicamente 7.6 millones de hectáreas de tierras agrícolas, cifra relativamente baja si se tiene en cuenta que la propiedad latifundista al iniciarse la Revolución había sido calculada en 57.7 millones de hectáreas.¹ El intento por transformar los enclaves económicos había sido más decidido, particularmente en el caso de la industria petrolera. Tras una larga controversia iniciada en 1912 sólo se había logrado redactar y mantener el párrafo IV del artículo 27 de la Constitución de 1917 que reintegraba a la nación la propiedad de los hidrocarburos en el subsuelo; esta reforma modificó de manera sustancial la situación jurídica de las empresas petroleras, casi todas ellas extranjeras.² Sin embargo, para 1934 poco se había logrado en lo que se refería a un control real por parte del Estado sobre esa industria; los intentos de efectuar una modificación sustantiva en el funcionamiento de las empresas petroleras terminaron en compromisos tales como los llamados Acuerdos de Bucareli en 1923 o los Morrow-Calles de 1928-1929.³ Ambos acuerdos fueron precedidos por serias crisis en las relaciones entre México y Estados Unidos. El único resultado de tales crisis fue la aceptación por parte del gobierno norteamericano —y en menor medida de las empresas— de un cierto aumento en los impuestos así como la transformación de los títulos de propiedad anteriores a 1917 en concesiones, pero ningún cambio efectivo en la naturaleza de sus operaciones cotidianas.⁴

El presidente Cárdenas habría de impedir que las políticas de compromiso de Obregón y Calles con las estructuras prerrevolucionarias se consolidaran definitivamente. Esta posibilidad de cambio existió desde el momento mismo en que el general Lázaro Cárdenas fue nombrado candidato del partido oficial, pues su candidatura obedeció a cierta presión de los cuadros intermedios descontentos ante los compromi-

dos cada vez más evidentes de Calles con los antiguos grupos dominantes. Esos cuadros intermedios de la *élite* política no se habían visto favorecidos en nada por tales componendas y sí resentían la ostentosa corrupción del grupo íntimo de Calles que no les tomaba en cuenta.⁵ El descontento de ese sector no sólo se manifestó apoyando a Cárdenas sobre el general Treviño como candidato oficial a la presidencia; también introdujo modificaciones al proyecto del Primer Plan Sexenal que serviría de programa de gobierno para el periodo 1934-1940 —plan elaborado de acuerdo con las directrices del Jefe Máximo—, cuando éste fue presentado a la consideración de los miembros del PNR. El objetivo inicial del plan había sido el de limitar la libertad de acción de Cárdenas, sobre quien Calles tenía algunas reservas. Sin embargo las modificaciones introducidas al proyecto original por los miembros del partido lo convirtieron en un plan político relativamente radical, y finalmente quien quedó constreñido fue Calles y no Cárdenas.⁶

Una vez afianzado en el poder, y teniendo un relativo control del ejército, Cárdenas inició una rápida movilización de ciertos sectores obreros y campesinos, a quienes el conservadurismo de Calles había apartado del proceso político. Estas circunstancias le permitieron enfrentarse con buen éxito al Jefe Máximo de la Revolución y a su grupo. Fue como parte de esta movilización y de la eliminación la influencia conservadora del callismo, que Cárdenas reabrió el problema de las reformas agraria y petrolera, así como de la posibilidad de un desarrollo no capitalista. La movilización fue complementada rápidamente con una notable institucionalización de la actividad política de los nuevos sectores, lo que permitió al presidente concentrar un poder político mayor que el de sus antecesores.⁷ El apoyo oficial a la Confederación de Trabajadores de México (CTM), y la creación de la primera gran central campesina, la Confederación Nacional Campesina (CNC), permitieron la reorganización del partido oficial entre 1937 y 1938 dentro de una estructura corporativa, en que además de las centrales obreras y campesina se contaba al ejército y a un sector popular, que agrupó principalmente a la burocracia y a otros elementos de los sectores medios. Ampliada y reformada la base de poder, el presidente Cárdenas pudo, por fin, iniciar la destrucción de la hacienda con un vigoroso reparto agrario que dio a los ejidos 17.8 millones de hectáreas de tierra cultivable. La economía de enclave perdió igualmente su posición estratégica con la expropiación de dieciséis empresas petroleras extranjeras que se habían negado a aceptar una decisión de la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje en relación al primer contrato colectivo que en 1936 había empezado a negociar el recién

constituido Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana, sindicato apoyado por la CTM y por Cárdenas. Las empresas decidieron no ceder a las demandas económicas de sus obreros, como no habían accedido a las demandas de Carranza, Obregón y Calles cuando éstos intentaron hacerles aceptar el cambio de su situación real y jurídica de acuerdo con el espíritu y la letra del artículo 27. No se opusieron por carecer de recursos para satisfacer las demandas sindicales, sino porque una rendición tal ante éstas, apoyadas abiertamente por el gobierno, hubiera conducido en poco tiempo a otras nuevas exigencias que terminarían por arrancarles el control efectivo de la industria.⁸ Sin embargo, las empresas no tomaron en cuenta que esta vez las circunstancias internas e internacionales habían modificado las relaciones de fuerza en favor del gobierno mexicano. Cuando, tras una reunión de gabinete en el Palacio Nacional el 18 de marzo de 1938, Cárdenas leyó a la nación, por radio, el decreto de expropiación, la comunidad empresarial extranjera, el gobierno norteamericano y aun la opinión pública nacional, fueron tomadas por sorpresa.⁹ Si la decisión de Cárdenas en relación al petróleo se mantenía, la naturaleza de las relaciones de México con el exterior se modificaría sustancialmente.

II

Según el propio testimonio del general Cárdenas, fue el 8 de marzo —y tras infructuosas reuniones con los representantes de los intereses petroleros— que él tomó la decisión de expropiar. Consideró que el apoyo interno con que contaba era mayor que el de sus predecesores, y que el peligro representado por Alemania y Japón que había llevado a los Estados Unidos a buscar la consolidación de la unidad hemisférica y a comprometerse a una política de no intervención y cooperación con latinoamérica, impediría que los Estados Unidos apoyaran a las fuerzas anticardenistas o tomaran una represalia militar o económica que frustrara el logro de la expropiación. La expropiación, según el presidente, daría a México: “la gran oportunidad de liberarse de la presión política y económica que han ejercido en el país las empresas petroleras que explotaban, para su provecho, una de nuestras mayores riquezas, como es el petróleo, y cuyas empresas han estorbado la realización del programa social señalado en la Constitución Política.”¹⁰ Para Cárdenas, esta decisión representaba en buena medida la consumación de uno de los objetivos centrales del programa revolucionario de 1910. El subsecretario de Relaciones Exteriores, Mario Beteta, dirigió el 9 de marzo una comunicación a los representan-

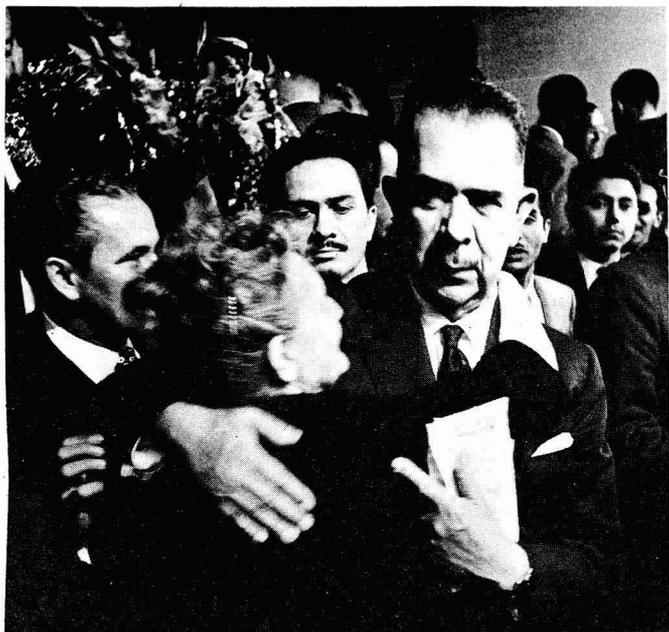
tes de México en el extranjero. En esta nota Beteta anuncia la posibilidad de la expropiación; México, dijo, tenía una oportunidad única y que no debía dejar pasar pues los riesgos al expropiar eran pocos comparados con la posibilidad de rescatar uno de sus principales recursos naturales. “Probablemente se suscitarán algunas dificultades económicas, y quizá algunas reclamaciones internacionales; pero el Gobierno tiene fe en que podrá salir adelante...”¹¹ Así pues, la decisión de expropiar la industria petrolera, decisión imposible siquiera de ser considerada en la década anterior, cuando la reforma petrolera tuvo objetivos más modestos pero que desembocaron en serias crisis internacionales, se tomó en 1938 con una notable despreocupación. La medida se mantuvo pero el optimismo oficial desapareció pronto. El desarrollo de la controversia entre México, las empresas afectadas y sus respectivos gobiernos, se prolongó hasta 1942 y mostró que si en lo fundamental los cálculos de Cárdenas fueron acertados, los obstáculos a superar fueron mucho más serios de lo que se desprende de los documentos anteriores y tuvieron repercusiones indelebles en el programa general de reformas del cardenismo; estas repercusiones terminaron por alterar su naturaleza misma.

III

En el memorandum del 9 de marzo de 1938, Beteta había previsto “algunas dificultades económicas” en caso de que la industria petrolera fuera expropiada, pero estas dificultades fueron bastante serias. Por una parte, las ventas de plata mexicana a Estados Unidos, que constituían el principal renglón de exportaciones, se vinieron abajo debido a que el Departamento del Tesoro de Estados Unidos se negó a prorrogar el arreglo especial de compra que había celebrado con el gobierno mexicano en 1934. No importó que esta medida afectara a los intereses mineros norteamericanos en México. El efecto de esta política fue inmediato; en 1938 las exportaciones de plata se redujeron en un 50% en relación a las del año anterior y para 1940 —cuando llegaron al punto más bajo— representaron apenas un sexto de las de 1937. Como resultado hubo una disminución notable en los ingresos fiscales en un momento en que gran parte de los gastos del gobierno federal —que habían crecido notablemente— se venían financiando a través del déficit.¹² El Departamento de Estado aceptó desde un principio el derecho de México para expropiar las propiedades petroleras, pero insistió en que la compensación debía de ser efectiva, adecuada e inmediata y no aceptó que ésta se efectuara en un lapso de diez años como lo estipulaba la ley de expropiación de 1936. La crisis

económica de México impidió siquiera intentar cumplir con esta demanda y Washington se unió entonces a las empresas petroleras en un boicot sistemático a las exportaciones de petróleo mexicano. El objetivo era poner a México en una situación tan crítica que, sin derribar al gobierno cardenista, llevara a éste a aceptar el retorno de los petroleros. Cuando ciertas empresas norteamericanas independientes, entre las que destacaron la Eastern States Corporation de Texas y la Davis and Company de Nueva York, aceptaron la tarea de colocar el combustible expropiado en el exterior, el Departamento de Estado vigiló sus actividades muy de cerca y el Departamento de Comercio puso en aprietos a la Eastern hasta que ésta y México demostraron que la empresa no estaba comprando el petróleo mexicano por debajo de su costo de producción, lo que era contrario a las leyes norteamericanas anti-dumping.¹³

El Departamento de Estado intervino igualmente para que el estado de Nueva York no permitiera el almacenamiento de combustible mexicano destinado a ser reexportado a Europa.¹⁴ Cuando el grupo Sinclair llegó en 1940, independientemente de las otras empresas, a un arreglo con México en relación a la compensación, se vio en aprietos para poder introducir el combustible mexicano que recibió como parte del pago: el gobierno de Texas le acusó de deprimir los precios en el mercado norteamericano.¹⁵ Las empresas expro-



piadas no sólo lograron que los Estados Unidos se cerraran al petróleo mexicano (cierre que, debe señalarse, nunca fue total); también los mercados de Inglaterra, Francia y otros países consumidores importantes se vieron presionados para no aceptar las ofertas de combustible mexicano pese a su precio muy competitivo. A pesar de las graves diferencias ideológicas, en 1938 y 1939 México se vio obligado a colocar el grueso de su producción petrolera en Alemania, Italia y en menor medida en Japón, quienes lo aceptaron, no obstante la presión en contra de la Standard Oil y la Royal Dutch Shell, porque México aceptó parte del pago en especie. Con el inicio de la Segunda Guerra en 1939 estos mercados se perdieron debido al bloqueo aliado. Desde el principio México intentó vender parte de su combustible en América Latina y de un modo u otro se colocó combustible mexicano en Brasil, Chile, Guatemala, Nicaragua, Cuba y Uruguay, y en menor cuantía en Paraguay y Panamá. Pero en todos los casos se tuvo que hacer frente a las presiones de los representantes diplomáticos americanos y a los de las empresas expropiadas, que presionaron ante los gobiernos del hemisferio para que no se concertara ningún acuerdo con México. En muchos casos la presión fue efectiva como por ejemplo en Argentina que desde el principio se negó a recibir petróleo mexicano; Nicaragua y Cuba suspendieron de mala gana sus compras después de que los ministros norteamericanos se entrevistaron con Somoza y Batista, que no habían podido resistir la tentación de aprovechar los bajos precios a los que México les ofreció su combustible.¹⁶ En otros casos, como en el de Guatemala, una guerra de precios y —es justo señalarlo— la ineficiencia de PEMEX,¹⁷ echaron por la borda los esfuerzos por abrir el mercado latinoamericano al petróleo recién nacionalizado.

Washington mantuvo una considerable presión económica sobre México no sólo interfiriendo con las exportaciones de plata y petróleo, sino vetando créditos norteamericanos destinados a financiar operaciones del gobierno mexicano o de empresas privadas mexicanas.¹⁸ Los Estados Unidos también insistieron ante Cárdenas para que se llegara a un arreglo sobre la compensación a los terratenientes norteamericanos afectados por la reforma agraria, a quienes, se decía, se debían más de treinta millones de dólares, y para que se detuviera la afectación de propiedades norteamericanas. Cada nueva expropiación agraria que afectaba a norteamericanos era vigorosamente objetada por Washington.¹⁹ Fue únicamente el recrudecimiento de la Segunda Guerra, la hostilidad de Japón, la moderación del nuevo gobierno de Avila Camacho y la necesidad de obtener bases militares en México (que finalmente no se concederían), así como su cooperación

activa en los programas de defensa continental,²⁰ lo que llevó a Washington a aceptar a fines de 1941 que la compensación a las empresas norteamericanas expropiadas fuera a plazos, haciendo a un lado su demanda de una compensación inmediata. A raíz de este arreglo se facilitaron amplios créditos a México para mejorar su sistema ferroviario junto a otras medidas similares de cooperación económica entre las que se encontró la rehabilitación de la industria petrolera misma. Esta nueva política norteamericana, junto con la gran demanda de exportaciones mexicanas originadas por la guerra y el aumento en el consumo interno de petróleo, permitió que México superara las dificultades en su comercio exterior motivadas por su decisión de expropiar la industria petrolera.

IV

La reacción interna fue abrumadora en favor de la medida expropiatoria, y así lo reconoció la embajada norteamericana misma.²¹ Sin embargo el conflicto con los intereses extranjeros acentuó la oposición interna, que vio en esta acción un nuevo ataque a la propiedad privada en general. También vio la posibilidad de contar con el apoyo de Washington, indispensable en todo esfuerzo por desplazar a Cárdenas. Esta oposición interna no se concretó tan sólo a la malograda rebelión cedillista —iniciada dos meses después de la expropiación petrolera— sino que tuvo una importancia mayor. La crisis económica que se originó en 1937, en parte como consecuencia del conflicto entre México y las empresas petroleras y que se agudizó en 1938, vino a reforzar las ambiciones y los argumentos contra el programa cardenista; Cedillo era sólo una parte de esa oposición.²² Los elementos opositores tuvieron un gran peso entonces porque los programas reformistas de Cárdenas no surgieron enteramente como una demanda genuina de los sectores populares a quienes se proponía favorecer. El tono socialista *sui generis*, tan característico del cardenismo, y en general todos los aspectos radicales de su política tenían la base precaria propia de toda "revolución desde arriba". Y de esto tenían conciencia los sectores más conservadores dentro y fuera del partido. La facilidad con que se desecharon los rasgos anicapitalistas y socialistas después de 1940 se debió a esta situación; ni el movimiento obrero ni los campesinos organizados habían desarrollado para 1938 (o después) una conciencia de sus intereses y objetivos independiente de las directivas oficiales. La oposición en cambio sí contaba con una idea más o menos clara de sus intereses y del peligro que representaba para el futuro la consolidación de algunos de los rasgos del populismo cardenista. Esta posición se encontraba tanto



entre los remanentes del antiguo régimen (éste era el caso de los terratenientes o de los intereses extranjeros), como entre la naciente clase empresarial nacional que había continuado desarrollándose durante la Revolución. Lo que era más importante, la oposición estaba entre los miembros mismos de la *élite* revolucionaria que se habían ligado ya, o esperaban ligarse, a los sectores antes mencionados y que deseaban el retorno a una línea política más conservadora y predecible, similar a la elegida por Obregón y Calles y durante el maximato.²³

Para fines de 1937 —y según los informes del servicio diplomático y de inteligencia norteamericano— había en México rumores sobre la posibilidad de que como en el caso de las rebeliones de De la Huerta y Escobar, un sector del ejército se pronunciara contra Cárdenas. Este grupo, siempre según los rumores, estaría acaudillado por varios generales conservadores entre los que destacaban: Saturnino Cedillo, exsecretario de Agricultura de Cárdenas y que se había separado del gabinete por no estar de acuerdo con el programa de reforma agraria, y que contaba con una base política y militar propia en San Luis Potosí; Juan Andrew Almazán, que comandaba la zona militar con sede en Monterrey y que tenía un gran apoyo entre los empresarios de esa zona; el expresidente Abelardo Rodríguez en Baja California; Román Yocupicio, gobernador de Sonora; el exsecretario de

la Guerra Joaquín Amaro. Se llegaba a mencionar al mismo Avila Camacho, que ocupaba entonces la Secretaría de la Defensa. Según estos informes, la coordinación entre los jefes militares descontentos era muy débil cuando Cedillo se vio obligado a rebelarse contra Cárdenas, (que lo había colocado ante la disyuntiva de rebelarse o perder su base de poder al ordenarle que se trasladara a Michoacán en un momento en que aún no había completado sus preparativos militares). La precipitación y el fracaso casi inmediato de Cedillo, pusieron fin por algún tiempo a los rumores en torno a un levantamiento militar.²⁴ Es posible suponer que los titubeos de los enemigos de Cárdenas dentro del aparato militar se debieron no sólo a la acción de Cedillo sino también a lo mucho que arriesgaban los posibles líderes en caso de fracasar. Por ejemplo, para fines de los años treinta Almazán era ya un hombre de gran fortuna, hecha sobre todo a través del control de una compañía que obtuvo importantes contratos gubernamentales para la construcción de carreteras; Abelardo Rodríguez era igualmente un próspero hombre de empresa con intereses cuantiosos en la industria pesquera, el turismo y otras actividades.

La oposición dentro del ejército no desapareció nunca del todo, aunque sí se hizo más cauta. Un ejemplo del descontento latente lo constituyó un pequeño grupo encabezado por los generales Fortunato Zuazua, Francisco Coss y Ramón E. Iturbe, quienes se pusieron a la cabeza del llamado Frente Constitucional Mexicano, que atacó directamente a Cárdenas con una violenta crítica a la CTM y en particular a su líder Lombardo Toledano y se manifestó contra la influencia socialista emanada del sector obrero. En el tono nacionalista de este tipo de crítica —que apareció en muchas formas y de muchas fuentes— se advertía la influencia de las corrientes fascistas de la época a las cuales no les faltaron agentes en México.²⁵

Fue el problema de la sucesión presidencial el que volvió a activar la oposición a Cárdenas dentro de los propios círculos del grupo dominante. En parte esta situación hizo que los preparativos preelectorales se iniciaran antes de lo acostumbrado. Desde fines de 1938 empezaron a moverse dentro del partido intereses en busca de apoyo para un gran número de aspirantes a la nominación oficial; entre los que más destacaron se encontraban: Avila Camacho, Almazán, Francisco Mújica, Sánchez Tapia, Gildardo Magaña, Yocupicio, Castillo Nájera y otros menos viables (todos los precandidatos mencionados eran generales). Las corrientes dentro del partido pronto se cristalizaron en torno a Avila Camacho, Almazán y Mújica: los dos primeros representaban corrientes contrarias a la política cardenista y sólo Mújica era garantía

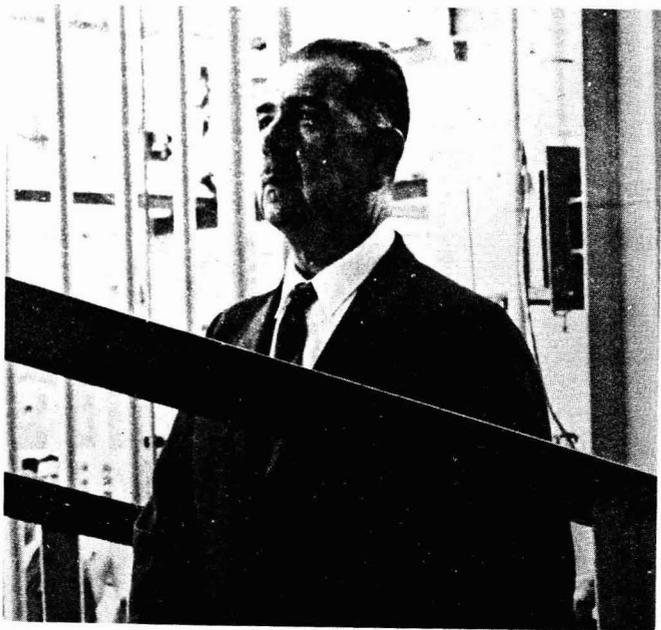
de su continuidad. Aparentemente Mújica no logró atraer a su lado a una parte sustancial de los sectores influyentes dentro del partido; mientras que un número importante de comunidades agrarias se pronunciaron en su favor, Avila Camacho contó con el apoyo de la mayoría de los miembros de las dos cámaras del Congreso, de los gobernadores de los estados y de una parte de las comunidades agrarias. Cárdenas tuvo entonces la última palabra y en febrero, cuando Lombardo Toledano y la CTM se pronunciaron por Avila Camacho quedó claro que había sido éste a quien el presidente había decidido apoyar. El que Mújica y el resto de los contendientes quedaran eliminados puede interpretarse como la aceptación por parte de Cárdenas de que no contaba con la fuerza necesaria para superar la oposición desatada por sus reformas entre la *élite* política. Almazán no se conformó con esta derrota del cardenismo y decidió continuar en la justa electoral, pero fuera del partido, como candidato de la oposición. Para marzo de 1939, a sólo un año de la expropiación, la embajada norteamericana pudo informar a Washington que cualquiera que fuese el resultado de la campaña electoral de 1940 la etapa izquierdista del proceso político mexicano había concluido.²⁶ Fue por ello que Almazán no tuvo muchas posibilidades de tomar el poder —aunque eso no fuera tan fácil de visualizar en ese momento— pues ya no representaba una alternativa real. A pesar de ello Almazán intentó obtener el apoyo del gobierno norteamericano, pero no obtuvo éxito.²⁷ Para Washington —así como para muchos de los mexicanos influyentes y descontentos con los programas cardenistas— no tenían sentido los riesgos de alterar el orden interno en México para evitar que el candidato oficial sucediera a Cárdenas en momentos en que era necesario consolidar la unidad interamericana para hacer frente a la inestabilidad internacional. Además, un movimiento contra Cárdenas no podría dejar de producir una indeseable agitación en el campo, en donde existían importantes grupos campesinos armados por Cárdenas y que le eran incondicionales. En realidad a Washington le llegó a preocupar la posición de extrema derecha de Almazán y de ciertos miembros de su grupo por sus posibles relaciones con elementos fascistas. Para el gobierno norteamericano la posición de Avila Camacho resultaba más razonable y conveniente.²⁸ Por un momento la embajada norteamericana llegó a temer que la exagerada presión de la derecha contra Cárdenas, le obligara a reelegirse para mantener la estabilidad.²⁹

Desde mediados de 1939 los círculos oficiales mexicanos y norteamericanos estuvieron un tanto preocupados ante la posibilidad de que se produjera una revuelta almazanista en 1940.³⁰

Quizá por ello, así como por las necesidades de la defensa continental, el Departamento de Estado no objetó el que en 1939 bancos norteamericanos concedieran al gobierno mexicano crédito para la compra de nuevos armamentos, en particular aviones, en los Estados Unidos.³¹ La temida rebelión se redujo en 1940 a pequeños levantamientos —especialmente en el norte— cuando se declaró la victoria electoral de Avila Camacho sobre Almazán (el cual tenía el apoyo de importantes sectores en los centros urbanos). La satisfacción norteamericana ante los cambios políticos que habían ocurrido en México a partir de 1938 y que habían concluido con la elección de un presidente que contaba con su simpatía, quedó confirmada públicamente con la presencia del vicepresidente norteamericano en la ceremonia de la transmisión de poderes en México 1940.

V

Es necesario efectuar una investigación más completa sobre las causas que llevaron al régimen cardenista a detener su política reformista después de 1938, pero sin duda una de ellas fue el hecho de que el populismo cardenista se basó en la movilización, pero no en la participación efectiva de los sectores populares llamados a aumentar su base de poder. Las reformas cardenistas se hicieron de arriba hacia abajo y



no hubo una fuerza masiva consciente e independiente que pudiera defender el terreno conquistado cuando los intereses creados dejaron sentir su presión en los altos círculos gubernamentales. Esta presión fue en gran medida de origen interno, pero la oposición extranjera a aspectos claves del programa reformista fue un elemento que influyó decisivamente en el viraje a la derecha que se inició después de la expropiación petrolera.

La delicada situación internacional creada por la política expansionista de los países del Eje, que ponía en entredicho todo el sistema de balance del poder, llevó a los Estados Unidos a cuidar que su presión no pusiera en peligro la precaria estabilidad política mexicana y abriera la posibilidad de la toma del poder por elementos ultraderechistas y quizá pro-fascistas. A la vez, el Departamento de Estado decidió seguir —a raíz de la expropiación petrolera— una política de presión diplomática y económica que permitiera al gobierno cardenista mantenerse en control de la situación pero de manera un tanto precaria, bajo la amenaza de verse sumido en cualquier momento en una crisis económica de proporciones inmanejables.³² El objetivo era detener definitivamente las transformaciones que se proponía Cárdenas hacer al sistema de propiedad y de dependencia externa; y ese objetivo se logró. Por ejemplo, cuando en 1938 el presidente Cárdenas presentó a la industria minera un proyecto de ley que daba al Estado un mayor control sobre sus actividades, y que además favorecía la creación de cooperativas mineras como una forma de iniciar el rescate de esta actividad de manos de los consorcios internacionales, los representantes de las grandes empresas mineras lo rechazaron. El presidente, con la crisis petrolera en todo su apogeo, no tuvo más remedio que abandonar el proyecto.³³ Las posibilidades de transformación de las economías de enclave había llegado ya al límite. La reforma agraria continuó a pesar de las protestas internacionales, pero ello se debió tanto a un notable esfuerzo de Cárdenas por resistir a las demandas norteamericanas, como al hecho de que en este caso los intereses afectados eran principalmente nacionales y los extranjeros poco importantes en comparación con la minería o el petróleo. Aun así, la presión norteamericana sobre Cárdenas en este aspecto resultó casi intolerable.

A más de treinta años de distancia la reforma agraria cardenista y la expropiación petrolera quedan como dos de las más brillantes páginas del proceso revolucionario mexicano. Con ellas la Revolución llegó a su conclusión. La reorganización del partido y la institucionalización de las fuerzas movilizadas por Cárdenas son la otra cara del cardenismo y su valoración es más difícil. Si bien este proceso le

permitió efectuar y mantener la reforma agraria y petrolera, también cerró definitivamente la posibilidad de un desarrollo autónomo de las organizaciones obreras y campesinas; claro que no parece haber sido esa la intención original, ni fue tampoco obra exclusiva del cardenismo, pero a pesar de ello es parte de su herencia, y tan crucial como la decisión de liquidar la hacienda de los enclaves económicos.

El juicio que podamos dar sobre la obra del general Cárdenas dependerá en gran medida de nuestro propio sistema de valores; pero cualquiera que este juicio sea, no puede ignorar que si los años de 1934-1940 no fueron una extensión del maximato, se debió a una decisión consciente y arriesgada del general Cárdenas. El cardenismo no era inevitable. Los obstáculos a que tuvo que hacer frente fueron muchos y algunos resultaron insuperables; pero el general Cárdenas no dio marcha atrás sino después de haber agotado todas sus posibilidades, y esto se puede decir de muy pocos de sus antecesores o sucesores.

NOTAS

1. Esta última cifra está basada en cálculos hechos por James Wilkie en que no se define claramente qué se considera un latifundio: *The Mexican Revolution: Federal Expenditure and Social Change Since 1910*, Berkeley, University of California Press, 1967, p. 189.
2. Desde el inicio de la producción petrolera, a principios del siglo, hasta la expropiación, el capital extranjero controló entre el 97% y el 99% de la inversión total; este capital fue predominantemente inglés, norteamericano y holandés; Lorenzo Meyer *México y Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*, México, El Colegio de México, 1968, pp. 15-17.
3. *Ibid.*, pp. 131-148, 151-185 Manuel González Ramírez: *Los llamados Tratados de Bucareli: México y los Estados Unidos en las Convenciones Internacionales de 1923*, México, s.p.i., 1939; Harold Nicholson: *Dwight Morrow*, New York, Harcourt, Brace and Company, 1935.
4. Para 1917, las compañías petroleras extranjeras controlaban a través de arriendo o compra 2 151 025 hectáreas y casi todas ellas consistían en terrenos petrolíferos probados; National Archives of Washington, State Department Papers (de aquí en adelante esta fuente se citará simplemente como NAW) 812.6363/293.
5. Bertha Lerner Sigal: "Partido Revolucionario Institucional" en Antonio Delhumeau Arrecillas (ed.): *México: realidad política de sus partidos*, México, Instituto Mexicano de Estudios Políticos, A.C. 1970, pp. 67-68.
6. Moisés González Navarro, *La Confederación Nacional Campesina. Un grupo de presión en la reforma agraria mexicana*, México: Costa-Amic, Editor, 1968, pp. 102-105.
7. La relación entre movilización, institucionalización y concentración de poder por un lado y creación de poder político dentro del sistema, se encuentra claramente tratado al nivel teórico y

ejemplificado con el caso mexicano en: Samuel P. Huntington: *Political Order in Changing Societies*, New Haven, Yale University Press, 1969, pp. 1-92 y 315-324.

8. Este punto se desprende claramente de las publicaciones de las propias empresas expropiadas, véase por ejemplo el folleto de la Standard Oil Company (N.J.): *Confiscation or Expropriation? México's Seizure of the Foreign-owned Oil Industry*, New York, 1940.
9. Bryce Wood: *The Making of the Good Neighbor Policy*, New York, W.W. Norton & Company, Inc., 1967, p. 204.
10. "Diario personal del general Cardenas", *El Universal*, 22 de octubre de 1970.
11. Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México (de aquí en adelante esta fuente se citará simplemente como AREM), Subsecretario de Relaciones a las misiones diplomáticas de México en el extranjero, 9 de marzo de 1938; III/628 "938"/2 L-E-555, la parte, f.4.
12. En relación al problema de la plata, véanse entre otras, las siguientes obras: E. David Cronon: *Josephus Daniels in Mexico*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1960, pp. 190-191; Bruce Wood: *op. cit.*, pp. 223-227; Francisco Cuevas Cancino: *Roosevelt y la buena vecindad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 155.
13. NAW, memoranda de Bursley, de la Division of the American Republics del Departamento de Estado al subsecretario Sumner Welles del 5,8,22,28 de diciembre de 1938 y 7 de enero de 1939; 812.6363/5282,5283, 5285,5286 y 5323.
14. NAW, correspondencia intercambiada entre el alcalde de la ciudad de Nueva York y el subsecretario de Estado Sumner Welles, el 12 y 14 de diciembre de 1938; 812.6363/5240.
15. Patrick J. Hurley: *La lucha por el petróleo mexicano. Declaración del coronel... abogado de la "Consolidated Oil Corporation" ante la Comisión de Ferrocarriles del Estado de Texas*, México, Editorial Cultura, 1940.
16. La documentación en torno a este problema es abundante, véase por ejemplo: NAW, Legación Norteamericana en Managua a Departamento de Estado, 13 de septiembre de 1938, 14 de julio y 7 de agosto de 1939 y memoranda de Beauloc y Bursley de la Division of American Republics del Departamento de Estado de 2 de febrero y 6 de junio de 1939; 812.6363/4764, 5937,6008,5393 y 5937. Para el caso cubano, véase: embajada norteamericana en la Habana a Departamento de Estado del 18 de mayo de 1939; 812.6363/5823.
17. Los problemas de PEMEX en Guatemala pueden verse en: AREM, embajador de México en Guatemala al presidente Avila Camacho del 5 de marzo de 1942; III/628 "938"/2 L-E-592, Guatemala ff 178-183.
18. NAW, memoranda de Duggan de la Division of the American Republics al Adviser on International Economic Affairs del Departamento de Estado, del 7 de julio de 1938; del Adviser on International Economic Affairs del 11 de julio de 1939; de Bursley de la Division of the American Republics al subsecretario Welles, del 31 de octubre de 1939 e informe de Welles al embajador Daniels en México, del 13 de noviembre de ese mismo año; 812.6511/9, 812.655 Rayon Yarn/2 y 812.51/2406.
19. Véase por ejemplo el problema de las expropiaciones en el Valle del Yaqui, Cronon: *op.cit.*, pp. 212-216 ss.

20. Bryce Wood: *op.cit.*, pp. 264-265.
21. Josephus Daniels Papers, Library of Congress en Washington, D.C. (de aquí en adelante esta fuente se citará simplemente como JDP), carta del embajador Daniels al presidente Roosevelt del 22 de marzo de 1938, Caja 16.
22. En realidad la relación directa entre la rebelión cedillista y la expropiación existió, pero es de poca importancia. De hecho nunca se comprobó plenamente que Cedillo hubiese recibido ayuda de los petroleros aunque es verdad que sus representantes tuvieron contacto con éstos, listos, es posible que le hayan entregado algunos pertrechos. En relación a este punto véase: *El Nacional* (17 de junio de 1938); E. Marrón de Angelis y Fernández Boyolo: *Lo que no se sabe de la rebelión cedillista*, México, s.p.l., 1938. Los petroleros también estuvieron en contacto con representantes del general Almazán y posiblemente de Avila Camacho mismo, pero no hay prueba documental del resultado de tales contactos: NAW, cónsules de Chihuahua y Ciudad Juárez al Departamento de Estado del 27 y 30 de junio de 1939 y del 26 y 30 del mismo mes y año respectivamente; 812.00/359 y 361, 812.6363/5873 y 812.00-Chihuahua/361.
23. En relación a los intereses creados a que tuvo que hacer frente el cardenismo y su influencia a partir de 1938, véanse los comentarios de Jesús Silva Herzog en su ensayo "La Revolución Mexicana es ya un hecho histórico" en *Cuadernos Americanos* Vol. XLVII (septiembre-octubre de 1949), pp. 7-16.
24. Los documentos relacionados con este asunto son varios, entre los más importantes se encuentran: NAW William P. Blacker, encargado de negocios norteamericano en México a Departamento de Estado, 17 de agosto de 1937, 812.00/30485; memorandum interno de la Division of The American Republics del Departamento de Estado, 27 de mayo de 1938, 812.6363/4104; embajada norteamericana a Departamento de Estado 20 de abril de 1938 y consejero de la embajada Boal a ese mismo departamento del 3 y 14 de mayo de ese año, 812.6363/3574,3858 y 812.00/30557.
25. Véase el manifiesto del *Frente Constitucional Democrático* de 15 de septiembre de 1938 así como: NAW, informes de los cónsules norteamericanos en Ciudad Juárez y Nuevo Laredo al Departamento de Estado del 12 de agosto y 28 de noviembre de 1938; 812.00/30608 y 30650. El problema de la influencia fascista en México en ese momento se encuentra tratado en la obra de Betty Kirk: *Covering the Mexican Front: The Battle of Europa Versus America*, Norman, University of Oklahoma Press, 1942.
26. NAW, embajador Daniels a Departamento de Estado, del 6 de

marzo de 1939 y cónsul norteamericano en Chihuahua a ese mismo departamento, del 24 de junio de 1940; 812.00/30704 y 31114.

27. NAW, carta personal del consejero de la embajada norteamericana Boal a L. Duggan del Departamento de Estado, del 11 de julio de 1939; 812.00/30774 1/2 y memorandum interno de la Division of the American Republics del Departamento de Estado de Burley a Duggan del 2 de agosto de 1939; 812.00/30801.
28. NAW, cónsul general norteamericano en México a Departamento de Estado, del 10 de julio de 1939 e informe del agregado naval de la embajada norteamericana del 16 de abril de 1940; 812.00/31010 1/2.
29. NAW, embajador Daniels a Departamento de Estado de 22 de diciembre de 1939; 812.00/30874.
30. NAW, consejero de la embajada norteamericana Boal a Departamento de Estado del 13 de junio de 1939; cónsules norteamericanos en Ciudad Juárez y Monterrey a ese mismo departamento del 6 de julio de 1939 y 20 de abril de 1940 respectivamente y agregado naval norteamericano al Departamento de la Marina del 17 de mayo de 1940; 812.248/286, 812.00/30762,31013 y 31109.
31. NAW, memorandum interno de la Division of the American Republics del Departamento de Estado del 29 de agosto de 1939; 812.248/296.
32. El 17 de marzo de 1939, el agregado comercial norteamericano informó a sus superiores en el Departamento de Estado, que el sistema financiero mexicano estaba tan debilitado por los graves problemas económicos que se venían presentando desde 1937 que una presión diplomático-económica verdaderamente severa por parte de los Estados Unidos lo hundiría en una crisis irreparable; NAW, 812.516/603. El gobierno mexicano estaba muy consciente de esta posibilidad; en una conversación entre el subsecretario de Relaciones Exteriores de México, Ramón Beteta, y L. Duggan del Departamento de Estado, el primero admitió que si los Estados Unidos se empeñaban, podía lograr la caída del gobierno cardenista, a lo que Duggan respondió que esa no era la intención de su gobierno; NAW, memorandum de conversación entre L. Duggan de la Division of the American Republics y Beteta del 19 de junio de 1939, 812.6363/5862.
33. Marvin D. Bernstein: *The Mexican Mining Industry 1890-1950: A Study of Interaction of Politics, Economics and Technology*, Albany, State University of New York, 1964, p. 175.



Josefina Vázquez de Knauth

CONFUSIONES Y ACIERTOS DE LA EDUCACION CARDENISTA

En diciembre de 1933, en la ciudad de Querétaro, la Convención del Partido Nacional Revolucionario aclamaba como candidato al general Lázaro Cárdenas, al tiempo que le entregaba el Plan Sexenal, una especie de bomba de tiempo. El Plan Sexenal aspiraba a llevar a cabo la transformación social y económica de México. Contenía todos los aspectos de la obra gubernativa y en cada uno establecía criterios, indicando en algunos casos las realizaciones concretas que se alcanzarían año por año. Se hablaba de distribución y explotación de la tierra, de sindicalización de todos los trabajadores, de la implantación del seguro social, de lograr la independencia económica de México, etcétera. Un programa tan ambicioso no podía pasar por alto el renglón educativo, ya que desde la independencia siempre se le había visto como el medio para transformar al país, modelando en la escuela un tipo nuevo de mexicano. Además de un extenso plan para la educación pública, para lo cual se programaba un aumento anual de 1% sobre lo que se destinaba a educación en el presupuesto del país, que en 1934 alcanzaba el 15% del total, se establecía que la educación impartida debía ser "socialista". Las finalidades de la nueva educación serían: 1) vigorización del concepto de nuestra nacionalidad; 2) formación y desarrollo del concepto de la preminencia de los intereses de la colectividad sobre los privados o individuales; 3) formación de un tipo de hombre superior desde el punto de vista físico; 4) uniformidad de los sistemas y de los programas; 5) tendencia hacia la escuela activa y utilitaria, en que el niño y el adulto aprendan haciendo; 6) "exclusión de toda enseñanza religiosa, para proporcionar respuesta verdadera, científica y racional a todas y cada una de las cuestiones que deben ser resueltas en el espíritu de los educandos, a fin de formarles un concepto exacto y positivo del mundo que les rodea y de la sociedad en que viven, ya que de otra suerte la escuela no cumplirá su misión social".

En los debates de la Convención y en los de las Cámaras, era obvia la confusión que había en la interpretación que se daba a la palabra socialismo. Algunos la interpretaban como agresivo nacionalismo económico, otros como una búsqueda de la justicia social, vagamente concebida en la matriz de las instituciones capitalistas, y sólo un pequeño grupo la entendía como la aplicación del patrón marxista de una sociedad sin clases. La reforma pasó de todas formas a la Cámara de Diputados el 10 de octubre, y con algunos ajustes nacionalistas consiguió la aprobación de la de Senadores el 19 de octubre de 1934. En su parte fundamental decía:

La educación que imparta el Estado será socialista y,

además de excluir toda doctrina religiosa, combatirá el fanatismo y los prejuicios, para lo cual la escuela organizará sus enseñanzas y actividades en forma que permita crear en la juventud un concepto racional y exacto del Universo y de la vida social. Sólo el Estado—Federación, Estados y Municipios— impartirá educación primaria, secundaria, normal. Podrán concederse autorizaciones a los particulares que deseen impartir educación de los grados anteriores, de acuerdo, en todo caso, con las siguientes normas. . . En tal virtud, las corporaciones religiosas, los ministros de los cultos, las sociedades por acciones, que exclusiva y preferentemente realicen actividades educativas y las asociaciones o sociedades ligadas directa o indirectamente con la propaganda de un credo religioso, no intervendrán en forma alguna en la escuela primaria, secundaria o normal, ni podrán ayudarlas económicamente.

Si recordamos que los problemas religiosos de 1926 habían nacido de la aplicación de la educación laica que exigía el artículo tercero de la Constitución de 1917, comprenderemos lo difícil de la situación para el nuevo gobierno. El artículo reformado representaba un verdadero monopolio educativo por parte del Estado y los ánimos no estaban tan calmados como para no temer problemas. Pero no había remedio, el nuevo presidente se vio obligado a cargar con la herencia callista.

Lo decisivo en cualquiera ley es la interpretación que se le dé, pero hacía falta una idea coherente sobre lo que en verdad se intentaba. Ninguno de sus sostenedores, del mismo secretario García Téllez (que sirvió los primeros meses) para abajo, fue capaz de definirla claramente. En forma vaga se entendía como conjunto de conocimientos y técnicas pedagógicas encaminadas a promover en el niño y en el joven una concepción científica del mundo y de la vida, de manera de despertarle una conciencia clasista que preparara el terreno para el advenimiento de una sociedad socialista en el futuro. "La calificamos de socialista", decía Luis Chávez Orozco, "porque descansa en una tesis filosófica dialéctica y de acuerdo con esta tesis, sabemos que tendremos que llegar, irremisiblemente, a la desaparición de las clases sociales, a la sociedad socialista".¹

Sin duda era ingenua la creencia de llevar a cabo una transformación tan completa por medio de un decreto, ya que más que nunca se planteaba el problema de cómo transformar primero a los maestros, con qué elementos y con qué material. La ocasión y el tema eran buenos para la palabrería, tanto más que la radicalización revolucionaria llegaba en un momento en que los intelectuales estaban desilusionados y por tanto no podían auxiliar al nuevo

movimiento, que al no tener gente apta que lo expresara, degeneró en un marxismo demagógico y en un oscuro cientismo². Se puso a funcionar de inmediato un Instituto de Orientación Socialista y se publicaron montones de panfletos y libros, pero ni uno ni otros fueron capaces de aclarar la situación, ya que sólo repetían, glosaban y confundían lo que decía el Plan Sexenal, en especial las finalidades de la educación, y el texto mismo del artículo reformado.

La primera víctima lo fueron los nuevos programas escolares. El Instituto de Orientación Socialista encargó su elaboración a una comisión de profesores. En menos de tres meses se redactaron los nuevos programas sin la debida meditación y estudio sobre las condiciones mexicanas y sus necesidades. La inspiración vino de los modelos soviéticos, entonces de moda en México gracias a un libro traducido del inglés por Celerino Cano.³ El sistema se basaba en la organización de todo el contenido de la enseñanza alrededor de tres ideas fundamentales, la naturaleza, el trabajo y la sociedad. Lo que la comisión hizo en realidad, fue agrupar los materiales de los programas tradicionales bajo los tres enunciados y rellenarlos con palabrería. De hecho la reforma siguió el camino que siguen siempre las reformas en México, se cambiaron los programas, se cambiaron los textos, se lanzaron discursos y folletos, nuevos departamentos administrativos, pero como los maestros eran los mismos, se continuó enseñando lo mismo, envuelto simplemente en una retórica en la que abundaban los términos "explicación científica", "disciplina colectiva", "lucha de clases", "socialismo científico", "proletariado mundial". Se escribieron cantos alusivos a la lucha de campesinos y obreros y se cantaba corrientemente la Internacional. Se publicaron obras de Marx, Plejanov y otros grandes del socialismo mundial, junto a otras hechas en casa, como la de List Arzubide, *Lo que Marx quiso decir*, o Miguel Bustos, *Sindicato Infantil*. Algunas trataron el problema de la lucha obrera y campesina en México, como el *Zapata* de Arzubide y *La huelga de Río Blanco*, de Mancisidor.

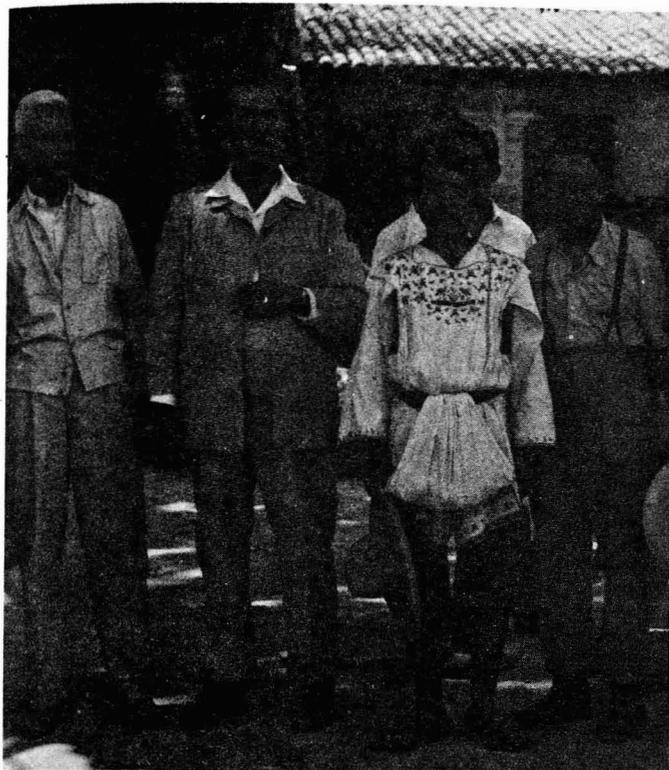
En los programas de estudio se mezclaban también los temas de reivindicación social con un nacionalismo exaltado. En la enseñanza normal se instituyó la enseñanza de "los conceptos básicos de la aplicación del materialismo dialéctico al estudio de la historia". En la enseñanza secundaria se creó un curso de Orientación Socialista para estudiar "los distintos conceptos sociales: el religioso, el militar, el político, el ético, el jurídico y el educativo... partiendo del concepto económico de la sociedad y de las instituciones de la propiedad, bases de la estructura social".⁴ En todas las materias de enseñanza media se subrayaba la formación de la

conciencia de clase y se llegaba a declarar que la lengua inglesa debía convertirse en "instrumento de servicio social y no de explotación".⁵

La historia, se insistía, era la que más había que transformar, porque hasta entonces se había enseñado en forma tendenciosa para servir a las clases opresoras. Ahora sería expuesta "en forma *objetiva*, considerando que en la base de todo acontecimiento social existe un factor económico que en gran parte lo determina". Debía destacarse la universalidad de la lucha de clases y en la historia de México, "el valor trascendental que en la estructura de nuestra nacionalidad tienen los elementos de las civilizaciones precortesianas", así como la Revolución de 1910, un paso más hacia "una nueva sociedad sin explotadores y sin explotados".⁶

A partir de 1935 empezaron a aparecer también los nuevos libros de lectura: la "Serie S.E.P." para las primarias urbanas y la "Serie Simiente" para las rurales, ambas publicadas por la Comisión Editora Popular, que se constituyó para ese objeto. Las características salientes de los libros eran las mismas de los programas. Se insistía en los temas del sindicato, la huelga, el campesino, los explotadores, la guerra imperialista y el heroísmo de Cuauhtémoc, Hidalgo, Morelos, Juárez, Madero y Zapata. Eran frecuentes expresiones como ésta: Cuauhtémoc "defendió la independencia de su pueblo contra los españoles, quienes mandados por Hernán Cortés vinieron a despojar de sus tierras a los indígenas". "Morelos amó a los humildes, a los desposeídos, y era natural que así fuese, él también fue un *proletario*... Al ordenar el reparto de tierras, fraccionando las grandes haciendas poseídas por españoles y criollos españolizados entre labriegos indígenas, *construyó las bases del agrarismo revolucionario*".⁷

Se consideraba que los niños debían enterarse "de cuál es la situación social de los trabajadores, de las causas que la originan, de las contradicciones del régimen burgués, de los vicios, errores y prejuicios que de él emanan y que contribuyen a su mantenimiento, así como de la conveniencia de sustituirlo por otro más justo... y de la forma única de poder alcanzar esto: la *lucha*".⁸ Realmente, tomado esto al pie de la letra, el Estado parecía estar predicando contra sus fundamentos mismos. Contra lo que aducían los profesores tradicionalistas, estos libros no enseñaban al niño el lado bello de la vida, trataban de familiarizarlo con la lucha de clases, el proletariado, la guerra imperialista. "La guerra —podía leerse en el libro de sexto año— es el asesinato colectivo que los capitalistas fraguaron para ahogar en sangre los justos anhelos de los oprimidos, que en la tierra luchan para conseguir un poco de pan, alguna libertad y garantía para sus exigencias... La *lucha armada* solamente es justificada



cada cuando persigue objetivos de liberación y justicia para los oprimidos.”⁹ Aquí y allá se insistía en “un nuevo tipo de héroe”, como Alexis Stajanov, “joven oscuro, minero soviético”, que con sus esfuerzos contribuía a la grandeza de su país.¹⁰

Es difícil caracterizar la resistencia de algunos sectores. El arzobispo de México, Pascual Díaz, había condenado la escuela socialista aun antes de su aprobación. El 10. de julio de 1934 recordó a los padres de familia su responsabilidad para resistirse al establecimiento y en caso de no conseguirlo, su obligación de retirar a sus hijos de los centros de enseñanza. Recordó a los profesores que el socialismo contenía herejías que los harían incurrir en excomunión.¹¹

Pero el elemento más importante en el fracaso de la nueva enseñanza fue su propia incongruencia. Programas y libros obstaculizaron, más que favorecieron, el funcionamiento de la escuela. La discordia volvía a presentarse y, lo que es peor, la reforma producía víctimas. Entre 1935 y 1939 hubo muchos casos de maestros desorejados y asesinados, presionados entre la demagogia desaforada de un lado y de la ignorancia fanática del otro. La Secretaría de Educación empezó a “interpretar” la reforma de manera más moderna. “Uno de los problemas capitales de la actual administración —se explicaba en la Memoria de la Secretaría correspondiente a ese sexenio— fue definir la tendencia de la nueva educación, terminando de una vez por todas con las *dudas que se han hecho surgir*, unas veces por incomprensión y otras deliberadamente, en cuanto a los *verdaderos propósitos* del mandato constitucional. . . Resultaba difícil satisfacer las variadas tendencias. . . En el fondo de lo que se trataba era de señalar a la educación pública una *finalidad amplia y generosa*, tanto por lo que toca a la concepción del Universo y de la vida, como a la organización y actividades peculiares de la escuela.”¹² Se empezó a insistir simplemente en los tipos de educación que se juzgaba que México necesitaba: educación popular para masas campesinas y urbanas y enseñanza técnica en los niveles superiores. Se intentó planear el sistema de educación superior a nivel nacional supeditándolo a las necesidades e intereses del país, para lo cual se creó el

Consejo Nacional de la Educación Nacional y la Investigación Científica. Por el otro lado, la Secretaría empezó a ser “flexible” en cuanto a los colegios privados.

En 1937 se convocó un Congreso Nacional de Educación Popular que creó una Comisión Nacional y los Ejércitos de la Cultura. Se dividió el país en zonas atendidas por promotores especiales. Los “ejércitos” formados por niños y adultos, le inyectaron entusiasmo a la labor alfabetizadora, pero su acción fue reducida.

La preocupación constante del presidente era el campo, de ahí la multiplicación de las escuelas rurales. Los problemas de la tierra y del indio, simbolizados en la aceptación de Zapata en el panteón de los héroes, se enfrentaron con una actitud decidida por buscar soluciones propias. Se constituyó el ejido, en gran medida una vuelta a la tradición colonial, tan negada por el liberalismo, modernizada con el deseo de beneficiar las tierras con la posibilidad del uso de la maquinaria. En cuanto al indio, hubo el empeño de educarlo y ayudarlo a elevar su nivel de vida, de manera que pudiera contribuir con frutos a la vida nacional. Para atender los problemas debidamente se creó el Departamento Autónomo de Asuntos Indígenas y se celebraron ocho Congresos Indígenas (entre 1936 y 1940), la Primera Asamblea de Filólogos y Lingüistas (1938) y el Primer Congreso Indigenista Interamericano. De todo ello resultaron las nuevas experiencias educativas con el fin de incorporar al indio y enseñarle el español una vez que hubiera aprendido a leer en su propia lengua. Con el objeto de experimentar en ese sentido se instaló un instituto en Michoacán que trabajaría con la población tarasca.

En cuanto a la educación técnica, la otra gran preocupación del sexenio, desde 1935 se creó un Instituto Nacional de Educación para Trabajadores, cuyo cometido era fundar escuelas técnicas en todos los niveles; pero el gran logro lo constituyó la fundación, en 1937, del Instituto Politécnico Nacional.

El año de 1938 fue de gran significación para México. Por un lado se transformaba el PRN en el Partido de la Revolución Mexicana, que intentaba dar representación a mayor número de sectores de la sociedad mexicana. Por el otro, y como respuesta al desafío de las compañías petroleras extranjeras a las autoridades del país, se expropió la industria petrolera ante un júbilo que conmovió a todos los mexicanos. El mismo arzobispo de México, monseñor Luis María Martínez, michoacano más flexible que su antecesor, declaró que pedía a Dios “que los católicos, en esta hora de prueba, sepan cumplir con su deber como ciudadanos, de conformidad con la doctrina tradicional de la Iglesia”.¹³

Ante el peligro de una intervención extranjera y el espectro de la guerra mundial que se sentía inminente, la virulencia "socialista" empezó a decaer. Era difícil parar de la noche a la mañana todo el mecanismo de propaganda y todavía aparecieron textos socialistas, pero la meta de la *unidad nacional* empezó a tener primacía e influyó en el cambio de tono que expresaba claramente la Ley Orgánica de Educación aprobada en 1939. No sólo concedía en forma clara que "los particulares o instituciones privadas pueden colaborar con el Estado para impartir el servicio público educativo", sino que expresaba unas finalidades más moderadas a la educación:

La educación tendrá como principal finalidad la formación de hombres armónicamente desarrollados en todas sus capacidades físicas e intelectuales y aptos para:

I. Participar permanentemente en el ritmo de la evolución histórica del país, en la realización de los postulados de la Revolución Mexicana, esencialmente en los aspectos de la liquidación del latifundismo, independencia económica nacional y creación de una economía propia organizada en beneficio de las masas populares, consolidación y perfeccionamiento de las instituciones democráticas y revolucionarias y elevación del nivel material y cultural del pueblo.

II. Intervenir con eficacia en el trabajo que la comunidad efectúa para conocer, transformar y aprovechar la naturaleza y

III. Propugnar una convivencia social más humana y más justa en la que la organización económica se estructure en función preferente de los intereses generales y desaparezca el sistema de explotación del hombre por el hombre.¹⁴

Era obvio el cambio de conceptos, se buscaban, dentro de la ley, los denominadores comunes que permitieran al país volver a la concordia y con ello se empezó a desplazar toda la palabrería que sonaba hueca. Se mantuvieron programas y textos, pero poco a poco empezaron a aparecer otros, cuya proposición era simplemente mexicanista.

El sexenio de 1934 a 1940 significó, a pesar de la escuela socialista, un nuevo renacimiento de la educación, que desde la salida de Vasconcelos había decaído. Es interesante comparar el porcentaje del presupuesto gastado en la educación

en los diversos gobiernos, para aquilatar la importancia que, con todos los obstáculos, se le dio. Durante la época de Obregón se llegó a gastar hasta un 15% del presupuesto general de la nación; con Calles, bajó a un promedio de 7%; a partir de 1930 subió a un 11%, aunque en 1933 se gastó el 14%. En el sexenio cardenista se gastó entre el 15 y 17%, y en 1937 alcanzó un 17.9%. La escuela primaria, urbana y en especial la rural, la publicación de libros y material didáctico y las bibliotecas populares, volvieron a ser una preocupación constante. Se organizó la educación técnica y se sentaron las bases para el desarrollo de las universidades estatales, se convirtió el Departamento de Psicopedagogía en Instituto Nacional de Pedagogía. En 1939 se creó el Instituto Nacional de Antropología e Historia y en 1940, se transformó la Casa de España en México, fundada para dar albergue a los intelectuales españoles transterrados, en El Colegio de México. Era una obra educativa limitada tal vez desde las perspectivas de hoy, pero considerable en una década de depresión económica mundial y problemática en el ámbito nacional.

NOTAS

1 Luis Chávez Orozco y R. Preciado: *La escuela mexicana y la sociedad mexicana*. México, Editorial Orientaciones, 1937, p. 76.

2 Luis Villoro: "La cultura mexicana de 1910 a 1960". *Historia Mexicana*, X:2 (oct.-dic. 1960), p. 206.

3 Isidro Castillo: *México y su revolución educativa*; México, Editorial Pax-México, 1968, p. 405.

4. Secretaría de Educación Pública: *La educación pública en México, desde el 10. de diciembre de 1934 hasta el 30 de noviembre de 1940*. México, 1941, tomo II, p. 271.

5 *Ibid.*, I, p. 233.

6 *Ibid.*, II, p. 65.

7 G. Lucio: *Simiente. Libro segundo*. México, 1935, p. 24 y *Simiente. Libro cuarto*. México, 1935, p. 7.

8 "Dos palabras a los maestros" *Serie S.E.P. Libro cuarto*. México, 1938, p. 9.

9 *Serie S.E.P. Sexto año*. México, 1940, pp. 199-200

10 *Serie S.E.P. Quinto año*. México, 1939, pp. 240-242.

11 Alberto Bremauntz: *La educación socialista en México*. México, 1943, pp. 207-208.

12 *La educación pública en México*, I, p. 23.

13 Nathaniel y Sylvia Weyl: "La reconquista de México (Los días de Lázaro Cárdenas)". *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, IV:7 (1952) p. 288.

14 *Diario Oficial*, 3 de febrero de 1940.



CARDENAS. DEL MAXIMATO AL PRESIDENCIALISMO

Los principios postulados por la Constitución de 1917 comenzaron a concretarse paulatinamente durante el periodo del caudillismo revolucionario por medio de los gobiernos de Obregón y Calles. Estos, a pesar de zigzagueos y claudicaciones, comprensibles por las circunstancias históricas y lo complejo de la situación posrevolucionaria, comenzaron a seguir el derrotero fijado por la Constitución. Se logró la institucionalización de la Revolución y la unidad nacional, y asimismo se dieron diferentes avances en los campos de la reforma agraria, la organización obrera, la lealtad del ejército a las instituciones nacionales y otros. Pero la esencia revolucionaria de este proceso fue desvirtuada por el maximato. El freno a la reforma agraria, la política conservadora de los círculos gobernantes y la creciente presencia de los capitales extranjeros, aunado al culto del Jefe Máximo, constituían negros nubarrones en el cielo revolucionario, que presagiaban el completo desvío del movimiento social y la posible implantación de regímenes de esencia verdaderamente antirrevolucionaria, antipopular y antidemocrática; todo ello en nombre de la Revolución y por medio de la demagogia seudorrevolucionaria.

Es por esto que el sexenio 1934-1940 se constituía en un periodo de enorme trascendencia para el futuro de México. Cárdenas era la interrogante. ¿Un pelele más que contribuiría con su sumisión al lento pero seguro fenecer revolucionario, o el hombre que se atrevería a decir no al maximato callista y acabar con su funesto predominio en todos los ámbitos del acontecer nacional?

Los primeros años de la década de los 30 habían presenciado, sobre el trasfondo de la crisis económica mundial, la extensión de un malestar general tanto entre los campesinos como en los círculos obreros, afectados constantemente por la baja de salarios, el desempleo, y los frecuentes conflictos con los patrones. Las huelgas irrumpían constantemente, y en el campo se daban inclusive levantamientos armados, como el de Veracruz en 1933, donde 15 000 campesinos tomaron las armas para obligar al gobierno a desistir de sus intentos de liquidar a los ejidos.

Este sentir y esta acción popular hicieron eco en el seno mismo del Partido Nacional Revolucionario y en su Segunda Convención, en la cual se postuló el Primer Plan Sexenal y se proclamó la candidatura presidencial de Lázaro Cárdenas, se manifestó la presencia combativa de círculos radicales y verdaderamente revolucionarios, dispuestos a luchar por una reorientación y revitalización del espíritu y de la acción renovadora. La presencia de estos círculos se hizo patente fundamentalmente en la discusión de dos de los puntos

básicos del Proyecto del Plan Sexenal presentado a la Convención: la reforma agraria y la orientación educativa a seguir en el próximo sexenio. En lo agrario Calles había elegido nuevos rumbos, y había declarado que, según su opinión, "el agrarismo tal cual se entendió y practicó por los revolucionarios es un verdadero fracaso, hay que fijar un término para la dotación de tierras y al finalizar el mismo no continuar con ello, es necesario dar garantías a pequeños y grandes agricultores".¹ En la Convención, Graciano Sánchez habló en representación de los círculos agraristas, denunciando la mala situación de los campesinos y la desvirtuación de la reforma agraria, y presentando una serie de exigencias que resultaron apoyadas por una mayoría abrumadora. Lo mismo sucedió con respecto al plano educativo. El proyecto, elaborado por una Comisión de Programa presidida por Carlos Rivapalacios, uno de los fieles callistas, sostenía el laicismo procurando tan sólo darle una interpretación avanzada. La mencionada comisión no aceptó la educación socialista, que era expresión, aunque confusa, de aspiraciones radicales no únicamente en lo educativo, sino también en lo socioeconómico, hacia cuya reforma o revolución se quería encaminar la formación de las conciencias populares. Pero en la Convención se logró imponer la orientación socialista, contrariando así la decisión de la comisión y la voluntad de los círculos dirigentes del Partido y de los allegados a Calles.

A los círculos netamente radicales se agregaban, en su postura anticallista, personajes de la talla de Emilio Portes Gil o bien del general Cedillo, que se había opuesto constantemente a la política anticlerical de Calles.

Pero cualquiera que fuese la orientación a seguir en los próximos años, todos tenían la clara conciencia de que el PNR era el único instrumento que podía conseguir su realización. Cárdenas lo expresa claramente en su protesta como candidato presidencial: "...y cualquiera que hayan sido los errores circunstanciales de esta agrupación nacional, representa, sí, la fuerza organizada de la Revolución, y es el medio a propósito para desarrollar sus tendencias..."²

El mismo Luis Cabrera, que había lanzado una crítica total al régimen existente, escribe en una de sus cartas a Díaz Soto y Gama: "...en la lucha ustedes tendrán que enfrentarse con el PNR que corrompido y todo, es sin embargo un grupo unificado por sus intereses bajo la jefatura del general Calles; rico con la riqueza del erario, fuerte con la fuerza del ejército, y disciplinado con la disciplina obligatoria pero efectiva de la amenaza del cese..."³

Cabrera señala aquí el poder omnipotente del PNR y si esto era verdad, y lo era, entonces todo cambio en la línea revolucionaria exigía necesariamente un previo dominio del



partido, o al menos su neutralización por parte de un gobierno que se mantuviera, por sí mismo y utilizara libremente todos los medios a su disposición. Esta última posibilidad implicaba de hecho un cambio esencial en la mecánica política del país, dado que en esos momentos el gobierno y el presidente eran manipulados por el partido, y por todos era aceptada la jefatura de Calles. La posibilidad de que el gobierno se independizara del partido, como medio único de sacudir la hegemonía callista, implicaba de hecho el pasaje a un sistema presidencial, en el cual el gobierno asumiera la primacía directiva y el partido pasara a la categoría de instrumento.

En la prensa inmediatamente anterior y posterior a la toma del poder presidencial por parte de Lázaro Cárdenas, destacaban fundamentalmente, por su frecuencia y por su importancia, dos tipos de acontecimientos. Por un lado lo que los periódicos denominaban "la maratón de radicalismo anticlerical", por otro, los constantes conflictos laborales entre los directivos de diferentes empresas y los trabajadores. Se perfilaban paralelamente dos cortes diferentes de la sociedad mexicana: el que la dividía en cristianos y anticristianos, y aquel otro que la dividía en obreros y capitalistas, en latifundistas y campesinos desposeídos.

El corte anticlerical había resurgido bajo la inspiración, el estímulo y la bendición callista. Sólo un mes antes de la toma del poder por parte de Cárdenas, Calles había exigido insistentemente la expulsión del arzobispo de México y del delegado apostólico, y en su famoso "grito de Guadalajara" había llamado a los mexicanos a comenzar un nuevo periodo revolucionario, el psicológico, en el cual la Revolución debería apoderarse de la conciencia de la niñez y de la juventud evitando que fueran presa de la religión. La política conservadora e inclusive reaccionaria en lo social y en lo económico, se cubría con el manto de radicalismo antirreligioso, esto tendría además la virtud de legar al próximo presidente una nueva escisión nacional que haría imprescindible el recurrir una vez más al Jefe Máximo.

El ambiente anticlerical se extendía rápidamente. Grupos de maestros tamaulipecos propusieron a la Cámara de Diputados que todos los clérigos del país fueran pasados por las armas, nada menos un día después nos topamos con la exigencia de prohibir las confesiones en todo el país, y la exposición de imágenes en el comercio.⁴ El maratón del radicalismo anticlerical se corría a toda velocidad, y siempre en nombre de la Revolución y el radicalismo. La retórica y la conceptualización revolucionaria se habían convertido para muchos en un verdadero mito, al conjuro de cuyas palabras

mágicas era dable orientar a vastos sectores populares por derroteros que nada tenían que ver con las verdaderas necesidades revolucionarias.

Y mientras tanto, la misma tensión social y económica que había sido un factor decisivo en la postulación presidencial de Cárdenas, continuaba manifestándose a través de múltiples conflictos laborales. La Compañía Nacional de Ferrocarriles y el Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros se encontraban en constante conflicto y libraban un arduo debate a través de la prensa nacional. El 30 de diciembre de 1934 estallaba la huelga en la compañía petrolera "El Águila" y se solidarizaron de inmediato con ella otros sindicatos. De esta forma podríamos continuar enumerando una larga lista de conflictos laborales.

La situación que servía de trasfondo al comienzo del gobierno de Cárdenas recordaba en realidad al legendario dios Jano, con sus dos caras mirando en opuestas direcciones: el radicalismo anticlerical y la lucha socioeconómica. La constitución del gobierno de Cárdenas reflejaba esta situación; alternaban en él revolucionarios como Múgica y Bassols, por ejemplo, con Garrido Canabal, líder prominente de la cruzada anticlerical y jefe de las camisas rojas, y también con Rodolfo Elías Calles, hijo de la figura predominante de la Revolución Mexicana en esos momentos.

Era este un gobierno de equilibrio y de compromiso, y ello se muestra evidentemente en las primeras manifestaciones y actitudes de Lázaro Cárdenas. A sólo cuatro días de haberse iniciado su periodo presidencial, Cárdenas cierra todas las casas de juegos, y continúa constantemente, en cuanto oportunidad se le presenta, llamando a la unión de las fuerzas populares y estimulándolas en sus constantes luchas. Pero paralelamente a ello considera conveniente el tranquilizar a diferentes sectores representantes de intereses nacionales y extranjeros, y es así que en una entrevista con un corresponsal norteamericano declara que no debe existir temor alguno con respecto a posibles confiscaciones; el corresponsal cree posible resumir su entrevista señalando que el socialismo de Cárdenas se caracteriza solamente por el contrato colectivo obligatorio y la explotación cooperativa de la tierra.⁵ Asimismo, al referirse a los crímenes cometidos con motivo de la campaña anticlerical de los camisas rojas, Cárdenas declara a la prensa que no hay persecuciones de católicos por parte del gobierno, pero culpa a los católicos de provocar la situación reinante y los encuentros violentos.⁶

Sin embargo, el equilibrio y el compromiso eran imposibles. La misma esencia del maximato permitía considerarlos como un paso táctico, pero no como un sustituto de la jefatura absoluta de Calles. La hegemonía callista no podía,

en tanto tal, avenirse a un acuerdo de equilibrio y compromiso. En la realidad política mexicana ésta podía ser desplazada solamente por otra hegemonía. Y esa era en verdad una de las interrogantes esenciales del momento desde el punto de vista político: en la medida que el maximato callista fuera desplazado en la lucha que se avecinaba ¿sería su lugar ocupado por otro maximato que portara un nombre diferente o tendría quizá lugar a la postulación de alguna hegemonía de índole democrática?

Los acontecimientos se sucedieron rápidamente tanto en el plano social como en el religioso. Los camisas rojas llevaban a cabo constantes ataques y manifestaciones, y los choques armados comenzaron a dejar su saldo de muertos y heridos. Por otro lado se agudizaban los conflictos laborales. El *Excelsior*, que el mismo día que Cárdenas asumía el poder presidencial llamaba a los obreros al orden y a la moralidad, acusa constantemente a las Juntas de Conciliación y Arbitraje de legalizar y fomentar las huelgas.⁷ Y en verdad, el presidente mismo declara el 26 de enero que considera a las huelgas continuas como la justa lucha de los obreros por los derechos que les correspondían y que no les eran otorgados. Cárdenas persiste en sus esfuerzos por unificar a las fuerzas populares, tanto obreras como campesinas, y sigue además estrechando su contacto personal con el pueblo, ya sea realizando nuevas giras por la nación, como por medio de una línea telegráfica especial tendida para que pudiera atender personalmente, día a día, las quejas o denuncias que los ciudadanos creyeran pertinente elevar frente a él.

No cabe duda que Cárdenas había elegido el derrotero de las reformas sociales y económicas. Sus primeras concesiones a los elementos callistas constituían en parte un lógico reconocimiento de la realidad política del momento, y en parte un medio necesario para ganar tiempo y fortificar sus posiciones desde la presidencia de la República.

Pero la política de Cárdenas fue suficiente, inclusive dentro de sus necesarias limitaciones, para que la lucha anticlerical quedara neutralizada por la socioeconómica, con lo que evitó verse lanzado a la lucha religiosa y a la escisión nacional y ganó en cambio, día a día, el apoyo de las fuerzas populares. A todo esto es necesario agregar que desde el comienzo de su gobierno, Cárdenas realizó discretamente numerosos cambios entre los altos jefes del ejército nacional, y un lector avisado podría fijarse en las modestas informaciones que se publicaban en la prensa nacional con relación a este asunto.⁸

Calles había apoyado la candidatura presidencial de Lázaro Cárdenas, bajo la creciente presión popular, suponiendo que no tendría mayores problemas para imponer nuevamente



su autoridad. Pero al ver cómo la cruzada anticlerical se extinguía lentamente frente al encendido fuego de las luchas sociales y económicas, los callistas decidieron pasar al ataque frontal para evitar un desplazamiento lento pero seguro.

El 12 de junio de 1935 los periódicos nacionales publicaron el texto de la entrevista concedida por Calles a un grupo de senadores callistas encabezados por Ezequiel Padilla. El titular era "El Gral. Calles señalando rumbos", y en sus palabras de introducción Padilla hace notar que "el Partido necesita depurarse del lastre de falsas ideologías, que van dificultando la labor enérgica y patriótica del Presidente de la República."⁹ En el transcurso de esta entrevista Calles lleva a cabo una doble denuncia: en primer lugar señala el intento de sabotear la unidad del PNR dividiéndolo en callistas y cardenistas, intento que al final de cuentas provocaría el choque armado y el desastre de la nación; y denuncia, además, la situación insostenible en que se encuentra la nación desde el comienzo del nuevo periodo presidencial por las constantes huelgas, muchas de ellas sin justificación alguna. Calles señala asimismo que las organizaciones obreras son a menudo ejemplo de ingratitud y que México retrocede constantemente. Pero a pesar de que fustiga duramente todo lo acontecido en el medio año de gobierno cardenista, procura propiciar a Cárdenas la posibilidad de una retirada honrosa, señalando que "es injusto que los obreros causen este daño a un gobierno que tiene al frente a un ciudadano honesto y amigo sincero de los trabajadores como el Gral. Lázaro Cárdenas".¹⁰

El Jefe Máximo había iniciado su declaración haciendo notar que la situación era exactamente igual a la que reinó durante el periodo del presidente Ortiz Rubio, cuando un

grupo se decía ortizrubista y otro callista; y sin lugar a duda consideraba que en esos momentos estaba dando el primer paso para lograr nuevamente la renovación de la unidad callista, una unidad del partido, que le permitiera imponerse al poder presidencial.

Ortiz Rubio había expresado claramente en uno de sus informes presidenciales: "Lejos por lo mismo de imponer un criterio personal, de hacer de un hombre, el presidente de la República, el eje único de la existencia orgánica del país, ha sido la tendencia del ejecutivo de mi cargo constituir al PNR, real partido nacional orgánico, en el regulador de nuestra vida política."¹¹ En aquellos momentos una declaración de tal índole era una abierta confesión del dominio absoluto del Jefe Máximo y de cómo el partido era medio de tal dominio.

Las primeras reacciones a lo dicho por Calles parecieron confirmar su efectividad. Su llamado repercutió en la gran caja de resonancia de los representantes del partido a las diferentes instancias nacionales: llegó así a su máximo la presión ejercida por el Jefe Máximo y por el Partido Nacional Revolucionario sobre el presidente de la República. La comisión permanente del Congreso de la Unión felicitó a Calles por sus patrióticas declaraciones, y lo mismo el BNR de senadores y la mayoría del de diputados, para quienes el jefe condenaba "enérgicamente la actitud del grupo titulado ala izquierda al pretender dividir al BNR de la Cámara en dos sectores."¹² La misma ala izquierda intentó defenderse diciendo que adoptaba posturas ideológicas y no seguía una política personalista, pero tuvo que justificarse explicitando que no tenía "la autoridad moral suficiente para discutir las admoniciones lanzadas por el Gral. Calles en contra de las organizaciones obreras...", y señalando que "discrepan respetuosamente de la opinión del Jefe Máximo de la Revolución."¹³

La situación era evidentemente crítica, pero Cárdenas se mantuvo firme frente a la ofensiva callista. Como lo demostraría más adelante en diferentes oportunidades, parecería que el hombre se acrecentaba y daba lo máximo precisamente cuando se topaba con obstáculos e impedimentos. Lázaro Cárdenas había sembrado, tanto durante su gobierno en Michoacán como en su gira electoral y en su medio año de gobierno presidencial, y ahora tenía qué cosechar. Numerosos sindicatos obreros se unieron de inmediato en una declaración pública bajo el título de *Respuesta de los trabajadores a P. E. Calles*, en que se oponían a las declaraciones del jefe y manifestaban que defenderían con todos los medios en su haber sus propios derechos.

Una postura similar fue adoptada por la Confederación Campesina de México. No cabe duda que la dinámica acción

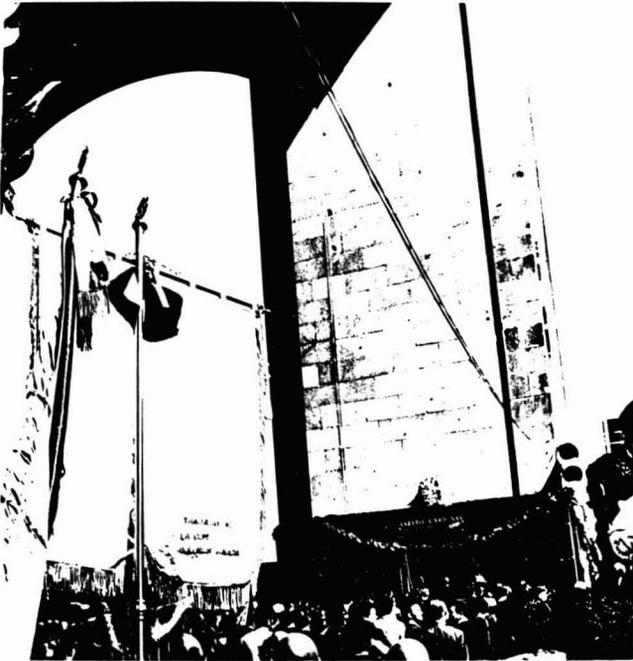
de las fuerzas populares fue de enorme importancia en esos críticos momentos, pero consideramos que el factor decisivo lo constituyó la postura adoptada por el mismo Cárdenas. Los factores sociales y económicos son evidentemente de trascendental importancia en el devenir histórico, pero también lo son aquellas personas que los toman en cuenta y saben manejar su influencia determinante. Suele decirse que los resultados de la guerra se hallan determinados por la planificación, los entrenamientos y la preparación anterior a la misma. Cárdenas se encontraba preparado para la lucha. Una incansable labor le había logrado el apoyo de las fuerzas populares, cuya fortificación y unificación había propiciado constantemente; y actuó de la forma indicada para contar, llegado el momento, con el respaldo decisivo de las fuerzas militares que se mantuvieron fieles al régimen constitucional.

El 14 de junio, un día antes de la reestructuración del gobierno y de la depuración de los elementos que estaban en él, Cárdenas contestó a las acusaciones callistas. En primer lugar señaló que "...determinados grupos políticos del mismo grupo revolucionario... se han dedicado con toda saña y sin ocultar sus perversas intenciones, desde que se inició la actual administración, a oponerle dificultades no sólo usando la murmuración que siempre alarma, sino que recurriendo a procedimientos reprobables de deslealtad y traición".¹⁴ Cárdenas concluía así con la pretendida unidad partidaria, y pasaba luego a considerar las huelgas como "la consecuencia del acomodamiento de los intereses representados por los dos factores de la producción, y que si causan algún malestar y aun lesionan momentáneamente la economía del país, resueltos razonablemente y dentro de un espíritu de equidad y de justicia social, contribuyen con el tiempo a hacer más sólida la situación económica...", y agregaba que llevará adelante el Plan Sexenal sin que le importe la alarma de los representantes del sector capitalista.¹⁵

Pero tan importante como lo anterior, es el destacar que Cárdenas comienza su contestación, según sus propias palabras, "en mi carácter de Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos...", y que insiste sobre ello repetidamente durante su corta contestación: "El Ejecutivo Federal está dispuesto a obrar con toda decisión..." o "por ningún motivo el Presidente de la República permitirá excesos de ninguna especie...", y finalmente expresa que "en el puesto que fui electo por mis conciudadanos, sabré estar a la altura de mi responsabilidad".

Cárdenas antepone el presidencialismo al maximato. Pero más aún, en la unidad orgánica que constituían el partido único y el gobierno nacional, Cárdenas invertirá los términos,





y hará del Presidente el factor directivo y orientador, dejando al Partido la categoría de instrumento en relación al gobierno. La preponderancia pasará del partido, en tanto instrumento callista, al presidente de la nación. En el informe presidencial de ese mismo año de 1935, Cárdenas recuerda los acontecimientos políticos que “amenazaron minar las bases del régimen republicano y destruir el principio de nuestras instituciones legales”, pero observa contundentemente que “Bastó sin embargo, para deshacer la naciente amenaza, declarar *ser el único responsable de la marcha política y social de la nación* para que los trabajadores todos y la opinión de la República refrendaran los actos del Ejecutivo a mi cargo”.¹⁶ E indica más adelante: “*Asimismo creí conveniente reiterar las orientaciones a nuestro Instituto Político* en el sentido de que su funcionamiento responda al sincero propósito revolucionario de darle cada vez mayor intervención al pueblo...”¹⁷ Se han invertido los términos, y baste para ello el comparar estos conceptos de Cárdenas en su primer informe presidencial con aquellos expresados por Ortiz Rubio y que citamos anteriormente.

La contestación al informe de Cárdenas es no menos ilustrativa que el informe mismo, en lo que se refiere a los cambios esenciales que señalábamos en el mecanismo político del país. Los diputados y los senadores del BNR que sólo

tres meses atrás se habían plegado en su abrumadora mayoría al llamado de Calles, criticaban ahora acerbamente al maximato y ofrecían su “colaboración eficaz, honorable, íntegra, al esfuerzo depurador y edificador del régimen al que usted ha dado rumbo prestigioso...”¹⁸

La constitución de un presidencialismo de facto y no sólo de jure, y la nueva naturaleza de las relaciones entre el presidente y el PNR, se expresan también contundentemente en el hecho de que los callistas se vieron obligados a abandonar el partido y crear su propia organización, el Partido Revolucionario Constitucional.

Calles se alejó temporalmente a su hacienda y luego abandonó el país. Volvió en diciembre de 1935 para “defender al régimen callista” y desafiar nuevamente al gobierno cardenista, pero lo que no logró hacer antes era de seguro imposible en esa segunda ocasión. Finalmente, el 10 de abril de 1936, Calles, Morones, Luis León y Melchor Ortega fueron expulsados del país.

Hemos intentado ubicar el momento histórico del pasaje del maximato al presidencialismo, y asimismo del cambio en la relación jerárquica entre el presidente de la nación y el partido de la Revolución. Seguramente no fueron estos cambios únicos y definitivos, sino que se fueron configurando a través de los años, e inclusive durante el mismo periodo de Lázaro Cárdenas se dio la formación del PRM y se dieron asimismo otros procesos trascendentes. En estos párrafos sin embargo, nuestro propósito se reduce exactamente a ubicar ese preciso momento y a intentar la comprensión de su trascendencia.

Notas

1. Revista *Adelante*, San Luis Potosí, 14 de junio de 1930.
2. *Política*, Año IV; núm. 83, p. XXX
3. Luis Cabrera: *Veinte años después*, p. 171.
4. *Excelsior*, 7, 8 y 9 de diciembre de 1934.
5. *Excelsior*, 27 de diciembre de 1934.
6. *Excelsior*, 9 de enero de 1935.
7. *Excelsior*, 25 de enero de 1935, entre otros.
8. *Excelsior*, 29 de diciembre de 1935.
9. *Excelsior*, 12 de junio de 1935.
10. *Excelsior*, 12 de junio de 1935.
11. *Los presidentes de México ante la Nación*, p. 1037.
12. *Excelsior*, 14 de junio de 1935.
13. *Excelsior*, 14 de junio de 1935.
14. *El Nacional*, 14 de junio de 1935.
15. *El Nacional*, 14 de junio de 1935.
16. *Los presidentes de México ante la Nación*, tomo IV p. 37. El subrayado es mío.
17. *Los presidentes de México ante la Nación*, tomo IV p. 37
18. *Los presidentes de México ante la Nación*, tomo IV p. 44.

Enrique Suárez Gaona

LAZARO CARDENAS Y EL NEUTRALISMO ACTUAL

Desgraciadamente, pese a todos los conceptos vertidos con motivo de la muerte de Lázaro Cárdenas, la verdad es que aún carecemos de un análisis objetivo, documentado y serio sobre su obra de gobierno. La importancia real de su política interna se enfatiza o disminuye a partir de posiciones ideológicas que carecen, usualmente, de bases científicas de sustentación.

Algo similar sucede con la política internacional vigente durante su mandato. Como advirtió don Daniel Cosío Villegas en alguna de sus conferencias, la política exterior de un país no puede ser atribuida a una sola persona, por poderosa que sea como líder. Existen fuerzas internas y externas que influyen como variables modificantes de las decisiones del poder ejecutivo. Con todo, es indudable que debido a la concentración del poder en México, un presidente puede actuar con mayor independencia que los gobernantes de países de parecido nivel de desarrollo.

Ya se ha apuntado la similitud existente entre la política de algunos líderes del llamado Tercer Mundo y la seguida por el régimen de Lázaro Cárdenas. Aunque la intención era más bien elogiar la actuación del desaparecido estadista, el juicio contenía una presunción, un punto de vista, basado en condiciones y condicionantes de tipo objetivo. El presente trabajo está dedicado a explorar los límites, la naturaleza y las causas de dicha similitud.

El neutralismo

La política internacional de una mayoría de los países del Tercer Mundo ha sido calificada, como es bien sabido, de neutralista o de no alineamiento. Se distingue de la neutralidad tradicional, en que es un término más bien de carácter político y no de carácter legal. Existen estados neutrales por decisión propia como Suecia; o por convenio internacional, como Suiza y Austria. Pero el no alineamiento es voluntarista y tiene otro carácter.

El neutralismo se deriva de un hecho histórico concreto: la bipolaridad en que se encontró el mundo en la época posterior a la Segunda Guerra Mundial, época que se ha caracterizado por el enfrentamiento político e ideológico de dos sistemas, el capitalista y el comunista, al que durante mucho tiempo encabezaron, en bloques casi monolíticos, los Estados Unidos y la Unión Soviética.

La política neutralista ha sido definida de muchos y diversos modos. Se ha hablado de coexistencia activa y pacífica, de política activa en favor de la paz, de política independiente, de neutralidad positiva o neutralismo positivo,

etcétera. Una de las mejores definiciones existentes, y que evita las confusiones terminológicas, es aquella que entiende al neutralismo simplemente, "como disociación de la Guerra Fría".¹

A la anterior definición debe agregarse que no se intenta meramente un alejamiento de los principales choques internacionales, sino que además se procura efectuar una política en favor de la paz, que evite el enfrentamiento nuclear y la indudable destrucción concomitante de la humanidad. Como se verá más adelante, dicha actitud pacifista no es total, sino que admite, por ejemplo, la lucha armada para la liberación de los pueblos colonizados. Lucha armada no internacional, pero que acepta la ayuda exterior para los movimientos de liberación nacional.

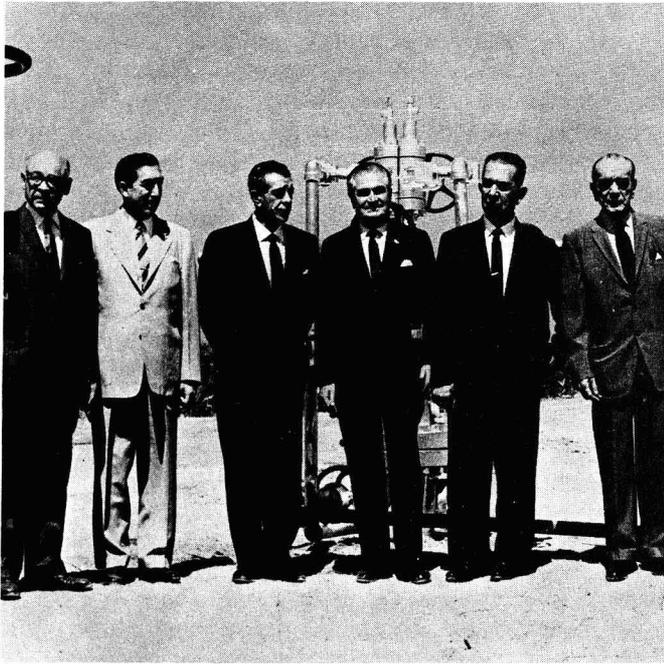
Analíticamente hablando, el neutralismo contiene los siguientes cinco elementos:

"1) que las condiciones de la Guerra Fría pueden ser mitigadas y quizás evitadas del todo; 2) que el neutralismo es moralmente justificable; 3) que los neutralistas deben perseguir una política exterior independiente; 4) que deben ser erradicadas todas las formas del colonialismo; y 5) que la ayuda exterior debe ser otorgada sin ataduras."²

Quizás Nehru sea el estadista más coherente y en cuya evolución personal pueda detectarse mejor la evolución de la política neutralista. En un discurso pronunciado apenas cinco días después de haber sido formado —el dos de septiembre de 1946— el primer gobierno plenamente independiente de la India, el líder asiático declaró que procuraría que su país se mantuviera "alejado de la política del poder... que ha llevado en el pasado a guerras mundiales". Manifestó que estaba "particularmente interesado en la emancipación de países y pueblos coloniales y dependientes". Que repudiaba "completamente la doctrina nazi del racismo, dondequiera y en cualesquier forma que se practicara". Sostenía que la India independiente lucharía en favor de "un mundo en el que exista la cooperación libre de pueblos libres y en el que ninguna clase o grupo explote a otros".³

Las anteriores ideas contienen la mayor parte de los elementos del neutralismo. Su conformación final fue resultado de la evolución ideológica de otros estadistas. La primera concreción práctica se dio en el tratado firmado por China y la India, en 1954. Un año después fue la conferencia de Bandung la que dio forma definitiva a los principios, con el acuerdo final sobre las diez tesis de la coexistencia pacífica.⁴

El comunicado resultante de la conferencia de Bandung reafirmaba una serie de derechos consagrados bajo la carta de la ONU (respeto a los derechos humanos y a la soberanía e



integridad territoriales; igualdad racial y nacional, etcétera); pero al mismo tiempo rechazaba la proliferación existente de tratados militares establecidos en beneficio de cualquiera de las grandes potencias. Proponía, por lo tanto, el no alineamiento como guía de la conducta de las naciones representadas en Bandung.

Un elemento importante de la política neutralista es la decisión de participar activamente en los organismos internacionales, particularmente en la ONU. Se sostiene la efectividad del organismo para la defensa de los países más débiles y como medio de impedir todo tipo de agresiones. Se busca neutralizar la prepotencia de los grandes por medio de la acción colectiva del resto de la comunidad internacional. Con el apoyo a los organismos internacionales se quiere conseguir la canalización de la ayuda económica y financiera exterior, "sin ataduras", con base en estudios objetivos realizados por esos organismos y no sujetos a presiones políticas unilaterales.

Una noción muy clara entre los neutralistas es la de que existe una solidaridad transnacional entre los explotados. Se tiene una visión estratificada de la sociedad internacional. Con el tiempo se ha llegado a la idea más ecuménica de que el choque entre los países que tienen y los que no tienen es más importante, a la larga, que el choque entre países

alineados y no alineados. De la solidaridad política se pasó a la solidaridad económica, transición de la que se han derivado tanto la Conferencia de las Naciones Unidas Sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), como la reciente declaración de la Segunda Década del Desarrollo por parte de la ONU a partir de 1970.

Tanto en sus preocupaciones políticas como en las económicas, la corriente neutralista, como puede verse, no es meramente un resultado de la situación internacional. Si bien la bipolaridad le brinda un impulso decisivo, dicha corriente se origina también en la problemática interna de los países que sustentan tal política. Un análisis de la interacción entre ambas causas permitirá una mejor comparación del periodo cardenista y el neutralismo o la política seguida en algunos países neutralistas que capitanean dicho anti-bloqueo.

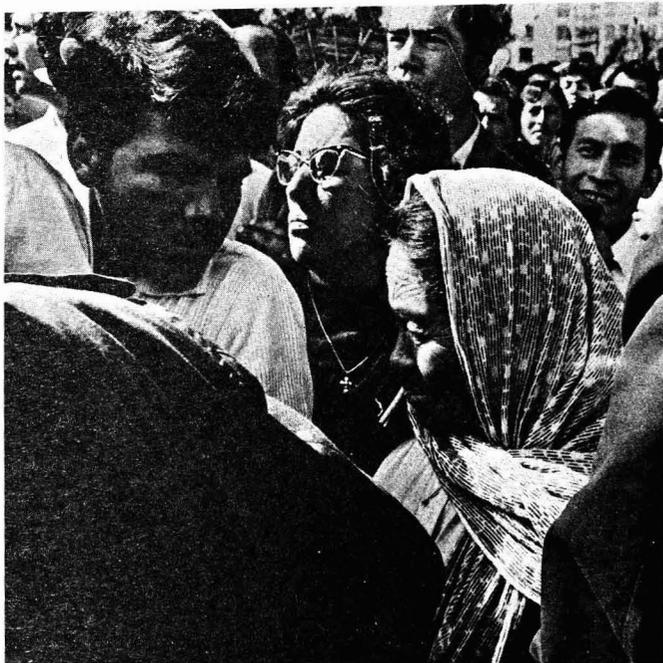
La integración nacional del Tercer Mundo

Existen muchas maneras de aproximarse a la problemática interna. Quizás una manera de hacerlo sea bajo los rubros de integración nacional y la distribución equitativa de los productos del trabajo. Sea cual fuere el instrumental político y social que se utilice para atacarlos, los problemas de los nuevos estados son similares, con diferencias de intensidad en distintas áreas.

La situación general de los países en desarrollo se caracteriza por el desajuste estructural de los diversos segmentos sociales. No existe una cohesión social, debido a los contrastes entre niveles y formas de producción, así como a la apropiación desigual de los frutos del trabajo; se carece de instituciones plenamente nacionales y hay, por tanto, urgencia de crearlas.

Es frecuente encontrar uno o más polos urbanos con vida casi de metrópolis de país avanzado, donde se concentran tanto la mayoría de la clase pudiente del país como los órganos y nervios del gobierno. Al lado del gigantismo urbano, subsisten formas campesinas de vida y trabajo dentro y fuera de las mismas ciudades, y a ellas corresponde, usualmente, la mayor parte de la población. Tanto del desajuste estructural como de la dicotomía urbano-rural se derivan diferencias abismales entre las distintas clases sociales.

La disparidad se agrava por la coexistencia de formas culturales distintas, de origen tradicional, cuyo contraste llega a ser conflictivo cuando uno de esos grupos sociales busca imponerse a los restantes. Dicha coexistencia es resultado de las aglutinaciones sociales arbitrarias impuestas por el colonialismo. También los desajustes estructurales han sido



consecuencia de la experiencia vivida bajo imperios de distinta naturaleza (del mercantilismo hispano-portugués al neocapitalismo del siglo XX).

Subsisten economías de "injerto", orientadas a las necesidades exteriores más que a los objetivos nacionales. Son la clara herencia de su situación colonial. Debido a la forma de producción prevaleciente, se depende de la agricultura como una de las fuentes de divisas, necesarias para la capitalización del país. O bien, existe una sujeción a la economía de injerto, especialmente en lo que se refiere a minerales o al petróleo. En ambos tipos de dependencia se está sujeto a la incertidumbre derivada de las oscilaciones de los precios del mercado internacional, del creciente deterioro de los mismos y el sobresalto por el posible descubrimiento y producción en masa de productos sintéticos, o el hallazgo de nuevas fuentes de abastecimiento de la materia prima natural.

El desarrollo industrial tiene una análoga orientación exterior que ha determinado su grado y forma de crecimiento. No es producto de las necesidades del mercado interno, el cual, por lo demás, tiene graves limitaciones, debido usualmente al bajo ingreso de la población. Existe una interacción evidente entre el tamaño de la población, la distribución del ingreso y las posibilidades de crecimiento industrial equilibrado.

La carencia de cohesión social se manifiesta en la falta de legitimación del régimen político, situación que persiste en tanto que no es aceptado —e incluso no siempre es conocido— por una buena parte de los habitantes del país. Subsisten formas de lealtad, por ejemplo al clan, a la tribu, que son más concretas y fuertes que la otorgada a la abstracción del estado nacional. La sumisión a la autoridad central tiene que provocarse a menudo compulsivamente, por el uso de la fuerza armada, el último recurso del poder.

Existe, por lo anterior, una falta de estabilidad política casi constante. Aunque encubiertos por ropajes ideológicos derivados de Occidente, los partidos políticos se organizan alrededor de lealtades tradicionales. Durante un tiempo, el partido que encabezó la lucha por la independencia hace valer ese hecho para mantenerse en el poder; pero pronto salen a la luz las contradicciones sociales. En la pugna consiguiente, casi siempre surge triunfante algún jefe militar, que logra el poder debido al control de la única institución plenamente nacional y que monopoliza la fuerza: el ejército.

Los desajustes estructurales y la falta de integración nacional se expresan en los diversos indicadores de subdesarrollo utilizados por economistas y sociólogos: bajo nivel y falta de distribución equitativa del ingreso; alto índice de analfabetismo; predominio de la población rural por sobre la urbana; bajo ahorro y escasez de capitales; etcétera.⁵ Existen otros —como el número de kilómetros de caminos y vías férreas—, que expresan de manera pura el grado de desarrollo económico, pero que de cualquier modo inciden en la forma alcanzada de homogeneidad social.

En el orden político, se dan otras manifestaciones difíciles de medir, como el grado de permeabilización social alcanzado por las instituciones políticas y sociales nacionales; la ductibilidad de la respuesta popular a la política del centro, etcétera, manifestaciones que están estrechamente ligadas a los indicadores materiales, aunque no se pueda hablar de correlaciones indudables.

En toda la descripción anterior ha quedado explícita la vulnerabilidad externa de los países en desarrollo. Su carácter de economías de injerto, las vicisitudes de sus exportaciones principales y la necesidad de capitales para su progreso, lo sujetan a la presión del resto del mundo, bien sea en forma directa o por medio de los mecanismos del mercado internacional. La vulnerabilidad exterior es una variable más que incide, en ocasiones de manera determinante, sobre la estabilidad sociopolítica de estos pueblos. De ahí la necesidad de formular una política externa coherente y congruente con los objetivos nacionales. El recuerdo de la explotación sufrida bajo el colonialismo se preserva en formas concretas.



Lázaro Cárdenas: política interna

Mi intención aquí es sólo presentar, de manera esquemática, algunas de las directrices principales de la política interna del periodo cardenista.⁶ La otra demarcación la establecen las implicaciones y similitudes que tienen los fenómenos para los actuales países en desarrollo.

Una primera ilustración hacia la problemática contemporánea descrita es la de la relación clara entre política social y la creación de instrumentos e instituciones de integración nacional, dentro y fuera del gobierno central.

Quizás lo primero que destaca del régimen cardenista es el impulso dado a todas las formas y expresiones de actividad sindical, incluso a sus manifestaciones, paros y huelgas. Fue, desde luego, la causa aparente de la ruptura con Calles. Generalmente se hace notar el apoyo a las demandas obreras de mejoras de salario y prestaciones sociales, que amplió la base popular del gobierno. Pero se olvida que para realizar todo tipo de expresión sindical es necesaria cierta organización, que las armas se templan en el combate, pero hay que coordinar y graduar su uso para que en verdad sean eficaces.

Resultados similares tuvo la reforma agraria. Entregar la tierra fue un acto de justicia que tuvo consecuencias sociales y económicas que se extendieron más allá del periodo cardenista. En lo inmediato, se satisfizo el ansia de poseer tierras; se proporcionó a los campesinos un trozo de propiedad que pudieran cultivar para su subsistencia. Con ello se pusieron las bases para una transformación económica de las zonas a donde llegó la reforma.

Para recibir la tierra, y muy concretamente bajo la forma ejidal, era requisito indispensable organizarse, y la organización tenía que continuar para lograr la producción de manera cooperativa. Por lo tanto, la reforma agraria promovió también la organización de la sociedad mexicana en grupos de interés.

Tanto los sindicatos como las ligas agrarias resultantes del doble proceso descrito, eran, por sí mismos, un instrumento de integración nacional, al nivel de dichas clases sociales. El siguiente paso era integrarlas a una institución plenamente nacional.

Cárdenas había heredado el partido político construido por el maximato. Se trataba de un conglomerado de caciques y jefes del ejército con tropas a su mando, más que de un partido como los europeos. La lealtad era obviamente individual y por tanto inorgánica y no realmente nacional. Cárdenas pudo eliminar a Calles como factor político porque tenía el poder en sus manos, ya que contaba con la lealtad de un buen número de caciques y jefes del ejército; pero al mismo

tiempo, porque se apoyaba en una base popular. Esta, resultado de su política sindical y agrarista, no la había tenido hasta entonces ningún presidente.

El siguiente paso lógico era la reforma del partido oficial. Su reorganización por sectores no fue meramente por decreto, aunque en el caso de los militares hubiera sido relativamente fácil hacerlo de ese modo. Ingresan al partido los campesinos y los obreros porque la política gubernamental ha propiciado su participación efectiva y organizada. Ingresan, además, después de haber sido politizados o conmovidos por los triunfos —aunque parciales— frente a los patrones, y por la recepción de la tierra. El resultado fue la creación de un instrumento de integración nacional no sólo organizado sino políticamente coherente.

Ambas políticas, y la renovación del partido, incrementaron la cohesión social de manera inmediata, que fue fortalecida, a su vez, por las políticas indigenista y educativa. Esta última se combinó, en varias ocasiones, con la reforma agraria; una demostración de la importancia dada a la educación en el periodo que nos ocupa se halla en el hecho de que entonces disminuyó más el analfabetismo que cuando la famosa campaña de alfabetización de Avila Camacho.

La acción del poder público y el incremento de la cohesión social, tanto en sus aspectos organizativo como cultural, aumentaron la legitimación del régimen. Este aumento se reflejó, a largo plazo, en la estabilidad política del país, sólo justificable en términos de transformaciones sociales profundas y efectivas, y no como un valor por sí misma.

Es evidente la similitud de la política anterior con la que se intenta llevar al cabo en muchos países del actual mundo en desarrollo. Como sucede actualmente en Perú, en Ceilán o en Guinea, la creación de un aparato político nacional debe ir acompañada de reformas estructurales. Por el contrario, los fracasos de Sukarno, Nkrumah, y Obote, demuestran que no es posible establecer un partido político para gobernar a un país sin que la membrecía esté politizada, satisfecha aunque sea parcialmente, que sea organizada y efectiva, y no meramente de membrete.

La reestructuración interna de la base popular fortaleció la posición del país ante el exterior y favoreció la aplicación de medidas para combatir los efectos de la crisis de 1929. Es indudable que hay una conexión inmediata entre la crisis económica mundial y el radicalismo del régimen cardenista. El simple hecho de que se haya adoptado un Plan Sexenal en 1933 indica una desconfianza hacia los métodos occidentales. Por lo demás, el programa de obras públicas emprendido durante el régimen en nada se diferenciaba, si acaso en la poca magnitud de sus recursos, de los desarrollados entonces



en países como Alemania, Estados Unidos e Inglaterra. Se trataba de una política internacional para combatir el desempleo.

Las obras hidráulicas realizadas bajo el cardenismo tuvieron un carácter decididamente unificador. Tal como fueron proyectadas se les configuró como instrumento de integración regional. Se trataba de actuar por encima de las jurisdicciones de los gobernadores para evitar las inevitables rencillas y choques por distribución de recursos. Las consecuencias estabilizadoras de los programas fueron a largo plazo.

Otro de los instrumentos del cardenismo fue el uso de las nacionalizaciones, particularmente observable en relación a la reforma agraria. Las nacionalizaciones en gran escala fueron iniciadas en este siglo por los soviéticos; pero con recursos mucho menores, la nacionalización más importante del mundo en desarrollo fue la mexicana del petróleo en 1938. Aunque la expropiación del petróleo boliviano precedió a la del mexicano, su impacto fue de menor importancia debido al poco monto de las inversiones y a la transacción final que nulificó la medida.

La nacionalización del petróleo no fue derivada de un conflicto internacional sino del desarrollo de procesos reformistas internos. Cosa semejante ha sucedido con las realizadas por Nasser en Egipto, por Allende en Chile y por el régimen militar de Velasco Alvarado en Perú. Aunque los ejemplos podrían multiplicarse, basta señalar que los cuatro aquí presentados se efectuaron en estructuras sociales disímiles, cuyo máximo común denominador es el del subdesarrollo. Política de nacionalizaciones que inevitablemente llevó a conflictos de orden internacional.

Lázaro Cárdenas: política exterior

A pocos días del ascenso de Cárdenas al poder en diciembre de 1934, acontece el incidente de Wal Wal en la frontera de la Somalia italiana y Etiopía. Mussolini utiliza el choque fronterizo como un pretexto para iniciar una campaña que culminará con la conquista de Etiopía, a pesar de los esfuerzos realizados en defensa de su país por la cetrina y patética figura del emperador Haile Selassie en todos los foros internacionales del orbe. Así, la política internacional del periodo cardenista se inaugura con el primero de los atentados que el nazifascismo asestó al mundo extraeuropeo. El régimen italiano es más "modesto" que el de Hitler; no se atreve por lo pronto a enfrentarse con los países de su órbita cercana, que le pueden responder. El suyo es un tipo de agresión alevosa, que prefigura lo que se hará a España

después de 1936 y que tipifica muy bien al irracionalismo de que harán gala las después denominadas potencias del Eje.

El incidente de Wal Wal es importante porque con él Italia lanza un desafío a la comunidad internacional semejante a los ya producidos por sus congéneres, Japón y Alemania, pocos años antes. Para entonces Japón es dueño absoluto de Manchuria y se apresta a intervenir en el resto de China. Alemania, por su parte, no se ha quedado atrás: se ha remilitarizado, ha suprimido la oposición interna y renunciado, en 1933, a participar en la Sociedad de Naciones.⁷

La carrera acelerada que llevaría al abismo de la Segunda Guerra Mundial es el contexto de toda la época cardenista. Hoy día, acostumbrado el hombre posnuclear, como lo está, a la amenaza del holocausto final, tanto que en ocasiones ni presta atención a las dimensiones reales de las crisis internacionales, las acciones *in crescendo* del nazifascismo parecen tener menos relevancia de la que tuvieron. Un sólo ejemplo contemporáneo basta: el bloqueo de Cuba ordenado por Kennedy en 1962 constituyó uno de los más flagrantes *casus belli* en la historia moderna, y sin embargo se diluyó por el espectro de la amenaza nuclear mundial. Por mucho menos que eso, por la simple ejecución de un archiduque decadente, se originó la primera gran guerra de este siglo. Qué decir de las innumerables agresiones, invasiones y conquistas del Eje, que se sucedieron por ocho largos años, de 1931 a 1939, hasta que al fin se provocó el choque definitivo.

Como lo testimonian Isidro Fabela y Manuel Tello, dos de los representantes de México en la Sociedad de Naciones durante esa época, la política gubernamental fue constantemente coherente en ese organismo.⁸ Tello relata cómo las instrucciones fueron inicialmente las de apoyar todas las soluciones pacíficas posibles; cómo en forma gradual se llegó a la denuncia abierta de la agresión italiana, y finalmente, a la concurrencia con el acuerdo general de imponer sanciones a Italia. Y el representante de México fue presidente del comité sobre el posible embargo de petróleo a Italia. En esta actitud del gobierno del país se advierte su militancia abierta en contra de la agresión y de cualesquiera otra amenaza a la paz mundial. Por los testimonios existentes, es claro que compartía, con el neutralismo contemporáneo, la idea de que el máximo organismo internacional era una de las mejores maneras disponibles para contrabalancear el poder de las grandes potencias. De ahí su fe en la eficacia de la acción colectiva.

La actitud cardenista se define mejor si se analiza a la luz de sus antecesores bajo el maximato. México ingresa a la Sociedad de Naciones en 1931. No había participado antes

debido a que Wilson lo había excluido explícitamente cuando la constitución del organismo, alegando como motivo las acciones armadas y la lucha política de la Revolución Mexicana. Ya en la Sociedad, México no se distinguió particularmente en ocasión de la conquista de Manchuria por el Japón; se limitó a seguir el consenso general de los otros miembros. Si acaso mostró interés fue por razones de inercia histórica: en el conflicto de la Leticia entre Colombia y Perú, cuyo arreglo fue negociado por un comité presidido por el representante de México; y en el del Chaco, cuya etapa final correspondió ya al régimen cardenista.⁹

La actitud antifascista fue constante y sin tregua. Encontró su expresión máxima en ocasión de la mal llamada guerra civil española, término que si bien define lo que fue a sus comienzos, oscurece su carácter de conflicto internacional, mayormente determinante en el triunfo franquista, por la ayuda que recibió de Mussolini y Hitler, en ese orden. El apoyo y la ayuda con armas a la República fueron otorgados por México de manera similar al que dieron innumerables países africanos al gobierno constituido de Nigeria durante la reciente lucha contra Biafra.

A la idea de la acción colectiva como medio de equilibrar la prepotencia de los poderosos y asentar la paz mundial, no



se oponía la militancia antifascista. Por un lado, la militancia se atemperaba, como se verá más adelante, por los intereses propios de México; por el otro, la fidelidad a los principios exigía demostraciones claras de congruencia. Esta fidelidad que quedó demostrada cuando, en ocasión de la guerra entre la Unión Soviética y Finlandia, y a pesar de que aquel país había sido, con México, el único en actuar decididamente en favor de la república española, Cárdenas envió un mensaje oficial a Finlandia que a la letra decía:

Finlandia merece consideración por parte de las naciones civilizadas que también viven en el seno de las instituciones democráticas. Es ilógico y contrario a la dignidad humana que países de esta calidad superior no puedan disfrutar pacíficamente de los beneficios de su adelanto y de su amor a la libertad. Ante la agresión de que es víctima el pueblo finlandés, el pueblo y el gobierno de México le expresan su cordial simpatía.¹⁰

En la posición descrita se observa un activismo político inusitado para México, y quizá sólo comparable con la negativa juarista a pagar la deuda pública a las naciones que habían reconocido a Maximiliano. El activismo se emparenta a la posición internacional de los neutralistas actuales: contra la actitud de apaciguamiento del nazifascismo adoptada por las grandes potencias europeas, particularmente Inglaterra y Francia, era necesario, según las directrices de la política internacional mexicana del periodo, oponerse a la agresión de manera constante, reiterada, con objeto de preservar la paz.

Otra demostración del cambio del carácter defensivo de la política exterior mexicana obedece a que las iniciativas tomadas durante el cardenismo (dentro y fuera de la Liga) difieren sustancialmente de las efectuadas, no sólo por los países latinoamericanos, sino por los propios Estados Unidos. Su anticolonialismo, similar al neutralista, se evidencia en el apoyo a Etiopía y España y más cerca, en las manifestaciones de solidaridad y ayuda a Bolivia, Cuba y Chile, con motivo de diversos actos de soberanía interna, tanto política como económica, que motivaron crisis con los intereses extranjeros.

Si el contexto internacional de aquel sexenio tiene innumerables puntos de contacto con el ambiente político bajo el que se ha desarrollado el actual neutralismo, cosa similar sucede con la política exterior mexicana de entonces respecto a la seguida ahora por los países neutralistas. La militancia antifascista no significó un acercamiento ni con los otros países capitalistas de Europa y América, ni con la Unión Soviética. Si se hiciera una gráfica, se vería la gran variabilidad de los acercamientos mexicanos a diferentes potencias y que éstos se realizaron, cuando menos, en dos dimensiones.



Los puntos de fricción con Estados Unidos se suscitaron a poco de la ascensión de Cárdenas. Dada la estructura dependiente del país, tanto las huelgas como el reparto agrario provocaron enfrentamientos inmediatos con los intereses extranjeros, particularmente con los norteamericanos. Las empresas estaban acostumbradas a solicitar, y conseguir, el apoyo de sus gobiernos, y su fuerza había prevalecido íntegra en lo sustancial.

Primero las fricciones se deben al reparto de tierras, pero en ese caso se trataba de una política nacional que afectaba a intereses mexicanos y extranjeros por igual. Las tierras expropiadas se añaden a la lista de reclamaciones internacionales pendientes contra el gobierno. Cárdenas rechaza de hecho los Tratados de Bucareli, particularmente por lo que se refiere a los principios. En el área industrial, injerto del exterior, se efectúan enfrentamientos similares, que multiplican la actividad de ambas cancillerías. Las relaciones con los Estados Unidos obligan al cardenismo a buscar otros mercados y otras fuentes de abastecimiento; de la misma manera como sucedió después en la India y Egipto, por ejemplo, se aprovecha la competencia entre las grandes potencias y sus deseos de expansión, para lograr ventajas en beneficio del interés nacional mexicano.

Usualmente se señala que el comercio con los países del eje, y en concreto con Italia, se debió al deseo y a la necesidad de romper el bloque que las compañías petroleras intentaron imponer al país a raíz de la expropiación. Pero esta explicación tiene su origen en el deseo de subrayar una congruencia absoluta en el antifascismo cardenista. En realidad, los tratos con Italia y Japón antecedieron a la expropiación: eran decisiones políticas que respondían a intereses concretos del régimen y no a directivas basadas en lineamientos ideológicos.

La expropiación petrolera de Cárdenas tuvo una resonancia directa en los actos gubernamentales de los neutralistas posteriores. Su importancia radicó no tanto en el monto de



los intereses expropiados, sino en el significado que tenía como ejemplo político para naciones con similares estructuras dependientes. El caso de México estuvo presente en la mente de Nasser cuando nacionalizó el canal de Suez, y se podrían multiplicar los ejemplos con toda facilidad.

Quizás como conclusión final, y provisional, del presente artículo, se podría retener que el no alineamiento cardenista se derivó de la problemática interna de México. Que en la actualidad una política similar no ha ayudado por sí misma a la mayor parte de los líderes neutralistas a conservar su poder. Por el contrario, su militancia en asuntos externos ha acelerado su caída, cuando se ha combinado con la ineficacia, la corrupción y la falta de equidad gubernamental en sus tratos con la población. Ejemplos evidentes se encuentran en los casos de Sukarno, Nkrumah e incluso Ben Bella, para no mencionar más que a tres de los más relevantes. El caso Nasser fortalece este juicio cuando se considera que su renuncia no fue aceptada a raíz de la rotunda derrota árabe en la Guerra de los Seis Días, que tanto contribuyó a alimentar y desatar. La política cardenista de apelar a las organizaciones de trabajadores implica un populismo muy semejante al que sustentan, o dicen sustentar, líderes como los mencionados. Sin embargo, tal llamado no encontrará respuesta si no se basa en una política efectivamente popular. La independencia en asuntos externos funciona en tanto que corresponde a soluciones reales y orientadas, en verdad, socialmente. La solución de las necesidades internas sigue siendo lo más importante para la estabilidad y supervivencia de un régimen, pese a todos los intentos contemporáneos de apoyar a regímenes de injusticia con ayuda militar en gran escala.

NOTAS

1. P. Lyon: *Neutralism*, L. V. Press, 1963, p. 17
2. *Ibid.*, p. 62
3. J.E. Black (ed): *Foreign policies in a World of Change*. Nueva York, Harper & Row, 1963, pp. 481-482.
4. O. Guitard: *Bandung y el despertar de los pueblos coloniales*. Buenos Aires, Eudeba, 1962, pp. 47-48.
5. Véase por ejemplo V. Marrama: *Saggio sullo sviluppo dei paesi arretrati*. Milán, Einaudi, 1963, 3a. edición, caps. 3 y 4.
6. Puede verse como referencia, entre muchos otros a H.L. Cline: *The United States and Mexico*. Nueva York, Atheneum Press, 1963, pp. 215-247.
7. A. Z. Rubinstein: *The Foreign Policy of the Soviet Union*. Filadelfia, V. of P. Press, 1965, pp. 442-446, y caps. 3 y 4.
8. En *Foro Internacional*, VI: 2-3 (oct. 1965-marzo 1966), pp. 358-382.
9. I. Fabela: *Cartas al presidente Cárdenas*, México, S.P.E., 1947, p. 3.
10. *Ibid.*

EL TESTAMENTO POLITICO DE CARDENAS*



* Discurso pronunciado por el general Lázaro Cárdenas en Irapuato, el 20 de noviembre de 1969, en ocasión de conmemorar el aniversario de la Revolución Mexicana. El título, como es evidente, es puesto por la redacción de esta revista: pensamos que se justifica porque fue esa una

de las últimas ocasiones en que el ex presidente mexicano se refirió públicamente a los asuntos del país. De su fina percepción para ponderar la situación reciente de la República, la claridad en la exposición de los problemas y la honestidad de su palabra juzgará el lector.

Agradezco muy sinceramente al honorable ayuntamiento de Irapuato, al Departamento de Acción Cívica y Cultura Deportiva y a los sectores sociales de esta progresista ciudad, su cordial invitación para acompañarlos en los actos conmemorativos del LIX Aniversario de la Revolución Mexicana. A la vez, deseo felicitar a las instituciones organizadoras y al pueblo de Irapuato por su elevado espíritu cívico y por la unidad y el entusiasmo con que celebran esta fecha, perdurable por su significación histórica.

Heredera del movimiento de independencia que iniciaron los próceres Miguel Hidalgo y Costilla y José María Morelos y Pavón, y consumada por el invicto general Vicente Guerrero; heredera también de la Reforma y la guerra contra la intervención extranjera que simboliza el Benemérito Benito Juárez, la Revolución Mexicana recogió las ideas republicanas y de libertad e independencia, ampliando los horizontes patrios en la democracia que propugnó el presidente mártir Francisco I. Madero, y en los pronunciamientos sociales de ameritados elementos revolucionarios.

El pueblo mexicano en armas luchó contra la tiranía y el continuismo, la venalidad y la corrupción administrativas; contra las prebendas para la oligarquía nacional y extranjera. Luchó por la vigencia real de la democracia, la justicia y las libertades públicas; por la tierra para los campesinos y los derechos laborales para los obreros; por la mexicanización de la industria y el comercio.

La lucha fue larga, cruenta y complicada.

La traición huertista y, más tarde, inevitables disensiones entre revolucionarios dejaron en los campos de batalla un alto saldo de sangre, de vidas y bienes perdidos; de luto, hambre y desamparo para millones de mexicanos de condición humilde, principalmente entre familias campesinas.

Hecha la paz y con la Constitución como norma, el régimen de la Revolución restituyó el dominio directo de la nación sobre sus recursos naturales; repartió la tierra, estableció las garantías

sociales, nacionalizó industrias fundamentales; creó servicios asistenciales, de salubridad y seguridad social y dio impulso considerable a la educación popular, desde la primaria a la enseñanza técnica y superior y, de acuerdo con las modestas posibilidades presupuestales, también movió la investigación científica.

Asimismo, en el curso de su trayectoria y venciendo serios obstáculos internos y externos de consideración, el régimen de la Revolución ha contribuido a crear y fortalecer la conciencia cívica y el sentido de nacionalidad del pueblo mexicano, sobre todo cuando se ha practicado una política abierta de cercanía a las masas y a sus necesidades, una política renovadora de hombres en los puestos de responsabilidad pública y dinámica en la acción social.

La Revolución ha ayudado a transformar la mentalidad de los obreros y los campesinos en cuanto al respeto debido a su dignidad individual, familiar y social y, también, al cobrar aquéllos pleno sentido de su importancia como factores esenciales de la producción y decisivos en el desarrollo nacional.

Sería, sin embargo, ilusorio afirmar que la Revolución Mexicana ha ido en ascenso ininterrumpido. La verdad es que ha encontrado en su camino serios tropiezos que, en diversas circunstancias, han motivado estancamientos y aun retrocesos.

El desnivel social, acentuado de tiempo atrás por un desarrollo económico que beneficia desproporcionadamente a grupos minoritarios, tiende a acentuarse.

En efecto, grupos privilegiados han hecho y aumentado sus grandes fortunas sin escrúpulos, abusando de las oportunidades que ofrece un desarrollo económico que se debe, básicamente, al trabajo productivo de los obreros y campesinos; a las obras de infraestructura construidas por el Estado y a la promoción de técnicos y profesionistas preparados en los centros de enseñanza me-



dia y superior que el régimen de la Revolución ha creado e impulsado.

Paralelamente, subsiste el problema que para la economía del país representan las inversiones directas de capital extranjero que desplaza al nacional en la industria y el comercio. También inciden negativamente sobre la economía el predominio ilegal de capitales privados extranjeros sobre los que aportan mexicanos para empresas supuestamente nacionales y, asimismo, las negociaciones que operan bajo falso patrocinio de capital nacional por la acción antipatriótica de mexicanos que encubren bajo su nombre la procedencia foránea de los recursos financieros que aquéllas manejan.

Además de que descapitalizan al país, estos fenómenos mediatizan los esfuerzos de los empresarios mexicanos y, en cierta medida, los que se han hecho en favor de la independencia económica. Y tienden a agravarse cuando existe colusión de poderosos intereses nacionales y extranjeros con los de representantes del sector público distantes de los objetivos nacionalistas de la Revolución Mexicana e indiferentes ante la existencia de la Ley de Responsabilidades de los Funcionarios Públicos.

La acumulación de riquezas por parte de minorías es contraria al propio ideario de la Revolución. Y en tanto no existan sanciones legales que se cumplan con precisión contra el lucro desmedido que minorías practican impunemente, continuará lesionándose la fisonomía del régimen de la Revolución.

Estos y otros hechos vulneran la aplicación de la justicia, ya que ante el poder del dinero y de las influencias burocráticas, aquélla se deforma y tuerce en los bufetes y las salas de los tribunales por quienes manejan la ley sin escrúpulos, viendo solamente su propia conveniencia.

Para superar desviaciones acumuladas que sería ocioso atribuir a determinadas administraciones, y seguir de lleno por los cauces revolucionarios,

además de propiciar la equilibrada distribución del ingreso, de mexicanizar los principales resortes de la economía explotando los recursos naturales y las industrias básicas en beneficio del país; de reintegrar en manos mexicanas las tareas de transformación industrial y de distribución comercial, sería menester reivindicar la acción de la justicia para consolidar los actuales y futuros logros revolucionarios. Una justicia destinada a cumplir su función de proteger al débil frente al poder del más fuerte y a disminuir continua y consistentemente las distancias económicas y sociales que separan a los diversos sectores y clases que componen la colectividad nacional.

Al cobrar la justicia su verdadero significado, dejaríamos de presenciar que los campesinos sean víctimas de despojos de tierras que recibieron hace más de veinte años. Ni veríamos que por simples errores burocráticos o defectuosas informaciones que sobre linderos y colindancias reciben los campesinos, éstos ocupen tierras ajenas creyéndolas suyas y sean objeto de sanciones económicas o de la pérdida de su libertad por una equivocación ajena. Si se impartiera estricta justicia se evitarían también otras anomalías como las que cometen los concesionarios de bosques con ejidatarios y comunidades indígenas que han carecido de protección.

La libertad es la primera condición de la justicia. A su amparo, la libertad de pensar, de hablar y escribir, la libertad de acción política de los organismos y grupos de la oposición contribuyen a vitalizar la práctica de la democracia, a depurar la acción de los gobernantes y a vigorizar la autoridad moral del régimen.

Aun ciertos excesos en el uso de las libertades se pueden comprender y ponderar en consideración de que provienen de la inmadurez cívica de la ciudadanía y, asimismo, del relativo desarrollo de los partidos políticos, los que, por una u otra causa, no han podido incorporar a la militancia organizada a vastos sectores de la población. Es



de esperar que el derecho al voto otorgado por la administración actual a los jóvenes de 18 años estimule el espíritu cívico y la organización política de la juventud.

Los avances obtenidos en el ejercicio de las libertades públicas y de los derechos ciudadanos son modestos en relación con la madurez que el país ha cobrado en otros órdenes de la vida nacional, y es sano y conveniente reconocer esta realidad con espíritu autocrítico, revolucionario.

Vivimos en una época de inconformidades, en una atmósfera revolucionaria de dimensiones universales en que todo se pone a juicio, lo mismo los conceptos filosóficos tradicionales que los métodos de aplicación de las ideas más avanzadas. Estas reconsideraciones se plantean al influjo de una fuerte corriente liberadora que sacude la conciencia de los pueblos de todas las razas y latitudes, y en la que convergen religiosos de los más variados credos y jerarquías, estadistas, científicos, escritores y artistas y representantes de tendencias políticas y sociales disímiles, para rescatar al hombre y a las naciones débiles de la explotación. Inspirada en un nuevo humanismo, esa poderosa corriente persigue satisfacer las necesidades materiales y espirituales y las tendencias nacionalistas de los pueblos en el respeto a las libertades individuales y a su auténtica y real autonomía; y que, en la paz, la ciencia y la técnica sirvan al hombre en vez de esclavizarlo o aniquilarlo.

En nuestra América, la corriente liberadora repercute con señalada violencia involucrando a los jóvenes que, con razón, consideran tarea primordial el logro de la independencia económica de sus respectivos países; mostrándose sensibles a cualquier cambio positivo de sus gobiernos en esa dirección, y estableciendo alianzas múltiples con los sectores dispuestos a defender al pueblo de la explotación oligárquica e imperialista.

Entre éstas, tiene especial significación la alianza inusitada con clérigos católicos que, imbuidos



de verdaderos sentimientos humanistas, han levantado su voz y luchan para liberar social y nacionalmente a los pueblos latinoamericanos.

Dentro del marco de cambios y convulsiones universales, México no puede ser una excepción y, tomando en cuenta las condiciones específicas de nuestro medio, habría que penetrar en las causas locales de la inconformidad de la juventud mexicana para comprender y compartir sus inquietudes, y estar en disposición de examinar con atención y respeto las críticas que hace de la sociedad contemporánea, acogiendo con ánimo autocrítico las que lanza contra las herencias negativas que los adultos les hemos legado.

En realidad es ella, la juventud, la destinada a acelerar la Revolución renovando los cuadros dirigentes y los métodos de acción política; incorporando al pueblo a las discusiones y decisiones públicas; revitalizando el movimiento social y la democracia interna en las organizaciones obreras y campesinas; participar en el estudio de una reforma educativa que esté más ligada al desarrollo económico del país y a los principios sociales de la Revolución; dar nuevo impulso a la Reforma Agraria evitando la existencia de latifundios y organizando debidamente al ejido para lograr el aumento de la producción agrícola en forma que permita elevar las condiciones de vida de la población rural; propugnar mayores beneficios asistenciales, de salubridad y seguridad social para la población necesitada; canalizar las finanzas hacia las actividades productivas; mexicanizar las ramas fundamentales de la economía y mantener la política internacional que ha dado prestigio a México.

Estas responsabilidades cuestan dedicación y esfuerzo. Al tomarlas, la juventud tiene un campo ilimitado de acción política, económica, social y cultural para propiciar éstas y más elevadas metas revolucionarias, especialmente si a su entusiasmo y vitalidad añade su decisión de organizarse y de



trabajar permanentemente en favor de objetivos que concuerden con la realidad mexicana.

Considero ocasión propicia de hacer un paréntesis para referirme a una falsa información que circula en un folleto dedicado a la juventud, y que reproduce palabras supuestamente más pronunciadas ante los agrónomos de la Escuela de Agricultura de la Universidad de Guadalajara, que tuve el honor de apadrinar en el mes de agosto pasado.

En esa, y en otras publicaciones anteriores, se dice que en charla con ellos, me referí a los estudiantes que participaron en el movimiento del año pasado como una juventud compuesta por grupos "sin organización, sin cerebro y sin conciencia".

La verdad es que jamás me he manifestado en esa forma de la juventud. He dicho, y lo repito, que los jóvenes que desean militar política y socialmente necesitan organizarse, desarrollar una acción persistente, fortalecer su conciencia política y de clase y empeñarse en interpretar los problemas nacionales e internacionales con criterio objetivo y revolucionario.

Las lagunas y fallas que se observan en la vida pública de México no son imputables al régimen de la Revolución, sino a las debilidades y prevaricaciones de sus hombres. Ni son inculpables a un solo hombre, por alta que sea su representación. Las deformaciones también se derivan de la indiferencia de la ciudadanía que se abstiene de cumplir con sus obligaciones políticas. Además, responden a características del sistema en que vivimos, las que habrán de transformarse resuelta, dinámica y pacíficamente.

Y de esta fiesta en que se celebran los logros obtenidos hasta hoy, que el 20 de noviembre sirva para confirmar el reconocimiento de una deuda que todos tenemos con los que cayeron en la lucha revolucionaria y de un compromiso de libertad, justicia y democracia social ante las nuevas generaciones.

Finalmente, quiero manifestar que los viejos

revolucionarios deseáramos que esta memorable fecha de la Revolución Mexicana, a cuyo régimen el pueblo le ha prestado su apoyo moral y material y por el cual el país ha disfrutado de un largo periodo de paz, deseáramos, repito, que el aniversario que se conmemora hoy fuese un estímulo de alegría general abriendo las puertas de la libertad a los hijos y padres detenidos por hechos circunstanciales, cuyas consecuencias todos los mexicanos deploramos.

Consagrar esta fecha a un acto en que se manifieste la tolerancia del régimen con base en la fortaleza y estabilidad de sus instituciones, sería una de las más benéficas conmemoraciones del aniversario de la Revolución Mexicana. Así, el país seguiría su marcha con mayor celeridad en su desarrollo económico, cultural y social con menores problemas internos.

Por otra parte, debemos todos empeñarnos por que se destierren las pasiones políticas y, sin mengua de personales credos e ideologías, unir esfuerzos para un fin común que a todos interesa: resolver las necesidades ingentes de todo orden, de los sectores populares de la nación mexicana, imprimiendo a nuestra acción una mística, la de engrandecer nuestra patria.

Las condiciones del país son propicias para lograrlo a pesar de las provocaciones exteriores que han dado oportunidad a México para obrar con dignidad, apoyado en la razón y la justicia, actitud esta que han visto con beneplácito las naciones que sufren el peso de los países poderosos.

Doy las gracias más cumplidas al señor gobernador constitucional de esta histórica entidad federativa, licenciado Manuel M. Moreno, a las autoridades municipales y a las instituciones cívicas y educativas de Irapuato y a todas las personas que se han servido acoger amistosamente mi presencia entre ustedes.

Lázaro Cárdenas del Río.

Irapuato, Gto., 20 de noviembre de 1969.



LOS COMUNISTAS Y EL REGIMEN DE CARDENAS

I.

Después de ser nombrado candidato presidencial del Partido Nacional Revolucionario con el respaldo del general Plutarco Elías Calles, el general Lázaro Cárdenas tenía su victoria asegurada para las elecciones de 1934. Sin embargo, el suprimido Partido Comunista de México participó en la lucha electoral bajo la bandera del Bloque Obrero y Campesino; el 2 de abril de ese año Hernán Laborde, secretario general del PCM anunció que había sido nombrado candidato del Bloque; simultáneamente denunciaba el programa del PNR como una simple copia de los programas hitleristas y del *New Deal* de Roosevelt. Aun declarando que la elección sería una farsa, justificaba su candidatura porque daba una oportunidad para difundir la ideología del Bloque. Durante la campaña acusó a Cárdenas y a otros dos candidatos de estar apoyados por la burguesía y la clase terrateniente, y de buscar el favor del presidente de los Estados Unidos.

Después de su arrolladora victoria en las urnas Cárdenas tomó posesión el 30 de noviembre de 1934, y casi inmediatamente después el país padeció una ola de huelgas que alarmó grandemente a los hombres de negocios. El nuevo presidente declaró a los periodistas, el 25 de enero de 1935, que las huelgas debían verse "como una simple manifestación del estado de injusticia en el que algunas compañías mantenían a los trabajadores. . ."

Desde el principio de su gestión, Cárdenas había tratado de unir las diferentes agrupaciones obreras en una única confederación, como medio para facilitar la ejecución de su programa revolucionario y para fortalecer su régimen. Sin embargo, a través de la Confederación Sindical Unitaria de México, los comunistas buscaban el control de las organizaciones proletarias no comunistas y trataron de reforzar el poder del PCM hasta el punto de conseguir la caída del nuevo presidente; se negaban a reconocer diferencias fundamentales entre Cárdenas y los peleles de Calles que le habían precedido, y continuaba repitiendo que "ni con Calles ni con Cárdenas"; incluso cuando el gobierno decidió legalizar la existencia del PCM, denunciaron su actitud como demagogia izquierdista.

Al fin, cuando a mediados de junio de 1935 las declaraciones de Calles contra la proliferación de las huelgas hicieron temer el derrocamiento del gobierno cardenista, la Confederación Sindical Unitaria de México (CSUM) se unió a las otras organizaciones de trabajadores para sostenerlo y firmar un pacto de solidaridad. Se estableció, por ese acuerdo, un Comité Nacional de Defensa del Proletariado, con la misión de ocuparse de los conflictos intersindicales y de garantizar la

protección de los derechos de los obreros, incluso por una huelga general si fuera necesario. Se encargó también al Comité la convocatoria de un Congreso Nacional de Obreros y Campesinos que tendría por fin crear una organización proletaria única.

A fines de junio de ese año, el lema "Ni con Calles ni con Cárdenas" se cambió a "Con Cárdenas no, con las masas cardenistas, sí", lo que no implicaba cambio de actitud del PCM hacia el presidente. La Confederación General de Obreros y Campesinos de México y los trabajadores ferroviarios hicieron público que avalaban la política cardenista y la del PNR, el 2 de agosto de 1935, y provocaron una respuesta editorial en el órgano oficial del PCM que denunciaba esas declaraciones como "vicio reformista" y asentaba que las relaciones con el gobierno tendrían a restringir la independencia de los trabajadores. Para el editorial, oponerse a Calles no implicaba apoyar a Cárdenas: "La independencia es necesaria para aumentar la conciencia de clase del proletariado, porque mientras continúe pensando que es el general Cárdenas quien puede aliviar la situación de las masas trabajadoras. . . la clase obrera no puede comprender su misión histórica; nunca podrá organizarse y preparar sus fuerzas para la destrucción violenta del régimen capitalista. . ." Coincidiendo con la publicación de ese editorial, sin embargo y significativamente, el Séptimo Congreso de la Internacional Comunista anunciaba en Moscú una nueva línea.

II.

Sobresaltado por la destrucción del movimiento comunista alemán a manos de Hitler, y alarmado por el resurgimiento del poder militar en Alemania, Stalin entendió que la ola creciente del fascismo era el resultado de los esfuerzos del capitalismo por salvarse, para lo cual acudía al despojo de los obreros y preparaba un asalto imperialista a la Unión Soviética. En consecuencia, George Dimitrov dirigió, el 2 de agosto de 1935, un comunicado al Séptimo Congreso de la Internacional Comunista en el que apelaba a los partidos comunistas del mundo para que organizaran frentes populares contra el fascismo y el imperialismo. Estos debían estar formados por uniones obreras, ligas campesinas, agrupaciones juveniles, organizaciones femeninas y partidos políticos de izquierda y centro.

En el discurso que Laborde dijo ante el Séptimo Congreso en Moscú hay indicaciones de que los comunistas mexicanos tomarían una nueva actitud frente al gobierno del presidente Lázaro Cárdenas. Ahí Laborde se refirió a "nuestra posición

ante el reformismo nacional, el PNR y el gobierno de Cárdenas, que es sostenido por la gran mayoría de los trabajadores y de la pequeña burguesía” y declaró que “sin resolver este problema no podremos aplicar la directiva que se refiere al Frente Popular, que la delegación mexicana acepta totalmente y sin reservas”. Acerca de la línea asumida por el PCM en relación al rompimiento reciente entre Cárdenas y Calles con motivo de la proliferación de huelgas por los sindicatos mexicanos, Laborde admitía que

no veíamos sino una lucha de facciones complicada por la rivalidad de intereses económicos entre dos pandillas con el fin de acabar con las luchas de las masas y tranquilizar al país en beneficio del capital extranjero y sus aliados nacionales. Colocábamos a Cárdenas en el mismo plano que Calles y nos limitábamos a decir a las masas “Ni con Calles ni con Cárdenas”, afirmando que ambos estaban contra el proletariado. Esa postura era equivocada.

Laborde pescó rápidamente la significación de la línea marcada por el Comintern, pero los jefes comunistas de casa tardaron en adaptarse a la nueva situación: varias semanas después del discurso de Dimitrov los artículos del periódico del PCM, *El Machete*, seguían insistiendo en que el cardenismo no se diferenciaba mayormente del callismo. No fue sino hasta noviembre de 1935 que se pidió en voz alta el apoyo definitivo al régimen de Cárdenas, cuando en el Comité Central del PCM se discutió una carta a los delegados mexicanos que asistían a la reunión en Moscú. Esa carta explicaba que el Partido debería luchar por la consecución de los objetivos del Frente Popular bajo el régimen de Cárdenas, y que debería presionar por el aumento de las demandas populares tanto como la fuerza del movimiento lo permitiera; decía que

... sabemos que la plataforma del Frente Popular sólo puede realizarse por un gobierno revolucionario popular que, aunque no sea un gobierno de obreros y campesinos, puede ser, sin embargo, un gobierno antirreaccionario y antimperialista, de Frente Popular, que empiece una verdadera lucha para minar no sólo las posiciones políticas sino también las posiciones económicas del imperialismo, desarrollará todavía más la lucha de los campesinos por la tierra, y creará por este camino las condiciones para la implantación de la dictadura revolucionaria democrática de obreros y campesinos que a su vez pondrá las bases para la dictadura del proletariado y la construcción del socialismo.

En otras palabras, el PCM levantaría un frente controlado por él y usaría esa organización para dominar al gobierno. Ciertamente era un plan mas bien ambicioso para un partido

que no contaba con más de unos cuantos miles de miembros. Sin embargo, el Partido confiaba mucho en su habilidad para influir sobre líderes obreros de izquierda, como Vicente Lombardo Toledano.

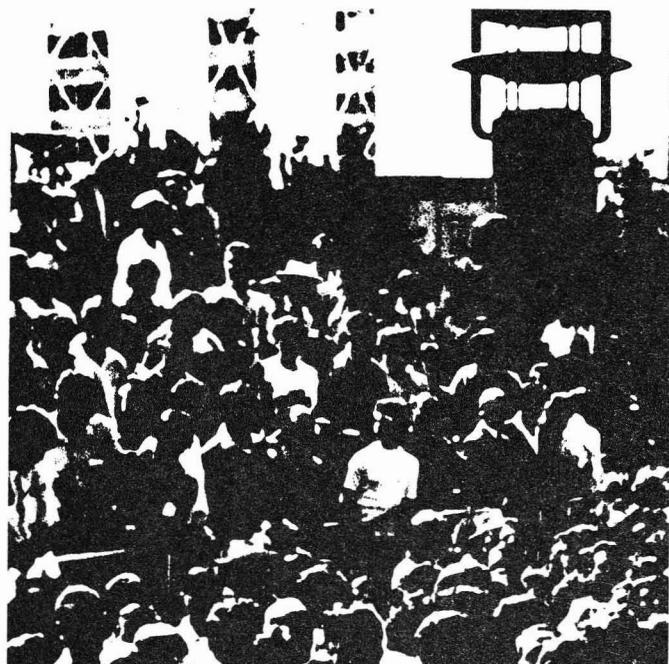
Aunque se había enfrentado a los comunistas mexicanos durante varios años, Lombardo Toledano visitó en el verano de 1935 la Unión Soviética, como líder de la CGOCM, y ahí se entrevistó con Dimitrov, Laborde y otros dirigentes del Comintern. Ya antes del regreso de Lombardo *El Machete* decía que “estamos ciertos de que su llegada al país influirá perceptiblemente sobre el impulso a las luchas obreras y antimperialistas por la fuerza política y organizativa de las masas en su combate contra el imperialismo y la reacción”. Con el apoyo del presidente, Lombardo Toledano buscaba la unificación de todas las organizaciones laborales mexicanas, sin exceptuar a la CSUM de los comunistas; y a pesar de que algunos grupos se opusieron, para febrero de 1936 se constituyó la Confederación de Trabajadores de México de la que el propio Lombardo fue secretario general. Ese mismo mes una delegación suya asistió al Congreso Constitutivo Nacional del Frente Antimperialista, tenido en México bajo el patrocinio del PCM. Laborde insistió en el congreso que el Frente Popular no trataba de establecer un régimen soviético en México, y que su objetivo era más bien la lucha contra el callismo y sus aliados imperialistas que procuraban la intervención de los Estados Unidos para derrocar al gobierno de Cárdenas. Por su parte Lombardo, a nombre de la CTM, avaló los once puntos del programa del congreso, aunque pidió otro congreso nacional que estableciera lo que él describía como ni un partido político ni una organización obrera, sino una unión de diversos sectores de la sociedad, explotados por la burguesía nacional y el imperialismo extranjero.

En la sesión de clausura del congreso se nombró, para dirigir al Frente Popular, una comisión permanente con un comité ejecutivo de catorce miembros. Cuáles serían las funciones de este comité fue una cuestión que provocó en los meses siguientes una agria disputa entre el PCM y la CTM: según Laborde y sus secuaces, que eran mayoría en el comité ejecutivo, éste constituía la jefatura de un Frente Popular Mexicano ya establecido; la mayoría de los líderes de la CTM sostenía en cambio que el comité se había nombrado únicamente con el propósito de organizar otro congreso, tal como había sido recomendado por Lombardo. El conflicto fue llevado a la primera reunión del Consejo Nacional de la CTM, donde el 15 de junio de 1936 Valentín Campa (representante de la Cámara Unitaria del Trabajo del Distrito Federal, controlada por comunistas) declaró que el

Frente Popular Mexicano se había organizado y funcionaba, formado por grupos afiliados a la CTM, y que ésta debía apoyarlo. Fernando Amilpa, como representante de la Federación Regional de Obreros y Campesinos del Distrito Federal, sostuvo sin embargo que los grupos afiliados a la CTM no reconocían al llamado Frente Popular Mexicano y que no le daría su apoyo a menos que lo decidiera así el Comité Nacional de la Confederación. Se aprobó también la proposición de Amilpa de que lo más pronto que fuera posible la CTM convocara un congreso nacional para formar el Frente Popular.

Pasaron los meses estivales de 1936 sin que se convocara el congreso, pero no por eso mejoraron las relaciones entre el partido y la confederación. De lo agrio de su disputa es indicativa una declaración firmada el 11 de septiembre por Amilpa y otros líderes de la Federación Regional de Obreros y Campesinos del Distrito Federal: en ella protestaban porque el PCM se aprovechaba del Frente Popular como medio para adquirir fuerza sobre grupos no comunistas, e intentaba organizarlos en nuevas federaciones que sirvieran a sus propios intereses; Amilpa y sus compañeros pedían, pues, que el Comité Nacional de la CTM repudiara todos los actos del llamado Frente Popular Mexicano. En respuesta, el Consejo Nacional cursó el asunto a un comité de estudio, y siguiendo las recomendaciones de éste votó una autorización para que el Comité Nacional de la CTM convocara a otras organizaciones políticas y sociales a unirse en la creación de un Frente Popular Mexicano que acogiera representantes de los sectores obrero, campesino y político. Este debía estar por encima de sectarismos partidarios e ideológicos, apoyaría únicamente aquellas demandas que fueran aprobadas por todos los grupos políticos, y se abstendría de participar en política electoral. Al especificar esto, el Consejo Nacional resolvió que "El Frente Popular Mexicano luchará enérgicamente contra el imperialismo, el fascismo y la guerra". Concluía que el comité organizador del Frente, dominado por los comunistas, era innecesaria, pero que sería invitado para formar el Frente Popular propuesto.

Como podría esperarse, Laborde y otros de los miembros del comité resintieron la declaración que lo consideraba innecesario; sin embargo aseguraron a Lombardo Toledano en una carta del 27 de octubre que cooperarían con él. El guía de la CTM dirigió a su vez una carta, fechada el 13 de noviembre, al PCM, al PNR y al Comité Nacional de Unidad Campesina invitándolos a participar con la Confederación en un Frente Popular Mexicano y a adoptar una plataforma que apoyaría públicamente "todos los actos, leyes y programas del gobierno progresista del general Lázaro Cárdenas que signifiquen el mantenimiento de instituciones beneficiosas



para la clase obrera o que defiendan los intereses materiales, políticos o morales de la nación mexicana" A nombre del PNR y del Comité Nacional de Unidad Campesina respondieron Silvano Barba González, presidente del primero, y Esteban García de Alba, secretario general del segundo, diciendo que esperaban que la propuesta fuera aprobada por el Comité Nacional Ejecutivo del partido en su próxima sesión; alababan la iniciativa como "un paso firme en el importante y trascendental trabajo de unificación revolucionaria promovido con entusiasmo por el presidente de la República, general Lázaro Cárdenas. . ."

A pesar de tantos prolegómenos el Frente Popular Mexicano no se materializó. A su fracaso contribuyeron sin duda las fricciones habidas entre la CTM y el PNR con respecto a la unificación de las ligas campesinas y la organización de los empleados federales, pues Cárdenas, temeroso de que Lombardo adquiriera demasiado poder, se resistía a que esos dos grupos fueran controlados por la CTM. Igualmente contribuyó la justificada aprehensión de los jefes de la CTM y del PNR por las tácticas y objetivos del Partido Comunista.

Si bien los voceros comunistas anunciaban su ferviente deseo de cooperar con otras organizaciones en el apoyo al gobierno cardenista, continuaron atrayéndose la suspicacia y la desconfianza por su incesante actividad sobre los sindica-

tos, su intento de politizar a los miembros del PNR y sus presiones sobre diversos líderes para que realizaran una política comunista. Basta leer las publicaciones del PCM para comprender que la suspicacia era justificada: por ejemplo, en *El Machete* en el que aparecía el texto de la aceptación del Partido a la invitación de Lombardo, aparecía también un artículo de Jorge Fernández que abiertamente enunciaba que el objeto de conseguir el control de los grupos obreros claves era un primer paso para dominar a la Revolución Mexicana:

Fundamentalmente, para conseguir la hegemonía sobre el proletariado en esta revolución, nuestro partido necesita expandirse en el estrato decisivo del proletariado, que consiste en los trabajadores mineros y metalúrgicos, los trabajadores ferrocarrileros, los obreros de petróleos, de transportes y portuarios, los obreros textiles, los trabajadores de los ingenios y los electricistas, así como los jornaleros del campo y los campesinos. Nuestro partido debe entender que si no enraiza en esos sectores no habrá posibilidad de movilizar a toda la clase obrera como la clase dirigente en la lucha económica, política y teórica que permitirá al partido la dirección de la Revolución Nacional.

En la cuarta reunión del Consejo Nacional de la CTM se decidió tomar medidas en contra de las organizaciones influidas por los comunistas y en contra de sus líderes. Lombardo Toledano expuso la naturaleza del Frente Popular tal como había sido propuesto en Moscú, y agregó que "los camaradas comunistas de México no han entendido o no quieren entender el alcance histórico y la trascendencia revolucionaria de la táctica del Frente Popular; tratan de moverse demasiado rápido dentro de la CTM; desean conseguir el control; lo niegan, pero tal cosa es cierta porque los hechos no pueden esconderse". Hizo ver que por primera vez en la historia del PCM los comunistas habían tenido contacto con la clase obrera, a través de la CTM, y señaló con sarcasmo que "los camaradas comunistas, con la actitud psicológica de un nuevo rico, han venido a afirmar cosas contrarias a la realidad; por ejemplo, que ellos han creado la CTM y que el gobierno del presidente Cárdenas es progresista porque el Partido Comunista lo vigila de cerca y lo inclina hacia la izquierda". Después Lombardo sostuvo que los comunistas eran en la Confederación "más obedientes a la jefatura de su partido que a la disciplina sindical de la CTM..." Como paso siguiente el Consejo Nacional resolvió deponer a tres miembros comunistas de la CTM a menos que en un plazo de veinticuatro horas hubieran dado noticia escrita de un boicot en contra de su reunión. Asimismo, se

concedieron quince días a aquellas organizaciones que habían participado en el boicot para que expresaran su solidaridad con la CTM: varias de ellas lo hicieron, pero los tres miembros del comité se rehusaron y fueron depuestos.

III

Al mismo tiempo que las actividades del PCM provocaban discordia en la CTM y engendraban más diferencias que unión, se deterioraban también sus relaciones con el PNR. En un principio, este fenómeno se desarrolló a partir del intento que hizo el PCM de obtener el endoso del PNR de sus candidatos comunistas para las elecciones del congreso de 1937. El 4 de septiembre de 1935, el Comité Ejecutivo Nacional del PNR había declarado que obreros y campesinos tomarían parte activamente en asuntos políticos. Al mismo tiempo se anunció que el solo hecho de pertenecer a una "unión revolucionaria" o a una comunidad ejidataria sería considerado como una prueba de ser miembro del PNR. A mediados de marzo del año siguiente un tal Frente Electoral Popular, organizado por el PCM en el Distrito Federal, anunció que Hernán Laborde intentaría ser nombrado candidato para diputado en representación del quinto distrito de la capital. Tal declaración hizo que el presidente del PNR, Silvano Barba González, declarara que los comunistas no podrían ser nombrados candidatos del PNR aunque estuvieran identificados con organizaciones obreras o campesinas. Laborde fue entrevistado por un periodista de *El Machete*; cuando se le preguntó si continuaría su campaña a pesar de la oposición del PNR, respondió lo siguiente:

He aceptado el llamado que me hizo el Comité Central del Partido Comunista Mexicano. Esta resolución se basa en las recomendaciones de varias organizaciones obreras importantes, interesadas en tener en el Congreso un representante en quien puedan confiar completamente; el Partido Comunista no podría hacer menos que responder al deseo de estos obreros...

Por lo tanto, la aceptación de mi candidatura no fue un acto personal, sino el cumplimiento de una resolución de mi partido, un acto de disciplina; y a pesar de las conocidas declaraciones del Presidente del PNR, continuaré en la lucha mientras tenga el apoyo de las organizaciones obreras.

Sin embargo, la mañana del 11 de abril, no se permitió a los delegados de grupos procomunistas del quinto distrito que participaran en la convención del PNR porque no pudieron mostrar una identificación adecuada. Así las cosas, los seguidores de Laborde hicieron su propia convención y

anunciaron su candidatura. Después, en una carta dirigida a la comisión permanente del Congreso Nacional, el Frente Popular Electoral explicaba que las credenciales de 83 delegados, que representaban 10 449 votos, habían sido entregadas a la secretaría general del PNR por el comité ejecutivo de la Cámara del Trabajo Unitaria del Distrito Federal, desde el 3 de abril, y que no habían sido regresadas. En razón de eso se pedía que la convención del partido, referente al quinto distrito, debía invalidarse y que el PNR debía dejarlo vacante y respetar el voto popular en las elecciones de julio. También se tomaron medidas semejantes en relación a otros candidatos comunistas: Hernán Escalante en el cuarto distrito de Yucatán, Dionisio Encinas en Torreón y Francisco García Carranza en Ciudad Juárez.

IV

A consecuencia de los conflictos electorales, se recrudecieron las relaciones entre el PCM y el PNR, y disminuyeron las perspectivas de crear un Frente Popular Mexicano que incluyera a ambos partidos. Después de meses de críticas cada vez más fuertes hacia la CTM y el PNR, sin embargo, un artículo de Hernán Laborde, del 20 de junio de 1937 señalaba un brusco cambio. El artículo, titulado "Unidad a toda costa", señalaba que en vista del peligro de una guerra imperialista y de la amenaza de la reacción interna en México, "todos los elementos verdaderamente patrióticos, progresistas y revolucionarios, los amantes de la libertad y del progreso y los enemigos de la reacción fascista, tienen la obligación de combinar sus esfuerzos para que la guerra nos encuentre unidos". El problema de la unidad de la CTM le resultaba ahora de especial importancia: "para nosotros los comunistas, el problema de la CTM se plantea en estos términos: 'UNIDAD A TODA COSTA' ". Y explicaba el sentido de ese lema:

Esta fórmula nos impone como primera condición la supresión de todos los ataques y la controversia pública en referencia a las causas de la división. Las causas son múltiples y habrá tiempo de analizarlas. Numerosos errores y apresuramientos de los diferentes sectores ideológicos de la CTM contribuyeron a crear la situación en la que nos encontramos. Pero desde ahora nuestro partido se abstiene de apuntar y criticar las faltas de otros, particularmente las faltas de los que han tratado de echar sobre nosotros la culpa de la división.

Más bien, debemos analizar nuestra propia conducta para descubrir y autocriticar los errores que hayamos podido cometer y que hayan podido contribuir a crear

una situación que no deseamos y no buscamos, pero que fuimos incapaces de evitar.

Todos los errores de nuestro partido, y de cada comunista en particular deben corregirse y nuestros esfuerzos tenderán a hacer posible el restablecimiento de la CTM. En este terreno de unidad, nosotros comunistas debemos hacer concesiones y debemos aceptar los sacrificios necesarios.

El mismo 20 de junio el Buró Político del PCM resolvió retirar su candidatura para diputado federal, y simultáneamente hizo un llamado a todas las organizaciones laborales y populares para que apoyaran a los candidatos del PNR y "presentaran un único frente contra la reacción y sus 'partidos independientes' en el campo electoral y en todos los otros campos.

Seis días después de esto, bajo la estrecha vigilancia de los representantes del Comintern Earl Browder y Alexander Trachtenberg, de los Estados Unidos, y Gustavo Machado, de Venezuela, el Comité Central del PCM inició una junta con el propósito de "corregir nuestros errores aplicando la línea de la Internacional Comunista", en las palabras de Rafael Carrillo, que dijo la alocución de apertura, antes de que el Comité se enfrascara en la discusión del informe de 48 páginas entregado por el secretario general Laborde. Muchos



golpes de pecho hubo en las sesiones del 26 al 30 de junio, en relación al malhadado fracaso de lograr la política de frente popular. Al cabo de esos cinco días de introspección y autocrítica el Comité Central adoptó una resolución de "unidad a toda costa", con una explicación de la división de la CTM y sus consecuencias, una relación de las causas que habían llevado al rompimiento y de los errores tácticos del PCM, un análisis de las desviaciones de la línea trazada por el Comintern, un bosquejo del nuevo curso que debía seguirse para reestablecer la unidad con la Confederación y constituir el Frente Popular Mexicano, y un plan para fortalecer el PCM por medio del adoctrinamiento y la disciplina rigurosos. Como muestra de los buenos deseos y del propósito de recuperar la confianza de la CTM, la resolución declaraba que: "Los comunistas deben trabajar para la inmediata creación de un Frente Popular completo, que incluya a nuestro partido; pero si el Frente Popular se constituyera sin nuestro partido, los comunistas deben apoyar el movimiento, sin perjuicio de continuar trabajando para la incorporación del partido." Y también asentaba que: "Para ser consistentes y eliminar cualquier motivo que haga perder la confianza en la sinceridad y la buena fe del partido, es necesario, en términos generales, apoyar a los candidatos de la CTM y del PNR, agrupando la mayor cantidad de fuerza contra los candidatos reaccionarios."

En su discurso de clausura Laborde confesaba que: "Fuimos impacientes, intolerantes, inflexibles; no entendimos por qué otros líderes no actuaban como hubiéramos querido; no entendimos que de cualquier forma la unidad de la CTM constituya en sí misma una fuerza revolucionaria formidable..." y se declaraba dispuesto a "aceptar incondicionalmente las resoluciones de la cuarta reunión del Consejo Nacional de la CTM...; nos rendimos ante nuestros hermanos de la CTM para no tener que rendirnos después al fascismo!"

Como invitación a la paz el Comité Organizador del Frente, controlado por comunistas y que tanta controversia había suscitado, notificó a la CTM el 28 de julio de 1937 que había resuelto disolverse. Citaba las condiciones nacionales e internacionales que hacían necesaria la creación de un frente popular, y explicaba su decisión puesto que no quería que pudiera considerársele un obstáculo para ello.

V

El 25 de octubre de 1937 el Bloque Revolucionario de la Cámara de Senadores aprobó una propuesta del doctor Julián Garza Tijerina que pedía la integración permanente de los

sectores revolucionarios en un frente popular. La idea era en México vieja de dos años, pero la novedad de Garza Tijerina consistía en que daba por hecho que el frente ya existía para fines electorales, en la forma del PNR, puesto que éste prohijaba como candidatos a las cámaras a muchos propuestos por las organizaciones obreras y campesinas. Lo que él proponía era una unión más formal de los sectores obrero, campesino y popular —cada uno conservando su personalidad en los asuntos internos—, para una lucha más efectiva contra "la guerra imperialista, la reacción y el fascismo". Enseguida el presidente del Bloque, licenciado Francisco Castellanos, nombró un comité de cuatro miembros, senadores cercanos a obreros y campesinos, con el fin de organizar oficialmente el frente.

Como no parecía que fuera a invitarse al PCM a participar en el frente, su comité central resolvió en las juntas del 4 al 6 de diciembre que cualquier comunista podría individualmente afiliarse al PNR a modo de poder participar en la creación del organismo. No fue, sin embargo, sino hasta el 19 de diciembre que Cárdenas inició lo que venía a ser un partido oficial con una estructura de frente popular. En un manifiesto dirigido a la nación señalaba que aunque los campesinos, los obreros, los empleados públicos y los miembros del ejército eran todos considerados miembros activos



del PNR, la maquinaria del partido no daba iguales derechos ni iguales obligaciones a todos ellos; se refería ahí específicamente al hecho de que mientras los empleados gubernamentales eran obligados a contribuir con siete días anuales de su sueldo, otros no tenían ninguna responsabilidad económica para el sostenimiento del partido. Abolía, pues, la práctica de las deducciones forzosas, y sin dar más detalles sobre los cambios futuros en la estructura del partido, explicaba que:

Interpretando el sentimiento de los jefes del partido, deseo asentar que la transformación indicada tendrá como su propósito básico vigorizar el organismo creado para la defensa de la Revolución, dándole nuevas directrices más acordes con el progreso de nuestras masas populares y purificándolo de ciertas características para que pueda imprimirse en la conciencia del pueblo la incuestionable verdad de que el proletariado mexicano sigue un curso común en su inalterable ruta y forma un único e indisoluble grupo capaz de contener el poder de los reaccionarios, en defensa de los ideales revolucionarios y no de sus intereses personales.

Cárdenas no usaba el término "frente popular" pero las gestiones iniciadas por los senadores cardenistas y el parecido entre su proposición y las del PCM y la CTM (excepto por lo que se refiere a la inclusión de los militares) lleva naturalmente a concluir que la transformación que pedía equivalía a crear un frente popular en el seno del partido oficial. Puesto que el PCM había resuelto apoyar tal proceso, no es de sorprender que Laborde haya acogido favorablemente las declaraciones de Cárdenas: "La formación del Frente Popular dentro del PNR es el paso más trascendental y revolucionario de todos los actos políticos y administrativos efectuados por Cárdenas, porque pone las bases para la derrota final del fascismo y de la reacción en México y para un desarrollo de la Revolución Mexicana extraordinario y sin precedente." Después, en la inauguración de la Conferencia Pedagógica del PC, el 14 de febrero de 1938, asentaría que: "La educación y el trabajo social de los maestros debe contribuir al agrupamiento de las masas... en el nuevo Partido Nacional Revolucionario, es decir, en el frente popular que se constituirá en México el mes próximo por la transformación del PNR.

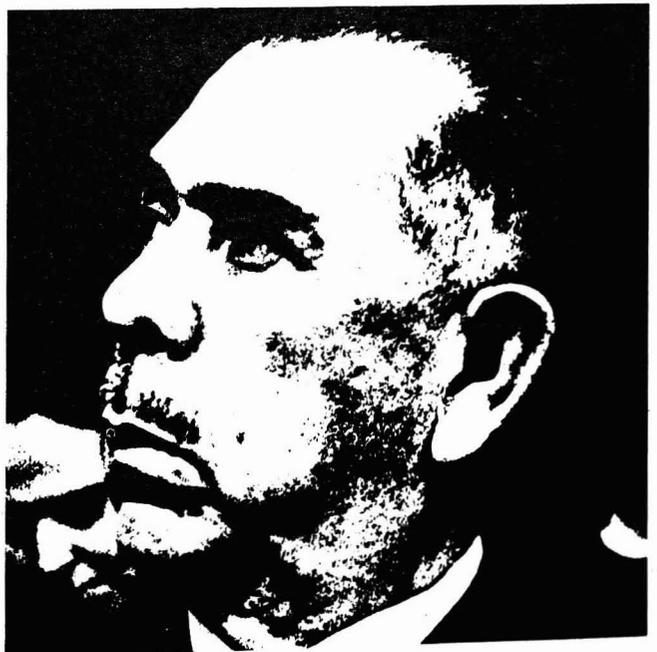
Laborde escribía en febrero de 1938 en *The Communist*, en un esfuerzo por explicar a los comunistas de otros países la situación mexicana:

... de hecho existe en México un Frente Popular, puesto que todas las organizaciones populares, particularmente la CTM, y que incluye a las organizaciones campesinas, de

jóvenes y femeninas, y como es natural el Partido Comunista, apoyan al gobierno y al Partido Nacional Revolucionario. De la misma manera, es claro que la política de Cárdenas es una política muy avanzada de frente popular. Como Cárdenas no había invitado al PCM a participar en el frente popular, como sí había sucedido en Francia o España, Laborde explicaba que:

En México el Partido Nacional Revolucionario es el partido de la Revolución en el poder y tiene el apoyo de todas las organizaciones populares. Puesto que domina la política nacional, este partido no considera necesario compartir su poder con otras organizaciones en un frente unido que le impondría determinadas obligaciones y restricciones.

En cuanto a Lombardo Toledano, en su discurso del 15 de enero de 1938 dicho en una sesión del Consejo Nacional de la CTM endosó el plan cardenista para reorganizar el PNR y aseguró que "la propuesta de la CTM para crear un Frente Popular Mexicano será por fin llevada a cabo..." Y en su discurso del 22 de febrero, ante el primer congreso extraordinario de la CTM prometía: "Seremos los mejores soldados del nuevo partido, sin ambiciones y sin preocuparnos por puestos o facciones; sólo reclamaremos el derecho de estar siempre en la vanguardia y la facultad de cumplir nuestro





deber antes que ningún otro sector.”

Se fijó el 30 de marzo para la reunión que la Asamblea Nacional Constitutiva reorganizara el partido oficial. El nuevo partido, llamado Partido Revolucionario Mexicano estaba compuesto por cuatro sectores: obrero, campesino, popular y militar; y debía asegurar un cambio tranquilo del poder para 1940. El 8 de noviembre de 1938 aniversario de la revolución bolchevique, decía Laborde:

Una vez más el Partido Comunista exhorta al pueblo para que se una en el seno y en torno al PRM, contra sus enemigos interiores y exteriores. Seremos invencibles. Unidos en el PRM, elaboraremos e impondremos, según la voluntad de la mayoría, un programa revolucionario de gobierno para el periodo 1940-1946 y llevaremos a la presidencia de la República a un hombre que desarrolle y continúe la labor revolucionaria de Cárdenas.

Poco después informaba que el Politburó del PCM había decidido no presentar candidato comunista a la presidencia para 1940, sino que apoyaría al candidato del PRM. Luego, en su informe al Séptimo Congreso del PCM propuso que la importante cuestión de sostener al candidato del PRM era algo que debería dejarse al Comité Central, quien se guiaría por la siguiente frase: “Unidad del PRM y de las organizaciones populares con un candidato que garantice la continuidad

de la política del general Cárdenas y que prometa luchar por el programa elaborado por el PRM”.

Cárdenas fue atacado frecuentemente por políticos de derecha, hombres de negocios y directores de periódicos que achacaban a sus programas (en especial la educación socialista, la reforma agraria y la nacionalización de los ferrocarriles y de la industria petrolera) de estar inspirados en el comunismo.

El despreció o contradijo esos ataques y no tomó en cuenta las peticiones en el sentido de que los miembros del PCM fueran excluidos de los puestos públicos. Así, cuando un periodista de *La Prensa* insinuó que los ferrocarrileros y maestros comunistas constituían un peligro para el país, Cárdenas habría respondido: “Cualquier partido que trabaje por el bienestar del pueblo no es perjudicial.” El órgano del PCM hizo alarde de esas palabras; Cárdenas, sin embargo, recibió a menudo las críticas de los comunistas en dos respectos: su fracaso en establecer relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y el permiso otorgado en enero de 1937 y a solicitud de Diego Rivera, a León Trotsky para ingresar al país y establecer su residencia en la ciudad de México.

Por lo que toca a su política en relación con España, Cárdenas tuvo el sólido respaldo del PCM. Durante el periodo de la guerra civil el gobierno mexicano dio apoyo moral y ayuda material a la causa republicana, y después del triunfo de los falangistas, mientras se negaba a reconocer el régimen de Franco abría las puertas a miles de refugiados republicanos. Ante la firma del tratado Hitler-Stalin, y luego del estallido de la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, el PCM censuró a Cárdenas por no haber denunciado el conflicto como una “guerra imperialista”. El hecho de que condenara la agresión soviética a Finlandia en diciembre de 1939 le acarreó mayores críticas por parte del PCM.

En lo interno, el Partido avaló al general Manuel Avila Camacho, favorecido por Cárdenas como candidato presidencial del PRM en 1940. Al mismo tiempo hizo hincapié en el peligro de una rebelión armada de los secuaces del general Juan Andreu Almazán, considerado “reaccionario”.

VI.

El secretario general Laborde anunció en octubre de 1939 que el Comité Nacional del PCM había decidido convocar un congreso extraordinario del partido, para abocarse a las crisis resultantes de la guerra europea y de la proximidad de las elecciones. Justificaba la necesidad del congreso extraordinario por los defectos del PCM en cuanto a su política y su

organización, y asentaba que no había podido colocarse a la vanguardia de las luchas políticas y económicas: "Nos movemos más o menos tranquilamente, a la zaga del régimen revolucionario, aplaudiéndolo, y a la zaga de las organizaciones de masas del PRM, apoyándolas, cooperando con ellas en una posición de segunda fila." Después de haberse diferido tres veces, el congreso se reunió en la ciudad de México entre el 19 y el 24 de marzo de 1940. El retraso se debía sin duda a las purgas que se llevaron a cabo en su seno antes de la reunión; se había establecido al efecto una comisión nacional, presumiblemente por orden del Comintern, cuyo presidente era Andrés García Salgado, que había servido como comisario político de brigada en el ejército republicano español. Ante la imposibilidad de demostrar "una actitud de franca y leal autocrítica", Laborde y su brazo derecho Valentín Campa fueron destituidos de la secretaría y la citada comisión pasó a dirigir el partido.

Dionisio Encinas, nuevo secretario general del PCM presentó el informe más importante al congreso extraordinario, gran parte del cual se dedicaba a defender la política soviética exterior, y en el que describía la actitud del gobierno de Cárdenas hacia Finlandia como "verdaderamente incomprensible". También condenaba la línea "sectario-opportunista" de la dirección del partido en relación a Cárdenas y deploraba el fracaso del PCM en establecer un verdadero frente popular.

Al informar acerca de los trabajos de la comisión purgadora, García Salgado señaló casos de corrupción y traición dentro del partido, y declaraba que algunos puestos dentro de él se habían asignado a masones, reaccionarios y trotskistas. Como ha hecho ver el profesor Karl Schmitt, esta explicación oficial de la necesidad de la purga, no suena cierta; y supone que "la respuesta puede encontrarse, en parte, en la oposición de Laborde y Campa a las bien conocidas intenciones de Stalin para librarse de Trotsky". De hecho esa fue la interpretación del propio Trotsky al principio de la purga: "lo que sucedió, muy probablemente, fue que la GPU encontró cierta oposición entre los dirigentes del Partido Comunista, que se habían acostumbrado a una coexistencia pacífica, y que tal vez temían consecuencias políticas y policíacas muy desagradables de un intento de asesinato. Esta es la fuente de la acusación de 'trotskismo' en su contra. Quien se oponga a un atentado contra la vida de Trotsky es, evidentemente, un 'trotskista'."

El 24 de mayo, apenas dos meses después del congreso extraordinario, un grupo de alrededor de veinte hombres armados atacó la casa de Trotsky en Coyoacán. A pesar de que su recámara estaba sembrada de bala, él escapó ileso,

aunque Robert Sheldon Harte, joven estadounidense que hacía guardia, fue raptado por los atacantes: un mes después la policía encontró su cuerpo con dos tiros. Hubo varios arrestos, y el capitán de los asaltantes resultó identificado como el muralista David Alfaro Siqueiros, veterano de la Revolución Mexicana y de la guerra de España, y comunista de tiempo atrás, pero no fue arrestado sino hasta fines de septiembre. Mientras tanto, el 20 de agosto Trotsky caía mortalmente herido por Ramón Mercader, comunista español que había logrado entrar a la casa de Coyoacán valiéndose de su amante, Sylvia Ageloff. El asesino fue aprehendido en la escena del crimen y Trotsky moría al día siguiente.

Aunque la identidad de Mercader y sus concesiones con la Unión Soviética no se pudieron establecer desde luego, Cárdenas hizo una denuncia pública del asesinato el 30 de agosto. Después de señalar que los miembros del Partido Comunista habían gozado de libertad y respeto durante su gestión, declaró: "... si han decidido que sirven mejor a sus intereses cuando abandonan el campo de la cooperación con los obreros organizados de México para su mejoría progresiva y la defensa del sindicalismo, y si se han aliado con una potencia extranjera que lleva a cabo actos de agresión contra la soberanía de este país, organizando ataques armados junto con elementos mexicanos y extranjeros, cometiendo crímenes que deshonran a la civilización y que ponen en duda la capacidad del gobierno y del pueblo de México para mantener en la capital de la República una situación de seguridad y tranquilidad para los ciudadanos que en ella residen, tales elementos han cometido el crimen de traición contra el país, han prostituido sus doctrinas de redención y de progreso del proletariado; evidentemente han dañado a su país cometiendo un crimen que la historia registrará como deshonoroso para quien lo haya inspirado y como nefasto para quien lo haya consumado y haya cooperado en su ejecución".

Algunos días después los periodistas preguntaron a Cárdenas si su gobierno tenía intenciones de hacer algo contra el Partido Comunista. Su respuesta fue que no había planes de "atacar ninguna institución", pero hizo hincapié en que su gobierno desaprobaba a los Elementos que se colocan fuera de la ley". No obstante, durante los dos meses restantes de la gestión cardenista el sentimiento anticomunista aumentó en México y se dejó oír por boca de algunos sindicalistas y de miembros de las Cámaras. En respuesta a varias informaciones periodísticas en el sentido de que algunos senadores habrían decidido lanzar una campaña anticomunista, el director del órgano oficial del PRM lo negó por escrito enfáticamente e insistió en que el cercano gobierno de Avila

Camacho continuaría la política de Cárdenas respecto del Partido Comunista. Sin embargo, el 29 de noviembre, un día antes de que Cárdenas dejara la presidencia, la policía llevó a cabo allanamientos en las oficinas centrales del PCM, en otra oficina y en una residencia particular de la ciudad de México. A la luz del asesinato de Trotsky las autoridades mexicanas no desatendieron el rumor de un complot comunista que pretendía matar a Cárdenas y a Avila Camacho, junto con el vicepresidente de los Estados Unidos —de visita en México— y otros personajes. Se informó que un total de 89 personas habían sido arrestadas en el curso de los allanamientos; hubo tiros, algunas personas resultaron heridas y el mayor Guillermo García Gallegos perdió la vida. Así pues, las relaciones entre el PCM y el gobierno habían llegado a un punto crítico al final de la gestión de Lázaro Cárdenas.

VII.

A modo de resumen, se puede señalar que las tácticas del PCM sufrieron varios cambios durante el periodo de 1934 a 1940. Primero atacado, luego tolerado y finalmente aclamado por el PCM como un presidente progresista, Cárdenas sucesivamente le dio libertades políticas ante su oposición y aceptó el apoyo cuando los intereses de su administración parecían coincidir con los de los comunistas. El movimiento de frente popular atrajo en ese tiempo a gran cantidad de gente en todas partes, cuando los problemas económicos internacionales aumentaban y la ola del fascismo amenazaba

tragarse al mundo. Un político menos nacionalista y menos fino se habría entregado junto con su organización política y su gobierno en manos de los comunistas militantes. Aunque Cárdenas fuera de tendencia izquierdista, era suficientemente nacionalista y realista en su análisis de la situación local e internacional para no dejarse llevar por las tácticas comunistas y anteponer los intereses del Comintern sobre los de México o dejar que se debilitara la fuerza de su gobierno.

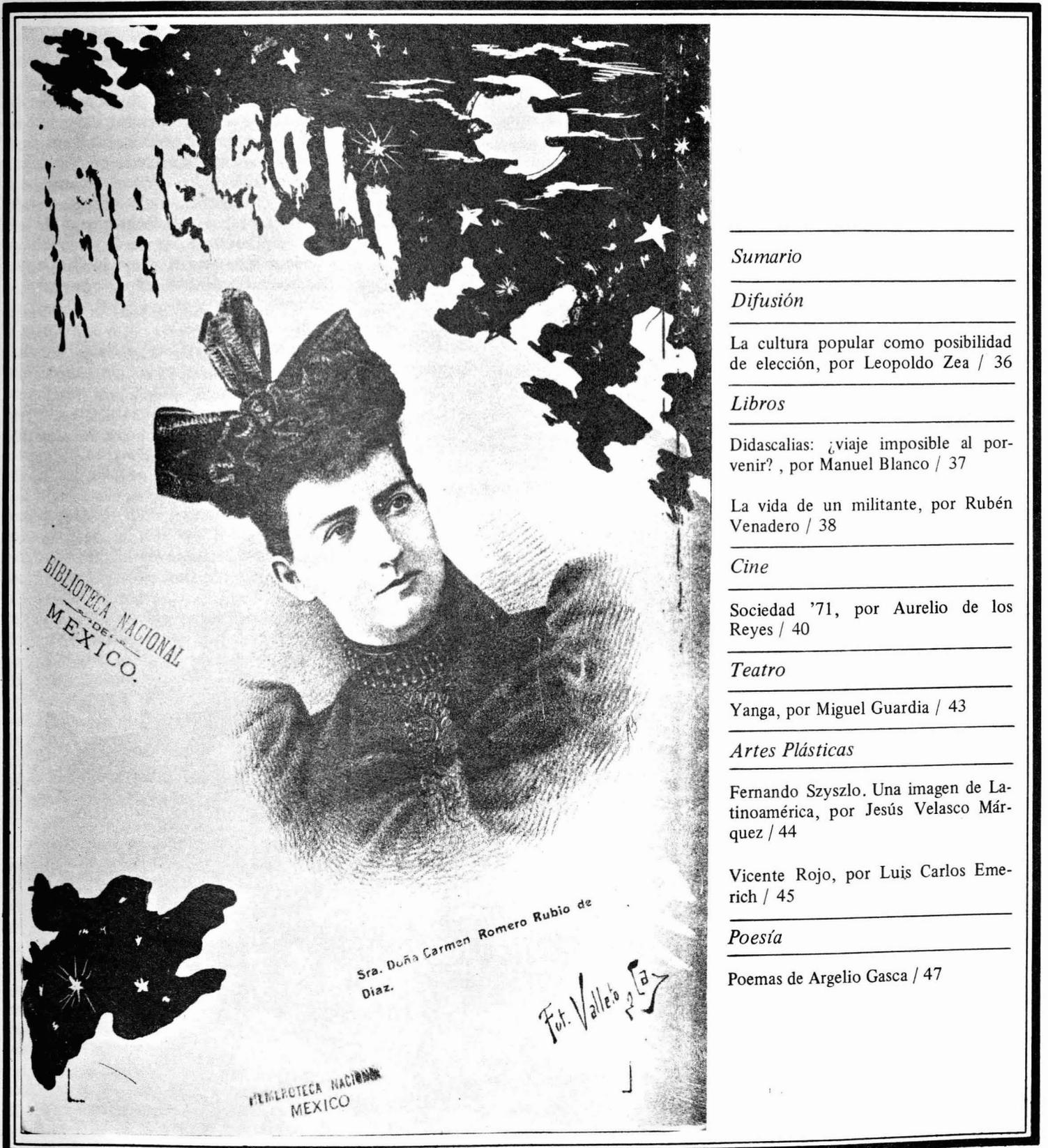
En sus intentos de organizar el frente popular mexicano de marras tal como lo había propuesto el séptimo congreso del Comintern, los dirigentes del PCM se desligaron de los jefes de la CTM y del PNR que rehusaban aceptar la dirección comunista. Así, el movimiento del frente popular fracasó aunque los comunistas se hayan inclinado más tarde ante sus oponentes, en un intento desesperado por conseguir su cooperación. Quizá inspirado por la idea del frente popular, Cárdenas, sin embargo, no dejó participar al PCM en la reestructuración del PNR según el modelo de los cuatro sectores. La posibilidad de mejorar las relaciones entre el Partido Comunista y el gobierno vinieron a menos violentamente durante los últimos quince meses de la administración cardenista.

NOTA:

El ensayo del profesor Brown, de la Baylor University, está apoyado en abundantísimas notas que acuden a una muy amplia variedad de fuentes, principalmente de publicaciones periódicas —las más de ellas mexicanas—, en folletinería y en estudios académicos sobre la materia. Por las características tipográficas de nuestra revista ha sido imposible conservarlas aquí. (Editor)



crítica



Sumario

Difusión

La cultura popular como posibilidad de elección, por Leopoldo Zea / 36

Libros

Didascalias: ¿viaje imposible al porvenir?, por Manuel Blanco / 37

La vida de un militante, por Rubén Venadero / 38

Cine

Sociedad '71, por Aurelio de los Reyes / 40

Teatro

Yanga, por Miguel Guardia / 43

Artes Plásticas

Fernando Szyszlo. Una imagen de Latinoamérica, por Jesús Velasco Márquez / 44

Vicente Rojo, por Luis Carlos Emerich / 45

Poesía

Poemas de Argelio Gasca / 47

difusión

la cultura popular como posibilidad de elección

por Leopoldo Zea

Entre el 24 y el 27 del pasado agosto de 1970, se realizó la Primera Reunión de Consulta para la Coordinación de la Difusión Cultural, bajo el patrocinio de la Universidad Nacional Autónoma de México. La Segunda Reunión se realiza ahora, en esta hermosa ciudad de Jalapa, bajo el patrocinio de la Universidad Veracruzana. Un primer gran gesto de coordinación, de colaboración en esa tan importante tarea de difusión de la cultura, encomendada, entre otras, a las instituciones de educación superior. La directiva provisional del Consejo Nacional de Difusión Cultural viene a informar, ante esta asamblea, del cumplimiento de los acuerdos que le fueron encomendados. El más importante, desde luego, fue el proyecto de reglamento, que habrá de ser discutido en esta reunión y que sentará las bases para alcanzar la anhelada coordinación de esfuerzos en esta noble tarea. De las realizaciones concretas, la inmediata, ha sido una revista informativa *Difusión Cultural*, que ha venido circulando ya entre ustedes, como órgano del Consejo Nacional. Una colaboración más de la Universidad Nacional Autónoma de México en una tarea que deberá alcanzar niveles de coordinación nacional. Al iniciarse las reuniones de trabajo daremos a ustedes un informe más amplio del cumplimiento de los varios acuerdos que nos fueran encomendados, así como de las experiencias que se han obtenido en los ocho meses en que ha actuado la Directiva Provisional. Pequeños logros y mayores experiencias, que habrán de servir en un futuro inmediato para conseguir que las expresiones de la cultura puedan llegar hasta los más apartados rincones de la nación.

Esta preocupación, la de llevar las expresiones de la cultura a toda la nación, así como la de abstraer de los más lejanos rincones de la patria las expresiones propias de una cultura nacional, encuentra ahora, hay que decirlo, un especial interés, un interés que llega hasta los más altos responsables de la política nacional. Un interés que deberá alentar e impulsar a las personas e instituciones que han venido tesoneramente luchando por hacer de la cultura algo más que el exquisito manjar de no

menos exquisitas minorías. Sin embargo, habrá que tener especial cuidado en la enunciación de frases que corren como respuesta, un tanto ingenua, a ese interés, cuando se habla de la cultura para el pueblo. Pues es, precisamente, cuando se habla del supuesto receptor de esa cultura, el pueblo, que surgen las confusiones y, dentro de éstas, la demagogia simplista. El pueblo no es una abstracción, a partir de la cual se pueda medir la capacidad del mismo para comprender, asimilar y expresar una determinada forma cultural. Es pues, a partir de este abstracto receptor que surgen los equívocos, el de que al pueblo sólo le es asequible el folklore, o el que sostiene que la cultura es sólo para minorías o el que considera necesario un supuesto rebajamiento de la cultura a lo que se llama "nivel popular".

Estos equívocos tienen, desde luego, su parte de razón. Y la tienen, precisamente, porque quiérase que no, al hablarse del pueblo así sea como abstracción, se parte,

precisamente, de una idea concreta de quien lo hace posible, el individuo. El pueblo no es ni puede ser una abstracción, es algo concreto, los individuos que lo hacen posible. Yo, ustedes, la gente que está fuera de esta reunión. Multitud de hombres concretos, de carne y hueso, como cada uno de nosotros, son los que hacen posible el pueblo, y es a ellos que debemos dirigirnos, es a ellos que debemos hacer llegar las expresiones de la cultura, lo mismo la cultura que llamamos popular, que la que consideramos más alta, aunque no tan alta que no haya sido creada por hombres, y por lo mismo, al alcance del hombre, de cualquier hombre. Hombres, por supuesto, como todos los hombres, con su personalidad, su individualidad, y por lo mismo predispuestos o no, interesados o no, en esta o aquella expresión de la cultura, como lo están en esta o aquella expresión de la vida social. Lo importante, sin embargo, será abrir la más amplia posibilidad de elección personal. Por ello es menester que la cultura, en sus diversas expresiones, llegue hasta los más lejanos rincones de la nación para que los miembros de la misma tomen, elijan este o aquel aspecto de la misma, lo asimilen o lo pongan de lado. Pero que tal asimilación o puesta de lado no sea el resultado de una limitada difusión de la misma, sino el resultado de la capacidad selectiva del individuo que la recibe.

Es en este sentido que la cultura, en todas sus expresiones, debe ser llevada al pueblo. Al pueblo como algo concreto, como expresión de la unidad de un conjunto de individuos, de hombres vivos, reales. Ya que serán estos individuos, estos hombres, los que de acuerdo con sus afinidades



* Palabras del doctor Leopoldo Zea, pronunciadas en la inauguración de la segunda reunión de consulta del consejo nacional de difusión cultural que bajo el patrocinio de la universidad Veracruzana se llevó a cabo en la ciudad de Jalapa los días 15 y 16 de abril de 1971.

—las que hacen que un individuo se distinga de otro y no sea como las hormigas, semejante a otras hormigas— los que se encarguen de la selección, a título personal, de la cultura, creando su cultura. Cultura es cultivo, esto es, formación, conformación. Algo que hace el hombre por sí mismo en la inevitable relación con sus semejantes. La cultura es algo que, necesariamente, tiene el hombre que tomar de lo que sus semejantes hacen, realizan, creando a su vez el horizonte de posibilidad de la misma; posibilidad pero no limitación. Porque el individuo es, precisamente, individuo en cuanto puede seleccionar, escoger. Y es esta posibilidad, la que debe ampliar la difusión cultural.

El mexicano, todo mexicano, debe tener a su alcance un amplísimo horizonte de posibilidades de selección cultural, que deben ser realizadas de acuerdo con sus afinidades, de acuerdo con su personalidad. Horizonte de posibilidades que también haga más amplia su libertad, la libertad de elección. Esto es, que este o aquel individuo concreto de lo que llamamos el pueblo, no se encuentre obligado a elegir una determinada forma de cultura porque sea ésta la única que se le ofrezca. De lo que se trata es que el individuo, todo individuo, tenga a su alcance una amplísima gama de posibilidades culturales para elegir y que esta selección sea la simple expresión de su personalidad y no expresión de ignorancia, de carencia.

En tal sentido es que entendemos la difusión cultural, sin limitaciones, sin discriminaciones que partan de este o aquel equivoco. Habrá que llevar al pueblo todo el amplísimo mundo de la cultura para que los individuos que lo forman seleccionen de ella lo que consideren más propio. No hay que olvidar que es de la capacidad de esta amplia difusión de la cultura entre el pueblo que depende, a su vez, la capacidad de expresión cultural del mismo. La cultura, se dice, es la expresión más alta del alma de un pueblo, la expresión del genio de sus individuos. Al pueblo habrá que llevar lo que es del pueblo, tanto los aspectos determinados de su cultura como pueblo concreto, como los que expresan la totalidad de los pueblos. La Humanidad. Para que la asimilación de esta cultura sirva, a su vez, de abono en la afloración de nuevas expresiones de la cultura dentro de una infinita tarea que sólo podrá terminar con el agente concreto de la misma, el hombre, el individuo.

Por lo que se refiere a México, esta tarea alcanzará sus más altas posibilidades si, en primer lugar, coordinamos los esfuerzos que en este sentido realizan las instituciones que consideran la difusión cultural como una de sus más importantes tareas. Pensamos, insistimos, en que el momento es propicio, que esta tarea va alcanzando una mayor comprensión, y por lo tanto, una mayor posibilidad de estímulos. Pero el mayor de los estímulos tendrá que partir de nosotros mismos, mostrando que somos capaces de coordinar nuestros esfuerzos, nuestros esfuerzos como individuos y como instituciones, en una tarea que deberá alcanzar nivel nacional.

libros

didascalias: ¿viaje imposible al porvenir?

por manuel blanco

Doy otra fumada al cigarro. Siento que nada de lo que me rodea es importante, sino sólo esto. Veo la imagen del narrador: un metro y setenta y siete, vigoroso, corpulento, pero como si esta clase de minucias no importaran. Mejor: la sonrisa infantil, largo el pelo y enmarañado. Desparpajo. Mientras, trato de buscar mi propia imagen y súbitamente comprendo que si persisto puedo encontrarla.

Pero he aquí la verdadera imagen: un alfiler en la paja: un viaje: la odisea del narrador, la Gran Odisea a que cada uno debe sobrevivir, y en medio de todo ello, la certeza de que algo se sobrepone —puede sobreponerse— al tedio y a la nostalgia: la conciencia.

Entonces voy entendiendo que el viaje puede iniciarse desde cualquier punto y conducirme indistintamente a los lugares más cercanos o más remotos: a Londres, a Budapest, a un centro petrolero en el Estado de Veracruz... o a cualquier cordillera americana (Efraín mientras tanto contempla los cielos límpidos y llenos de tupamarcos presagios). O simplemente a un viaje eterno a bordo de alguna embarcación que navegando por el Atlántico jamás llega a su destino. Son infinitas las posibilidades. Como la realidad de todos los días.

Pero entonces lo importante no es tanto la realidad —que ya está dada, que se nos ofrece siempre como algo definitivo e irreversible—, como puede serlo la posibilidad. Eso. Importa lo posible, no lo real. Y no por otra cosa, sino porque entonces *puedo elegir*, tomar de alguna manera las decisiones que pueden afectar y de hecho afectan mi vida. Aquí comprendo que el primer minuto de conciencia es más terrible, mil veces más terrible que toda la conciencia.

Claro: hay casos. Concretos. Ulises, Juan Manuel Torres (cualquier nombre, cualquier vida, ya dije que las posibilidades son infinitas) emprende el viaje que ha de conducirlo hasta su Itaca tantas veces perdida. Y sí: un día regresa y entonces comprende que la suma de todo lo vivido: sentir, pensar, recordar, o bien: el olfato, el gusto, todas y cada una de las experiencias olvidadas y ahora de pronto ahí, presentes, sin mayor justificación que su presencia misma, lo han vuelto un extraño, un extranjero en su propia tierra. ¿Cuántos Ulises han regresado y seguirán regresando a Itaca en esa su nueva condición de seres ajenos hasta de sí mismos?

* Juan Manuel Torres: *Didascalias*, Ediciones Era, 1970, México.

No hace falta la geografía. Podría ser una simple metáfora. Algo imaginado: imaginar que existe la geografía porque existe la necesidad de contar con un punto de referencia; porque hay que extraer de su contexto a un personaje (¿mutiéndolo?) para así encuadrarlo en ciertas y muy precisas limitaciones. Sólo de esta manera podremos recuperar al menos una parte de su vida. Podremos rescatar su conciencia.

Sólo que entonces ya no nos importa mucho, para los efectos del caso, su conciencia, sino *el proceso* en que arriba la conciencia. Esto es lo verdaderamente importante. Y es precisamente aquí donde podemos advertir la infinita variedad de lo posible: no hay un solo camino, sino muchos senderos que, claro, pueden muy bien poseer innumerables bifurcaciones (ya vine. Borges). Es el viaje y el fin de ese viaje; es la conciencia y la vuelta a una más profunda conciencia.

¿De qué se trata entonces? ¿Quién o quiénes podrían plantearse esta profunda, agobiante, inevitable introspección, este análisis de la existencia que *debería* conducirnos a la conciencia?

Sartre en *Los caminos de la libertad* nos describe la forma en que Mateo llega a *La edad de la razón*. Pero la historia de ese joven profesor de liceo es a la vez la posibilidad de elección y la impotencia para decidir su propio destino. Mateo comprende cuál es su única alternativa: integrarse en el sistema para destruirlo: perder su independencia, su pequeña libertad, para ganar todas las otras libertades. Sin embargo, duda, vacila, teme, y finalmente no se atreve y deja pasar aquella que era su última oportunidad.

El personaje sartreano (¿Sartre mismo en aquella época?) es el intelectual azorado ante los problemas de su tiempo, que comprende la necesidad y hasta la inevitabilidad del cambio y sin embargo prefiere permanecer en ese estado de conciencia latente, arrastrando una *subsistencia* inútil, estéril, viviendo simplemente “la suma de sus propios actos” que podrían ser la libertad, pero son en verdad la sencilla suma de sus pequeñas, inútiles vivencias, siempre llenas de egoísmos y remordimientos.

Carpentier plantea el problema desde otro ángulo. En *Los pasos perdidos* el personaje inicia la imposible búsqueda de su destino cuando por fin advierte que “la única libertad que conserva es la de elegir los platos de la comida los domingos por la mañana”. Es el intelectual asimilado por el

establishment: su vocación —musicólogo—, se ha diluido en la maraña avasalladora del trabajo publicitario. Es el París de los años cincuenta —o el México de los setenta, da lo mismo—.

El viaje concluye en las Antillas y tiene su epílogo en un París irrecobrable y en unas Antillas también irrecobrables. La nostalgia es la misma que la de Mateo. Y la frustración. Y la impotencia. Porque es irrealizable, porque ha extraviado irremisiblemente sus propios pasos. El hombre-hombre no existe porque se reduce a una complicada metáfora donde lo único cierto es la frustración y el desencanto.

Carpentier, con esa prosa barroca que invariablemente nos remite al principio de cuanto existe —visión cosmogónica que es a un tiempo certeza del futuro—, nos enfrenta a la alucinación y al mestizaje: al mundo de lo real maravilloso. *Los pasos perdidos* es la gestación y el proceso descriptivo, meticuloso de La Gran Odisea; viaje que se construye a partir del primer momento de conciencia para, finalmente, integrarse en una nueva conciencia, precisamente cuando el viaje ha concluido y otro se inicia: la última esperanza. Pero las puertas del Edén se han cerrado y con su recio hermetismo parecen increparnos. La realidad no es la que soñamos, sino la que es: ambigua, contradictoria, maravillosa, terrible y trascendente como el hombre mismo.

En *Didascalías*,* Juan Manuel Torres construye un ámbito donde la rememoración es o puede ser a un tiempo recordación del futuro: hay un proceso que se inicia o transcurre o concluye —da lo mismo, puesto que aquí, allá, hoy, ayer, mañana, se está arribando a la conciencia y nuevos Ulises existen o dejan de ser: las posibilidades son inagotables: lo posible es lo único real.

Sólo que Juan Manuel nos enfrenta a considerar otro nivel: Ulises, derrotado, trata de huir hasta de sí mismo: se niega a recordar a las muchachas baleadas (con la "V" de la victoria retorciéndose aún entre

sus dedos), a los jóvenes soldados hermosos que ya no serán nunca más hermosos, y a los judíos y a los árabes y a los polacos perseguidos, a los alemanes, a los rusos, Dios, perseguidos en su propia patria socialista, y a los ejércitos que vienen de la noche para apagar la mañana clara de Checoslovaquia.

Sorgen lo encuentra —¿es Alfredo, no Sorgen?— en un café londinense ¿o en Grecia?, ¿o en París?, y la comunicación ya no es posible porque Ulises ha perdido sus propias cruces de ceniza. Pero Ulises derrotado, muerto, no es sino una nueva posibilidad: la de Sorgen, la de Alfredo, la de Juan Manuel Torres, la de todos los nuevos Ulises que están naciendo aquí o en cualquier sitio y que aún conservan la capacidad de elegir: el primer minuto de conciencia es más terrible que toda la conciencia... entonces el mito resucita y es nada menos que la vida. La vida.

Alto. No es el proceso de hacer conciencia en una clase social oprimida, sino la realidad a que deben enfrentarse ciertos grupos lógicamente marginados; es la capa de la intelectualidad que comprende su circunstancia y ante la cual, objetivamente, no existe otra solución que la integración crítica colectiva, clasista.

En ese contexto las decisiones individuales —las del Ulises que somos cada uno— producen la desesperación pequeñoburguesa y las consecuencias se expresan lo mismo en el abandono y el más abyecto conformismo, que en la tendencia al Supremo Acto Heroico.

Queda al final del relato, sin embargo, la certidumbre de que las posibilidades no han sido agotadas, de que algo permanece y que a fin de cuentas arribar a la conciencia es ya andar una buena parte del camino... hacia una nueva conciencia donde la inmersión en el mundo de los hombres reales equivale no a la justificación gratuita y moralizante de nuestros actos, sino a la impugnación racional y furibunda de todo lo establecido.

la vida de un militante

por Rubén Venadero

Lenin es una de las personalidades históricas más sobresalientes de la era de la Revolución Social. Esta personalidad histórica de la época del imperialismo es la que analiza con ojos amplios el teórico marxista francés Roger Garaudy en su libro *Lenin (la vida de un militante)*.*

La obra teórico-política de Lenin fue vista durante décadas como un ícono ante el cual había que posternarse. Todos los discípulos oficiales del arquitecto de la Revolución de Octubre de 1917, se educaron dogmáticamente en su obra, sin preocuparse por aprender su espíritu dialéctico; deformaron sus tesis convirtiéndolas en "verdades de capillas" válidas absolutamen-

te para todos los momentos históricos, no obstante la diversidad de condiciones sociales o políticas; no comprendieron sus aportaciones al marxismo y a la revolución proletaria. Con este método transformaron al leninismo en una concepción mecánica, inerte, abstracta.

Este proceso por el cual el Lenin dialéctico se trastocó en un Lenin dogmático se desarrolló durante la época stalinista. Sólo a partir de los años cincuenta se abre la crítica histórica a las concepciones de los años anteriores. Los nuevos ojos obreros que no sufrieron el medio del marxismo presencian en la historia del hombre hechos sociales que sacuden su aletargado instinto de clase: la revolución en los países capitalistas dependientes o colonizados, los movi-

mientos estudiantiles europeos y americanos que convulsionan sus estructuras. Todas estas nuevas luces permitieron redescubrir las "sagradas escrituras" del marxismo, e incluso desenterrar libros herejes, revolucionarios herejes y teóricos malditos que posibilitaron la crítica al leninismo oscurantista reivindicando su esencia dialéctica y destruyendo las gruesas capas de materialismo mecánico con el que había sido falseado.

Es sin duda por este renacimiento del marxismo que se hace presente la necesidad de una reevaluación crítica de Lenin; a ello contribuye en forma notable el libro de Garaudy, insertándose en la nueva época del marxismo creador sustentado en un auge significativo del movimiento social. Garaudy aborda históricamente el desarrollo intelectual y político de Lenin mostrándonos lo que de original aportó a la teoría marxista de la Revolución: sus concepciones del partido, del estado y de la filosofía; ubica sus relaciones intelectuales, los marxistas que más influyeron en su formación conceptual: Kautsky y Plejanov.

No es nuestra intención aquí resumir todos los problemas examinados por Garaudy en su libro, destacaremos aquellos que constituyen puntos de vista novedosos o críticos en el conocimiento del pensamiento de Lenin y, en especial, los problemas de organización que profundiza más y analiza polémicamente.

En dos de los primeros escritos teórico-políticos importantes de Lenin para el futuro de la revolución social en su país, *¿Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas?* (1894) y *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1896-1899), aplica los principios del marxismo a su realidad, descubriendo, a través del análisis concreto de ésta, el tipo de formación económica de la sociedad rusa y, en consecuencia, sus clases sociales fundamentales. Puede así superar positivamente las teorías que afirmaban, todavía como en tiempos de Marx y Engels, que en Rusia, el campesino, debido a la propiedad comunal de la tierra, sería el sujeto histórico de la revolución socialista. Pero con el desarrollo del capital monopolista, la historia social rusa cambió de signo: el modo de producción social capitalista se instauró como el hegemónico, aún y cuando existiesen junto a él antiguos modos de producción. Dentro de este marco histórico social, la clase portadora de una organización social más avanzada ya no lo es el rústico y primitivo campesino, sujeto a la proletarianización *per medium* de la "expropiación masiva" de su propiedad rural; la clase obrera, joven, poco numerosa pero bastante concentrada, posee un alto grado de disciplina y organización que le permite conformarse como "el representante avanzado de toda la población explotada". Esta afirmación de Lenin, escribe Garaudy, no se sustentaba en una "dialéctica a priori", o en "esquemas elaborados para Europa Occidental". Todo lo contrario: "la afirmación de que el ritmo de desarrollo dialéctico definido por Marx se extiende a Rusia es algo que resulta del más meticuloso análisis de los hechos".

Uno de los aspectos primordiales del pensamiento leninista, el del partido revolu-

* Roger Garaudy: *Lenin (la vida de un militante)*, México, Editorial Grijalbo, 1970.



cionario del proletariado, lo examina Garaudy en forma novedosa, y por lo mismo polémica. Observa los elementos determinantes que integran la concepción organizativa de Lenin en 1902, analizando para ello las tesis contenidas en el *¿Qué hacer?*; especialmente aquéllas de Kautsky que Lenin cita y hace suyas en ese trabajo; la tesis de que la conciencia socialista de la clase obrera le viene desde fuera, la de que no existe una relación mecánica entre la lucha espontánea del proletariado y su conciencia socialista, ya que ésta no puede surgir más que de un profundo conocimiento científico; por último, la tesis según la cual el partido es la fusión del movimiento obrero y del socialismo. Sería inadecuado, nos dice Garaudy, definir o caracterizar la concepción leninista del partido únicamente a partir del *¿Qué hacer?*, por los mismos resultados de la experiencia histórica: el stalinismo, fundándose unilateralmente en este texto, llegó a considerar al partido como al depositario de la verdad absoluta, por ser el poseedor de la ciencia y el único centro de iniciativa ante una clase obrera incapaz de elevarse por encima de una conciencia tradeunionista, de ahí que según Stalin: "el partido tiene que marchar al frente de la clase obrera, tiene que ver más lejos que la clase obrera, tiene que conducir tras de sí al proletariado y no arrastrarse a la zaga del movimiento obrero espontáneo... El partido es el jefe político de la clase obrera... sin un partido revolucionario la clase obrera es como un ejército sin estado mayor, el partido es el estado mayor de combate del proletariado (J. Stalin, *Fundamentos de leninismo*, ELE, Pekín, 1968, pp. 110-111, subrayado nuestro). En esta concepción de la relación histórica vanguardia-clase desaparece la dialéctica sustituida por un mecanismo rígido, militar, en el que toda iniciativa viene de arriba, a partir de un *órgano central* "al margen del cual no hay más que 'palancas' y 'correas de transmisión': cosas en vez de hombres, objetos en vez de sujetos. Estamos en las antípodas

del leninismo". (R. Garaudy, p. 33.) Es de gran importancia, señala Garaudy, entender el *¿Qué hacer?* como una parte y momento necesario del proceso *histórico-global* de la teoría del partido en Lenin, pues alerta, "reducir el leninismo a este aspecto es la caracterización propia de la interpretación stalinista del leninismo". Garaudy remarca la determinación histórica de los planteamientos organizativos del *¿Qué hacer?*, al indicar las exigencias políticas a que obedecía: la lucha contra el espontaneísmo representado por los economicistas rusos que limitaban la actividad de la clase obrera a los marcos puramente sindicales; ello explica la preocupación fundamental de Lenin en el momento de redactar su libro: acentuar el elemento consciente como arma modal para orientar la lucha aislada y parcial de la clase obrera.

El teórico marxista francés establece el punto de ruptura de Lenin con la concepción organizativa de la socialdemocracia europea —y en especial con la concepción de Kautsky—, en el Congreso de la socialdemocracia rusa en 1903, en el que se dividen los socialdemócratas rusos en dos alas: la "mayoría" y la "minoría". La primera, encabezada por Lenin, exigía que para ser miembro del partido se participara en una célula de base; los mencheviques, por el contrario, alegaban que bastaba con cooperar económicamente con el partido y trabajar bajo su control. Las exigencias de la "mayoría" requerían de una disciplina fuerte y una gran centralización política. *El concepto leninista de centralismo se explica en el contexto histórico de la Rusia prerrevolucionaria que hacía necesario el trabajo clandestino de los militantes*. Por lo mismo, escribe Garaudy, este "principio" leninista no puede ser tomado como un absoluto.

Garaudy localiza el año de 1905, el de la primera insurrección obrera rusa, como un hito en el enriquecimiento de la teoría leninista del partido. Con la irrupción de las masas obreras en la historia política

rusa, Lenin supera su esquema del *¿Qué hacer?*. En 1905 Lenin arriba a una nueva visión de las posibilidades revolucionarias de la clase obrera *en cuanto clase en sí* al escribir en diciembre de ese año: "la clase obrera es socialdemócrata por instinto, de modo espontáneo". Lenin, *Sobre la reorganización del partido*, E.P. Moscú, 1966, t.I, p. 585). Al ser testigo histórico de su acción política, que no sólo trasciende las fronteras sindicales al organizar una huelga general, sino que crea, después de los comuneros franceses de 1871, un nuevo tipo de democracia: el soviét.

Leemos en el libro de Garaudy: "a partir de la iniciativa histórica de las masas en la Revolución de 1905: Lenin aporta desarrollos teóricos nuevos que no contradicen las tesis del *¿Qué hacer?* sino que las integra en un conjunto más amplio y que excluye las interpretaciones dogmáticas y unilaterales". El cambio de las condiciones sociales y políticas rusas acarreado por la Revolución de 1905, señalaba a la socialdemocracia de ese país la urgencia de una nueva estructura organizativa de carácter abierto, democrático, que aprovechase el clima de efervescencia política existente, Lenin, en su trabajo clave de 1905, *Sobre la reorganización del partido*, observa las nuevas necesidades: "los representantes de la socialdemocracia revolucionaria, los partidarios de la 'mayoría' hemos dicho reiteradas veces que la democratización del partido, llevada hasta sus últimas consecuencias, era imposible en las condiciones de trabajo clandestino, que en estas condiciones el 'principio electivo' es mera frase... los bolcheviques hemos reconocido siempre la necesidad de pasar al principio electivo en las nuevas condiciones al pasar a la libertad política". (pp. 583-584. subrayado nuestro). El dirigente de la "mayoría" plantea realizar reuniones públicas, reclutar abiertamente y con un criterio flexible, tener una prensa legal; todo esto redefine la estructura política "cerrada" anterior, llegando el teórico revolucionario ruso a considerar la necesidad de organizar, al lado del aparato clandestino, una organización semilegal acorde con la nueva situación política. (*Ibid*, p. 583). Podemos observar a través del prisma de 1905, que el carácter vertical, poco democrático, del partido bolchevique que se pretende atribuir a Lenin, no corresponde sino a un momento determinado de la construcción de la organización, y a exigencias concretas del contexto social.

Garaudy examina la relación íntima, creadora, dialéctica, de la concepción de Lenin con la acción espontánea, crítica, de las masas; y afirma que aprehenderíamos una visión parcial, si nos conformamos con su modelo (1902-1903) de revolucionarios profesionales, construido sobre la base de una *rigurosa selección de cuadros*. Si bien es cierto que este modelo fue vigente antes de 1905 —y después con la reacción stoly-píniana—, no se puede soslayar la importancia que tiene para la teoría del partido, y su relación histórico política con la clase obrera, el hecho de que en 1905 Lenin replanteara su concepción organizativa y fundamentara la trascendencia de conformar un *partido de masas* que superaba

positivamente al modelo de revolucionarios profesionales anterior, expuesto en el *¿Qué hacer?* (1902) o en *Un paso adelante, dos pasos atrás* (1903), para lo cual sostiene una lucha contra las corrientes dogmáticas no sensibilizadas ante la nueva situación emergente. A las corrientes sectarias que se niegan a aceptar la importancia de un *partido de masas, abierto, democrático, horizontal*, argumentando desconfianza en el elemento espontáneo por su enajenación ideológica, Lenin responde, escribe Garaudy, que "sin despreciar la formación metódica de los efectivos y la enseñanza sistemática de las verdades del marxismo... es preciso no olvidar que las propias hostilidades tienen ahora más importancia para la formación y enseñanza" (p. 43, subrayado nuestro). Las consideraciones de Lenin de 1905, confirman que el *partido de masas* también fue pensado por él en una situación histórica que lo permitía: en la crisis revolucionaria.

La preocupación fundamental que el crítico del marxismo institucional francés denota en la parte más desarrollada de su libro, es la de criticar la interpretación burocrática de la organización leninista: la separación de las masas, que lo lleva a constituirse más que en vanguardia histórica liberadora de la clase, en un nuevo agente de opresión política; deja de ser un "espíritu creador", para tornarse en el "espíritu estéril del vigilante nocturno".

Los aspectos filosóficos de la obra leninista también son abordados en forma crítica por Garaudy. Critica el libro de *Materialismo y empiriocriticismo* (1907) de Lenin, por su teoría del "reflejo", que afirma que la teoría materialista es una calca aproximada del carácter objetivo del conocimiento y de la existencia de la realidad material, reduce la dialéctica marxista a un simple positivismo; olvida, en tanto que desconoce, el carácter subjetivo del conocimiento. Esta concepción mecánica del materialismo histórico era el producto de las influencias de sus mentores intelectuales: Kautsky y Plejanov. Por otra parte, los teóricos oficiales de la segunda internacional no publicaban las obras juveniles de Marx, donde los vínculos con la dialéctica hegeliana son muy frescos. Es sólo con la presencia de la primera guerra mundial, y con la quiebra histórica de la segunda internacional, que Lenin reflexionará acerca de la dialéctica, que no podía reducirse únicamente a una "teoría de la evolución en su forma más general", como lo entendía Kautsky. En este contexto histórico, Lenin, en plena tormenta social, inicia el estudio de la *Lógica* de Hegel, de lo cual resultará una obra verdaderamente marxista: los *Cuadernos filosóficos* (1915) —que de manera nada fortuita fueron suprimidos, en la época stalinista, de las obras completas de Lenin— que lo guiarán metódicamente en el análisis del capitalismo de su tiempo, a través de los *Cuadernos sobre el imperialismo*, verdadero prólogo a una obra "suma": *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1916), obra en la que determina el paso histórico de la Era del Capitalismo de la Concurrencia, a la Era del Capitalismo de los Monopolios.

cine

sociedad '71

por Aurelio de los Reyes

Hay muchos modos de conocer la influencia que el cine tuvo en la sociedad mexicana de los primeros veinticinco años de este siglo; una de ellas consiste en observar los cambios que experimenta la moda.

El cine, al surgir, acorta la distancia entre los países; el que se hizo en los primeros años, tenía a su favor un lenguaje de solas imágenes, que eliminaba el problema del idioma: así se convirtió rápidamente en un poderoso sistema de comunicación. Por la aceptación general que tuvo, llegó a ser un instrumento de penetración y aculturación general, de tal modo, que en un lapso relativamente corto alcanzó a moldear en lo exterior a un sector muy numeroso de la población de México.

El público selecciona a los actores que más le agradan, y tanto hombres como mujeres los van imitando, siguiendo los cambios de la moda que ellos imponen, hasta convertirlos en un ideal de belleza al que todos aspiran.

Por otra parte, el gusto está determinado por una serie de factores, entre los cuales posiblemente predomine el político. El cine que llegaba a México procedía de las principales naciones fabricantes, como Francia, Italia, Inglaterra, Estados Unidos, Rusia; sin embargo, el que mayor éxito tuvo en los primeros años fue el procedente de los países latinos. Lo anterior era un reflejo, sin duda, de la preocupación del presidente, general Porfirio Díaz, por imitar a Francia. Se trataba de una búsqueda de identificación con las "razas" latinas y de una defensa contra la penetración de las costumbres "bárbaras" de la "praza" anglosajona, encarnada por los Estados Unidos, lo que ocasionó una aversión hacia muchas cosas que provenían de ese país. Esta actitud abarcó a la nación mexicana en su totalidad; no obstante fue rota por una serie de agentes entre los cuales, con seguridad, el principal fue el cine, puesto que logró imponerse en el gusto del público, gracias a su alto nivel técnico, al finalizar la segunda década de este siglo.

Los veintes en México se caracterizan por la explosión del movimiento nacionalista, encabezado por el licenciado José Vasconcelos quien subestimó las posibilidades expresivas y educativas del cinematógrafo. El Estado, ante la invasión de filmes norteamericanos, en lugar de tomar medidas y limitar la exhibición de esas películas o de impulsar la creación de un cine mexicano para contrarrestar la influencia extranjera en las costumbres, fomentó la escuela del mu-

ralismo pictórico que, frente a la difusión y aceptación que tenían las películas estadounidense, llevaba seguramente las de perder.

Las presidentas

La manera de vestirse va ligada a las actividades que desempeñaban las mujeres en los albores del siglo, y éstas eran reducidas; la casa y el convento. Pocos cambios hubo en su vida desde la Colonia, no obstante casi cien años de vida independiente y a pesar de las Leyes de Reforma. Su vida se desarrollaba casi con exclusividad en el ámbito familiar; ocasionalmente salían de día de campo o a veranear en las poblaciones aledañas al Distrito Federal como San Angel, Tacubaya, Tlalpan, Coyoacán, o a sus haciendas. En la ciudad hacían esporádicas salidas al teatro y a las carreras de caballos, donde lucían sus mejores atuendos, que eran confeccionados siguiendo la moda francesa, popularizada por los figurines que la prensa se encargaba de difundir. No tenían las mujeres, ciertamente, un maniquí que les modelara y a quien imitar: las actrices teatrales extranjeras o las cantantes italianas de ópera que arribaban a México no lograron crear una escuela en la moda femenina de esos tiempos; las locales como doña Virginia Fábregas, eran demasiado feúchas o demasiado "descocadas" como Rosario Soler, para que las damas buscaran asemejárseles.

Imperaba en los elevados círculos sociales y políticos del país un deseo de europeización; se procuraba, en lo posible, imitar la sociedad francesa, que se había convertido en una quimera. A medida que se logra el desenvolvimiento económico por la estabilidad y la inversión extranjera, aumentan las actividades sociales femeninas: juegan polo, van a patinar, a pasear en bicicleta; surgen las reuniones con fines benéficos, las *soirées*, los *five o'clock tea*, los conciertos; asisten al cine, que a despecho de algunos literatos modernistas, va siendo aceptado y se va popularizando.

Al mediar la primera década, en la vida social se hace frecuente una figura que normará y, en cierta forma, será la dictadura de la moda femenina: doña Carmen Romero Rubio de Díaz, que organiza reuniones y recepciones que en mucho recuerdan a las de Maximiliano y Carlota; a ellas asisten las mujeres ataviadas a la moda francesa, pero con el porte y el peinado de la presidenta; ella se convierte en el centro de esa sociedad tan parecida a una corte, y en donde se llega a implantar una rigurosa

etiqueta. De ahí la popularidad del *Manuel de urbanidad y buenas costumbres* de Carreño. Incluso la revista madrileña *El mundo elegante* llegó a considerar a doña Carmen como una de las mujeres más elegantes del mundo "civilizado" y le dedica un amplio reportaje que la prensa local se encarga de difundir: fue el acto de consagración y en lo futuro las mujeres, si querían presumir de elegancia y buen gusto aspirarían a parecersele.

Esta actitud abarcaba a muchos sectores de la población de México, pero especialmente a los círculos oficiales, pues los asistentes a las reuniones de la presidenta son invariablemente las familias de los políticos más connotados, como la del gobernador del Distrito Federal, don Pablo de Landa y Escandón, o las de los secretarios de Estado como la de don José Ives Limantour; o las de los nuevos industriales como la de don Tomás Braniff; acuden los miembros del cuerpo diplomático y los de la antigua aristocracia criolla que lograron sobrevivir a las guerras de independencia y a las luchas del siglo XIX, como los Rincón Gallardo, o los Romero de Terreros.

El reinado de don Porfirio y de doña Carmen Romero Rubio de Díaz tiene su apogeo en las festividades del Centenario de la Independencia; si los daguerrotipos de la nobleza del Segundo Imperio muestran a Maximilianitos y Carlotitas, las placas fotográficas de estas celebraciones retratan a Porfiritos y Carmelitas, por lo que a veces se dificulta la identificación de los personajes.

Pero con el tiempo, ese mundo sofisticado se había convertido en un círculo de muy difícil acceso, y los intereses de gobernantes y gobernados hacen crisis en 1910.

La revolución en las costumbres femeninas no se inició precisamente con el asalto a la casa de don Aquiles Serdán, sino con el divorcio de doña Virginia Fábregas en enero de 1911: puso en crisis a la aún timorata sociedad, puesto que la consideraba un dechado de virtudes; doña Virginia llenó aún más de temor y desasosiego a las altas esferas políticas y sociales, ya amedrentadas por las luchas guerrilleras que los periódicos trataban inútilmente de ocultar; a sus ojos doña Virgen casi era la encarnación del Anticristo.

Con la ida de los esposos Díaz al destierro, se va la *belle époque* y la mayor parte de la aristocracia porfirista.

El interinato de Francisco León de la Barra —mayo a octubre de 1911— es un intervalo en el que la "nobleza" sigue empaquetando las maletas para emigrar, ya sea al extranjero o a sus fincas. Los que se quedan no se mezclan con los maderistas que traen cambios radicales en las costumbres: es el reinado de la clase media, que durante el porfirismo invariablemente ocupó un segundo plano.

A lo largo del interinato y del periodo de Madero —octubre de 1912 a febrero de 1913—, la mujer dejó la fábrica, el ovillo y se lanzó a la calle a conquistar sus derechos. La politización abarcó todos los estratos de la sociedad, incluyendo a las fámulas. Se multiplican los clubes políticos organizados por ellas y las manifestaciones

callejeras para apoyar las demandas de los obreros; hubo la imitadora de Florencia Nightingale que fundó la Cruz Blanca Neutral y muchas se inscribieron como voluntarias en el cuerpo de enfermería para prestar auxilio en los campos de batalla, no importando la lejanía: es el mesianismo maderista.

Doña Sara Pérez de Madero acompañó muchas veces a su marido durante la etapa guerrillera de su campaña, y es ante todo una mujer práctica; no es elegante, no tiene el porte de su antecesora; se preocupa más de los festivales en pro de las víctimas del movimiento, de asistir a las reuniones de los obreros; a las escuelas a entregar premios, en fin de crear un estímulo de tipo político. Relega las reuniones elegantes y ociosas a un segundo plano: a veces los *five o'clock tea* pasan a ser *five o'clock tamalada*. Procura estar en comunicación con toda clase de gente mientras su marido anda de campaña política por el interior del país; se aparece ya en el "Salón rojo", ya en el cinema "Palacio", o en el teatro "Arbeu" o en algún festejo en pro de una mutualista obrera, o recibe en Chapultepec a las comisiones que van a exponerle sus problemas.

Si en los albores del siglo el periódico *El abogado cristiano* había dicho que "La amiga predilecta de la mujer: la aguja", y si en 1910 se inauguraron en el interior de la república mexicana sucursales de un club político llamado "orden establecido", en el maderismo nace uno femenino, del cual es presidenta doña Sara, y que es un reflejo de su carácter: "caridad y progreso"; puesto que para los maderistas la Revolución significaba —y lo era— un paso más en el progreso de México.

Ante la multiplicación de las actividades femeninas, los vestidos resultaban una contradicción: demasiado estorbosos para que la persona pudiera maniobrar libremente; resulta cómico ver a las mujeres con vestidos tan complicados y con sombreros con plumas de avestruz pronunciando discursos, o haciendo colectas en la vía pública. Eso sí, se ve una gran diversidad de modelos y no parecen cortados por el mismo patrón como en el porfirismo, aunque el origen siga siendo el mismo: París, y la fuente de difusión no haya cambiado: la prensa.

La decena trágica fue el golpe de muerte al maderismo. Nuevo éxodo de la mayor parte de los políticos del régimen, acompañados de sus respectivas familias, y el regreso de algunos porfiristas, puesto que el huertismo en cierta forma fue un regreso a la dictadura de Díaz. No obstante, el movimiento obrero continúa pero ya casi sin la participación de las mujeres, que terminaron por ausentarse de la política. Regresaron al hogar y se refugiaron nuevamente en la religión. Desaparecieron los clubes políticos organizados por ellas y las oradoras se esfumaron de las manifestaciones callejeras.

La esposa del presidente provisional, doña Emilia Aguila de Huerta con seguridad no pensó que de la noche a la mañana sería la primera dama del país; viene a ser el antecedente protohistórico de María Isabel, con la salvedad de que no era precisamente una belleza o una ninfa: prieta renegrida, gorda y de trenza; era la negación de doña Carmelita, era un insulto a la elegancia de ésta y un desacato al canon del ideal plástico de las mujeres porfiristas. Ante tal situación, la vieja aristocracia, que creía restaurada la *belle époque*, se encuentra en apuros: o la acepta o la rechaza. Al principio le presenta sus parabienes, después acude poco a las reuniones que organiza, puesto que como doña Carmen, aunque en menor escala, hace *soirées*, conciertos y festivales de caridad, pero los asistentes ya no son los del "Círculo amigos de don Porfirio", sino las esposas de los militares huertistas o las de los ministros, o las del cuerpo diplomático, éstas acudían por excepción, ya que generalmente se quedaban en casa temerosas de la inseguridad imperante en ese momento.

Los porfiristas tenían sus reuniones aparte y seguían siendo un círculo de difícil acceso, pero ya sólo eran un remedo y un triste recuerdo de las de la *belle époque*, y lo trágico para ellos es que no tuvieron maniqués como los habían tenido en la señora Romero Rubio y en el general Díaz.

La moda, por su parte, continúa la tradición de copiar los figurines de la prensa, pero hacen ya su tímida aparición, en las fotografías de "sociales", las mujeres con trajes que imitan los de las actrices de las superproducciones italianas con tema



histórico, películas que causaron sensación a fines de 1913 y la primera mitad de 1914.

Los gobiernos de la Convención se caracterizan por la ausencia casi total de las mujeres en todo acto público. No se les ve ni en las calles, sino asomadas llenas de miedo por los postigos de las ventanas. La entrada a la ciudad de México de los contingentes villistas y zapatistas con sus respectivos jefes al frente, las llenó aún más de temor.

Durante el periodo de Carranza —1916 a 1920— hay una paz efímera en la ciudad; él trata a toda costa de aparentar normalidad y las actividades sociales vuelven a tener un impulso. Su mujer pasó punto menos que desapercibida en la moda femenina, pues las fotografías de las mujeres de esta época reflejan que los vestidos no se los copiaban a ella, ni tan siquiera a los figurines publicados en los diarios, sino que ahora la fuente de inspiración era otra: el cine italiano que mientras se desarrollaba la Revolución se apoderaba del gusto del público. Tanto los hombres como las mujeres no tienen similitud con don Porfirio o doña Carmen, o por lo menos con Carranza, sino con Max Linder o Gustavo Serena —el galán de la Bertini— o con la Menichelli, o con la Borelli. El cine, finalmente, conformaba exteriormente a la sociedad mexicana.

Las actrices

El cine durante la primera década del siglo, sólo había sido un espectáculo curioso. Su influencia había sido nula y pasó desapercibido en la moda. Lo importante de los dieces es el surgimiento del culto a los actores. El público ya no va a deleitarse contemplando la “veracidad y el realismo” del nuevo espectáculo, ni los prodigios mágicos que se podían hacer con él, sino que va a ver a un actor o a una actriz que ha tocado con su actuación sus fibras sentimentales. Acude a verlos y los empieza a imitar, primero en el vestir, después en el maquillaje y con posterioridad hasta en la forma de cerrar los ojos o mover los labios.

La influencia de los actores en el modo de arreglarse de las personas se observa primero en los hombres: el bigote de algunos destacados hombres de la vida pública de los años 1911 y 1912, como el de José María Pino Suárez y el de su victimario el general Manuel Mondragón, se parece mucho al que usaba Max Linder.

Max Linder fue el primer galán que satisfizo el gusto del público. Algunos periódicos cuentan que las mujeres suspiraban y se derretían cuando veían los filmes del cómico francés, al que consideraban un modelo de elegancia y de buen gusto, lo que aunado al prestigio de su nacionalidad lo convierte —en cuanto a árbitro de la elegancia— en heredero del general Díaz.

Ya lo decía el semanario *Novedades* el dos de octubre de 1912: “...se podrían contar por miles las mujeres que sólo acuden a los cinematógrafos por sentir cosquillas en la garganta, opresión en el pecho, color de fragua en las mejillas y prurito de mover el cuerpo frenéticamente, al aparecer en una película el gran Max Linder con su

chaquet negro y su blanca gardenia en el ojal...”

Por su parte, el elemento femenino se lanza a copiar los vestidos de las actrices de las superproducciones con tema histórico, como *Espartaco*, *¿Quo Vadis?*, *In hoc signo vincis*, *Marco Antonio* y *Cleopatra*, etcétera. Aparecen en las fotografías de “sociales” las mujeres tendidas plácidamente en una *chaise longue*, adoptando una pose característica de Giovanna Terribile González en *Marco Antonio* y *Cleopatra*. Pero los trajes que se copiaban de los filmes históricos eran excepcionales y no se usaban cotidianamente, los vestían para asistir a las fiestas o para fotografiarse; dichos retratos se publicaban en los periódicos o revistas. Tanto el peinado como los vestidos resultaban insólitamente barrocos para ser de uso común.

Con sólo una película, Lyda Borelli desplazó a la Terribile González en su función de maniquí; su popularidad se debía, más que nada, al hecho de que había estado en México en enero de 1910 como parte de una compañía teatral. Independientemente de que también el gusto del público estaba siendo orientado por los distribuidores cinematográficos hacia las “vistas de arte”, que eran actuadas por integrantes de la Comedia Francesa, como Sara Bernhardt —que también estuvo en México en 1880— o por los del teatro italiano, como la propia Borelli.

Lo novedoso era que sus vestidos podían ser casi de uso diario, y así, el anuncio de su película *El recuerdo del otro* decía que “... la sin rival Lyda Borelli, artista incomparable que luce... valiosísimas *toilettes*... que costaron más de treinta mil francos...” (*La ilustración semanal*, 13 octubre de 1913), y según decir de otras publicaciones, a la entrada del teatro Lírico, donde se exhibió, había estacionados muchos coches cuyos propietarios eran gente de la “buena sociedad”. De seguro eran de los militares huertistas, cuyas esposas acudían presurosas a ver cómo se debían vestir para estar al último grito de la moda y poderse equiparar con los habitantes de las naciones más “cultas y civilizadas del orbe”.

Fue tal el éxito que tuvo la Borelli, que hubo tumultos para verla, lo que hizo que los distribuidores de otras de sus películas, *Muero... pero mi amor no muere*, insertaran en el semanario *Novedades* del 15 de abril de 1914, un anuncio cuyo texto dice: “... el argumento carece de importancia, pero está hábilmente arreglado para que Lyda Borelli, la bellísima artista italiana, deje atónita a la gente con la incomparable elegancia de su persona y de sus trajes. Para las señoras que gustan de los primores de la moda, aquello es una maravilla. Lyda luce los más espléndidos trajes que se puedan imaginar, y arranca frases de admiración a cada traje que luce...”

En el gusto del público, a la Borelli le suceden Hesperia, María Jacobini, Italia Almirante Manzini, la francesa Sussane Grandais, pero ocupan un segundo plano, porque Lyda, junto con Francesca Bertini y Pina Menichelli —cuya película *El fuego* en 1916 provocó una verdadera conmoción— forman una trilogía que dominará

hasta 1920. Casi todas tenían en común la gordura, la que se convierte en el nuevo ideal de belleza y las mujeres descuidan la báscula; recuérdense las fotografías de María Conesa o de Mimí Derba que, como actrices de la farándula, encarnaban, mejor que nadie, el modelo al que aspiraban a llegar las féminas y que gustaba mucho a los hombres. Al aumento de peso siguió, como complemento, el maquillaje, el corte de pelo y hasta los gestos estudiados.

Según los reportajes que a menudo salían en la prensa, el público de los cines era muy heterogéneo en su condición social, pero todas las jóvenes, cualquiera que fuera su extracción, parecían Menichellis o Bertinis. Es un fenómeno que abarca todos los estratos de la sociedad; desde la nueva alta burguesía, pasando por las primeras y segundas tiples de los espectáculos del género chico, hasta las prostitutas. Lo dice el semanario *ABC* el 16 de enero de 1919, p. 3 “... aquí en México... es donde el espectáculo influye de una manera Constitucionalista, sobre la idiosincracia (y no es ofensa) de sus habitantes. Cuando el cine llegó a ser un gobierno legalmente constituido, no hubo artista anónima de segundo patio que no se creyera la heroína de esas que giran los ojos, enseñan los dientes como panteras hambrientas —y se dan aires de muy ‘diablas’ para ‘épater le fifi’. Y surgieron las Menichellis, las Borellis, las Pinas de Orizaba, las Tinas de Guadalupe y las Lidias Borregui...”. Y otro semanario que se publicaba en Guadalajara, Jal. (*Aurora*, 27-I-1918, p. 7) dice, refiriéndose a la película *El proceso de Clemenceau*, actuada por Francesca Bertini “... aquella verdadera orgía de extrañas combinaciones de faldas, de túnicas, de cuerpos escotados, sueltos o entallados de distintas formas...” es la causa de “... por qué... de entre las mujeres elegantes, las modistas y toda esa multitud de gentes que acata los mandatos de la moda como una religión, han desperdado tan extremado interés los fastuosos trajes...”

Incluso hay quien haga herederas a las divas italianas del ideal de belleza clásico-renacentista y lo fundamente históricamente, haciendo paralelos entre los rasgos típicos de algunas de ellas con famosas esculturas, como las de las Venus Capitolina o de Milo, o las de las madonas de Rafael Sanzio. Se les llegan a perdonar hasta los defectos físicos, puesto que “... la venustidad de una mujer no consiste en la regularidad de sus líneas... Y así diré, que nunca se apreciaría mejor la atracción irresistible de Pina Menichelli sin su nariz procaz, ni los fatales ojos de Francesca Bertini sin su mentón enérgico, ni la blancura alabastrina de la Makowska, sin sus senos de adolescente...” (*Aurora*, 27-I-1918, p. 7) En las fotografías de las secciones de sociales de cualquier publicación de la República Mexicana se hace difícil la identificación de las actrices italianas y las señoras comunes y corrientes. Pero, sin embargo, se ven dos cambios radicales respecto a la situación porfiriana: no son el presidente y su conyugue quienes imponen la moda, sino unas actrices italianas; y el culto a ellas no es el de un reducido número de personas, como

lo era el del "Círculo de amigos del general Díaz", sino que abarca a los hombres de cualquier condición. El fanatismo crece a tal grado que hubo un empresario de Guadalajara que celebró el onomástico de "Paquita Bertini" (sic) exhibiendo sus películas más populares el día de San Francisco.

En 1920 el semanario *El Universal Ilustrado* organizó un concurso para saber qué actriz contaba con más simpatías; resultó serlo la Bertini y el premio consistió en la exhibición gratuita a sus admiradores de algunos de sus filmes. Los organizadores se asustaron por el tono amoroso que tenían algunos de los votos que recibieron; tal hecho les parecía inmoral y se negaban a aceptar que existieran hombres que amaran los fantasmas de las italianas.

Al mediar el año de 1920 en las fotografías hay un cambio radical: ahora las mujeres se parecen más a Pearl White o a Mary Pickford, y en 1921 ya se habla del olvido en que para algunos había caído la Bertini, y de lo anticuado que se veían sus filmes en relación con los americanos. Estos, a pesar de la predisposición que encontraban en un numeroso sector de la población mexicana, especialmente entre los intelectuales, fueron desplazando en el gusto a las películas francesas e italianas por su elevado nivel técnico.

Seguir la moda durante los años veinte refleja dos hechos: la reacción de una parte de la población contra la que imponían las norteamericanas y la aceptación de ella por otro sector, el mayoritario. En las mujeres que se oponían se ven dos corrientes: las que visten a la española, puesto que hay un sentimiento hispanista muy fuerte, y las que lucen ropas confeccionadas con telas hechas por los indígenas, ya que "lo nacional" estaba encarnado por ellos. Lo último era una consecuencia de la explosión del movimiento nacionalista que encabezaba Vasconcelos.

El cine, en un lapso de veinticinco años, había progresado a tal punto que llegó, ya entonces, a ser determinante en la vida de una sociedad, a la que incluso moldeó exteriormente. Se había convertido en el medio de comunicación y aculturación masiva más importante de esos años, mientras el Estado Mexicano lo subestimaba inconscientemente; no lo utilizó —ni pensó hacerlo— para impulsar la educación de las grandes masas. Lo vio como un medio de diversión y esparcimiento y como tal se le ha venido considerando hasta nuestros días. La única preocupación estatal fue la reglamentación del espectáculo, tanto para la producción de filmes nacionales como para la exhibición de los extranjeros, encaminada a sustraerlos de todo contexto político-social. Esto, irónicamente, era contraproducente a los esfuerzos encaminados a elevar el nivel moral de las mayorías, pues se procuró fomentar las películas que nada les decía de su condición y sí les hablaban de un mundo melodramático y pretendidamente idílico, ya que los argumentos de los filmes eran por completo ajenos a una realidad concreta. Este es uno de los lastres tradicionales que sigue pesando sobre la producción filmica mexicana y la exhibición de películas de otras nacionalidades.

teatro

yanga

por Miguel Guardia

Primero en Córdoba, Veracruz, llevando a Juan José Laboriel —aquel actor negro que tan excelentemente interpretara al *Emperador Jones* en Bellas Artes—, y ahora en el Teatro del Bosque, a espaldas del Auditorio Nacional, Dagoberto Guillaumin ha llevado a la escena la obra en dos actos de Othón Arróniz *Yanga*, pero esta vez con Raúl Quijada en el papel protagónico. (Estreno: 14 de abril de 1971.)

En 1609 —se nos informa— dos misioneros jesuitas, el P. Juan Pérez y el P. Laurencio, recibieron la encomienda de acompañar a las tropas españolas a una expedición punitiva en contra de los negros cimarrones, o sea, los esclavos fugitivos asilados en una fortaleza de la Sierra Veracruzana. La misión militar cumplió con su cometido pacificando la región, y reduciendo a los insurrectos a una libertad condicionada. El P. Laurencio, por razones apologéticas respecto a la Compañía de Jesús, hizo un relato de su viaje en el que muestra con gran viveza su admiración por el jefe de los negros. *Yanga* era un Príncipe en su lejana África y, tal vez por ello, era un hombre cultivado, de porte majestuoso y dotado por la naturaleza de una mente lúcida, cuyos conceptos se adelantan a su época y nos hablan de nuestros problemas contemporáneos de libertad y de justicia. . . *Yanga*

—la obra— no es una reconstrucción histórica. Si el drama sigue las grandes líneas del relato del P. Laurencio, el campo propio en que se desarrolla es el de la fantasía. Existe una leyenda, aun viva entre los negros de San Lorenzo, que cuenta cómo *Yanga* fue asesinado por uno de los suyos. Esta leyenda es en realidad la trama del *Yanga* de Arróniz.

Lo primero que es necesario hacer notar es que, salvo muy contadas excepciones, nuestros dramaturgos modernos no han intentado, ya por falta de fuerzas o por simple desinterés, el teatro histórico mexicano, que hubiera sido, a no dudarlo, pues la experiencia de otros países así lo enseña, el principal punto de partida para un gran teatro nacional, en el mejor sentido de la palabra. Así que el intento de Arróniz para rescatar del olvido la insólita figura de *Yanga* es de por sí digna de todo elogio.

Pero aun posee otro mérito esta pieza: el autor maneja en ella una excelente prosa, inspirada y brillante, que resulta con mucho lo mejor de la escenificación. Aunque aquí se presenta la primera discrepancia: Arróniz ha tenido un largo ejercicio en las letras pero no lo ha tenido como autor teatral. Así, debajo de los aciertos literarios se encuentra una estructura teatral poco eficaz: desarrollos morosos; falta de una



gradación más medida; caracterizaciones "ondeantes" que no aciertan a situar a los personajes de una buena vez.

Othón Arróniz no toma al Yanga en ascenso, cuando lanzó el primer grito de liberación antiesclavista —por algo ahora se le llama el Primer Caudillo Insurgente de América Latina—, sino un Yanga convertido en dictador, sin poder ya sobre nadie, prácticamente ciego, perdida toda majestad y debilitado hasta ser el juguete de sus "cortezanos" y de sus hombres de armas. Un Yanga sin fuerza física ni ascendiente moral, que va derecho a su propia destrucción.

Yanga, de este modo, se convierte precisamente en lo que el autor quiso que fuera: se convierte en un anti-héroe. Y con la interpretación personal de un autor para sus creaturas (pues Yanga, con todo lo histórico y lo real que haya sido, lo es para Arróniz) es mejor optar por la libertad de cada quien: lo más que puede hacerse es estar o no estar de acuerdo con ella.

Dagoberto Guillaumin se enfrentó a varios problemas muy serios para la puesta en escena. Lo ideal, para los contados directores que aman el teatro mexicano —y él lo ama, como lo ha demostrado en varias ocasiones— es encontrar obras completas, redondas, como *Yo también hablo de la rosa*, de Carballido, o *La carpa*, de Leñero (por no citar sino un par de ellas), y éste no es el caso. Así, algo que honra a Guillaumin es que a sabiendas de los defectos de la obra quiso patrocinarla y dirigirla, como una muestra de estímulo efectivo a los nuevos autores teatrales mexicanos. Sin embargo, como ha sucedido en otras ocasiones, la obra misma obligó a la dirección a tomar ciertas actitudes, ciertas soluciones que acabaron por no funcionar bien, sin contar con que Raúl Quijada tuvo que montar el papel en cuatro días y que el resto del reparto —que originalmente estaba integrado por negros en su totalidad— tuvo también que ir parchándose según avanzaban los ensayos, debido a dificultades que los escogidos tuvieron con la ANDA o con Migración. Así, la dirección carece por momentos de un ritmo firme y adecuado o algunos actores "recitan" demasiado por momentos; "peros" estos, sin embargo, que son, relativamente, de los más fáciles de solucionar en una puesta mediante una serie intensiva de ensayos de "afinación".

Otro problema fue que, siendo muy bella plásticamente hablando, la escenografía de Luna, fue planeada para otro teatro, y que al ser trasladada al del Bosque dejó de funcionar debidamente, por lo que el director se vio obligado a lanzar a sus actores al proscenio y a utilizar de preferencia ciertas áreas más accesibles.

Varias cosas ejemplarizantes quedan en pie, sin embargo: la libertad de expresión de que también se goza en los teatros de la Unidad Artística y Cultural del Bosque; el excelente escritor actual y dramaturgo en potencia que hay en Arróniz; la actitud modelo de Guillaumin hacia el teatro mexicano de autores conocidos o desconocidos y la bien educada, sobria e inteligente porción de público que asistió a la función de estreno.

artes plásticas

fernando de szyszlo. una imagen de latinoamérica

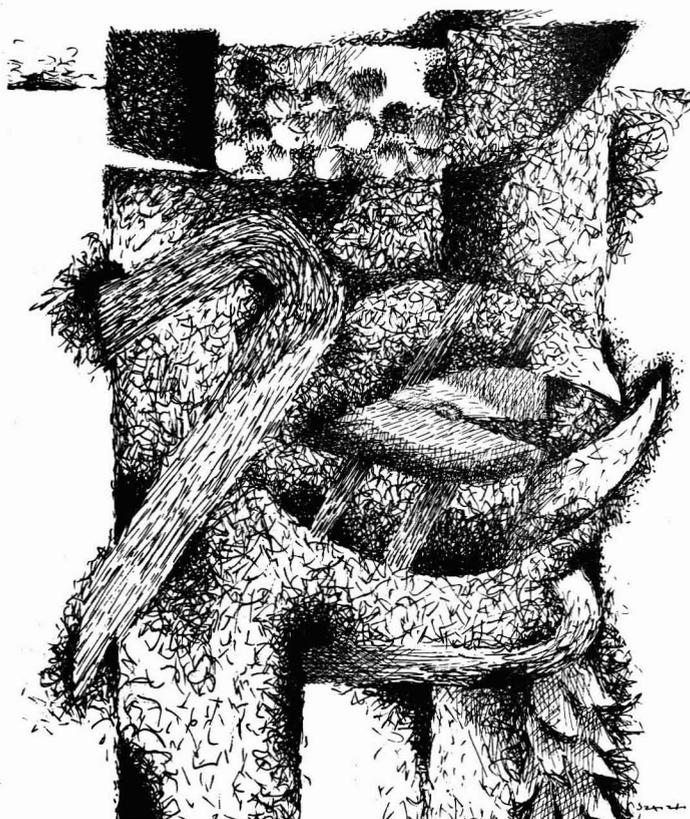
por Jesús Velasco Márquez

A causa de un exaltado nacionalismo que se ha vivido en México durante años, nos hemos concebido como el país representativo de América Latina y pretendemos llevar la delantera en todos los órdenes de la cultura. En esta situación, hemos caído en un sistemático cierre al análisis profundo de los fenómenos que acontecen en el resto del continente americano, (por que lo cierto es que también, por muy complejas causas, nos hemos cerrado al conocimiento de los problemas angloamericanos). Es cierto que ante esto se levantan, en la actualidad, los esfuerzos de algunos intelectuales, como por ejemplo Leopoldo Zea, a quien se debe la fundación del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y amplias contribuciones en el campo de la filosofía latinoamericana, y Daniel Cosío Villegas, quien a la par que Josefina Vázquez de Knauth pretende despertar el interés por los problemas angloamericanos; ésta última manteniendo, pese a una absurda oposición, el Centro de Estudios Angloamericanos y su correspondiente publicación anual. Mas la realidad es que estos esfuerzos, por limitaciones naturales, se han circunscrito a ciertos campos de la cultura, tales como la

historia, la filosofía, la literatura y otros.

Si se toma en consideración el terreno de las lagunas en el conocimiento de la actualidad americana, tal vez una de las más notorias sea la que representa el arte, sobre todo el contemporáneo. Los organismos oficiales y los centros especializados en estudios estéticos poco han contribuido, sea con exposiciones, sea con publicaciones, a cubrir el vacío que existe en relación al desarrollo plástico de América en general. Con respecto a los Estados Unidos el problema es menor, los fenómenos plásticos ahí surgidos nos son conocidos por el impacto que ejercen en todo el mundo y, además, por la extraordinaria difusión que poseen a través de la industria editorial norteamericana. En cambio, por la pobreza económica y por la falta de interés del desarrollo de las artes en el resto de América, conocemos poco menos que nada. Por ejemplo en la década de los sesentas sólo hubo dos exposiciones importantes de arte latinoamericano: la de *Arte latinoamericano desde la Independencia*, organizada por el INBA y diversas instituciones norteamericanas; y la de *Pintura cubana contemporánea*, organizada por la UNAM.

Ante este panorama, una exposición co-



mo la de Fernando de Szyszlo (Galería Juan Martín, México, marzo de 1971) resulta por demás importante y significativa. Es el mínimo esfuerzo en pos del conocimiento de la pintura que se realiza en Sudamérica, a la vez que una oportunidad de conocer la expresión plástica de la problemática que se vive en aquellas tierras.

Las obras expuestas (óleos y guaches) poseen dentro de su diversidad una gran unidad en cuanto a forma, color y composición. El primero, el más evidente y tal vez el más grande de los méritos de Szyszlo es que sabe mantener su trabajo en el límite justo de una madura homogeneidad; aunque a punto, no llega a caer en la monotonía.

Es sobre todo en la composición de sus obras en donde encontramos la persistencia de un mismo modelo, pero de tal manera realizado, que en cada obra parece diferente. Estas composiciones son clásicas, definitivamente estáticas. Producto del más puro racionalismo, distribuyen con medido equilibrio las formas que delimitan las zonas cromáticas. En cada una de las creaciones de Szyszlo se muestra su formación de arquitecto, siempre a la búsqueda de una fina y exacta proporción.

A esta precisa y regular estructuración se opone uno de los elementos: el color. Este en contraste es siempre diferente. Brutalmente combinado en tonos oscuros, cálidos y brillantes, afirma una pasión sin límites, un romántico anhelo de encontrar en lo espontáneo e irracional el motor de toda actitud vital. Es, además, un elemento dinámico. Aplicado en zonas más o menos bien delimitadas que contrastan por la violencia en las combinaciones y, dentro de una misma zona cromática, matizado a base de empastes, produce un efecto barroco de claroscuro. La pincelada y los empastes se mueven en todas direcciones, y así el color pareciera que tiende a expandirse más allá de los límites de la forma que lo contiene.

Por su parte, las formas mismas vienen a ser la síntesis que absorbe y diluye la oposición de los otros elementos. Son, a veces, evocaciones de un geometrismo masivo que armoniza con la estructura y otras, son abigarradas y complejas —intentos de recrear la naturaleza o el símbolo del mito— que participan de la fluidez del color. Hay en ellas la sobriedad que contiene el desbordamiento cromático, y el ascendente aligeramiento de la rígida y contundente composición.

Bien podría afirmarse que la síntesis que lleva a cabo Szyszlo en cada una de sus obras es también la síntesis de las corrientes del abstraccionismo, pues tal pareciera que su obra en conjunto hunde sus raíces o abreva de dos profundas fuentes; la de aquella que se desprendió de Mondrian y de esa otra que expresó Kandinsky. Es, en resumen, la suya una abstracción geométrica y simultáneamente expresionista.

En esta exposición (la tercera individual que realiza en México), Szyszlo se nos revela como un sólido artista que ha sabido asimilar una serie de influencias y transmutarlas en un lenguaje propio y que, además, posee un amplio conocimiento de los secretos que encierra la pintura, por lo que su

emotividad encuentra la forma de expresión exacta. Pero si desde el punto de vista formal es la suya una obra extraordinaria, es también un símbolo de la problemática cultural latinoamericana. En la tranquilidad y pureza de sus composiciones, en la violencia y la voluptuosidad de su colorido, y en la sencillez y complicación de sus formas, se encierra todo un complejo de problemas, de deseos y de luchas que a diario agitan a nuestros países.

Staton L. Catlin, en el estudio que precedía al catálogo de la exposición de Arte Latinoamericano desde la Independencia, menciona a Szyszlo como uno de los más destacados artistas que integran lo que él llama el quinto periodo de arte en Latinoamérica, que comprende los años de 1945 a 1965. El mismo estudioso afirma que la característica general de dicho periodo es la de un intento de universalismo. Una lucha por superar el arte de contenido social y el arte basados en la anécdota; por tanto es el deseo de crear obras cuyo interés esté limitado sólo por la unidad de la obra de arte en sí misma, y por su organización expresiva.

Nada más cierto que en la obra de Szyszlo es evidente esta aspiración. Pero en mi opinión, más que llegar al resultado, la obra de Szyszlo es la expresión de la lucha interna que pugna por expresar un ser americano propio, verdadero y profundo. Que no sea sólo ese aparente de un folklore comercializado, sino aquél que ponga de manifiesto una realidad que, aunque limitada por la circunstancia, tenga la universalidad

de lo humano.

Muestra, además, esa trágica batalla americana contra el colonialismo cultural. Trágica porque a fin de cuentas, como casi todas las obras americanas, viene a ser una expresión del mismo. Es, por una parte, la búsqueda de una forma que sea propia, que defina y exprese auténticamente la personalidad latinoamericana, por lo que se opone a lo ya hecho, tanto dentro como fuera del continente. Y por otra parte, en la concretización del deseo, se acaba usando aquellos encuentros realizados por Europa o Norteamérica, e inclusive la más de las veces cuando ya han sido agotados. Hay un estar a la zaga que particulariza y define. En fin, hay la recreación más que la creación misma; pero esto no se piense es peyorativo: en la interpretación del modelo radica la originalidad.

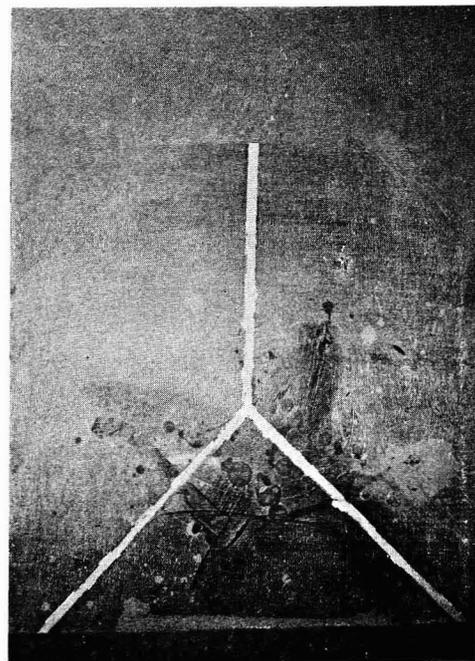
Así, en la obra de Szyszlo encontramos poéticamente expresada esa misma realidad latinoamericana con la que a diario nos desayunamos. Esa realidad, que en lo político, lo social y lo económico es lucha cotidiana de la persistencia contra el movimiento, de la represión contra la revolución a fin de cuentas es continua violencia. Continuidad, cercana a la monotonía, en el ser siempre una explosión de angustiosa búsqueda.

Szyszlo, a semejanza de lo que García Márquez, Lezama Lima, Cortázar o Carpentier realizan en el campo de la literatura, nos sacude y conmueve con su obra, pues ésta no es otra cosa que un camino que conduce a nuestra propia imagen.

vicente rojo

por Luis Carlos Emerich

En la pintura de Vicente Rojo, más que en cualquier obra plástica actual afín, en alguno de sus aspectos, al materismo (a la pintura en que el medio material de trabajo se autorrepresenta), se aclara con tanta fuerza y sutileza la búsqueda de la correspondencia metafísica del objeto concreto, del "objeto que *aparece* dentro de un espacio abstracto" (Jacques Dupin), que define una actitud de la pintura matérica y nos acerca al origen probable de la pintura de Vicente Rojo. Aun cuando, después de varios fructuosos periodos de búsqueda, hasta su más reciente exposición (Galería Juan Martín) haya sobrepasado medios y fines del materismo, su manera de sintetizar encuentros puede verse como basada en la administración austera de las propiedades mismas de la materia, en su lógica expresiva a intrínseca (manera de sugerir, componer, estructurar, mezclar, texturar) a pesar de que la presencia física de la materia haya pasado a último término. Vicente Rojo se



adentra ya en esencias, en ordenamientos de lo encontrado en pos de un lenguaje que propicia, en sus flexiones, la abstracción del "objeto" hasta tal punto que de su vocación obtenga su proyección presencial. El carácter del objeto, tanto de gusto mítico como convencional o arbitrario, es una señal gráfica moderna que entrafía significados ricos y complejos (la señalización que rige un orden, la señal citadina, la señal de carretera), elemento y lógica de una escritura puramente visual, que la pintura de Vicente Rojo eleva a un nivel de posibilidades de significación múltiples.

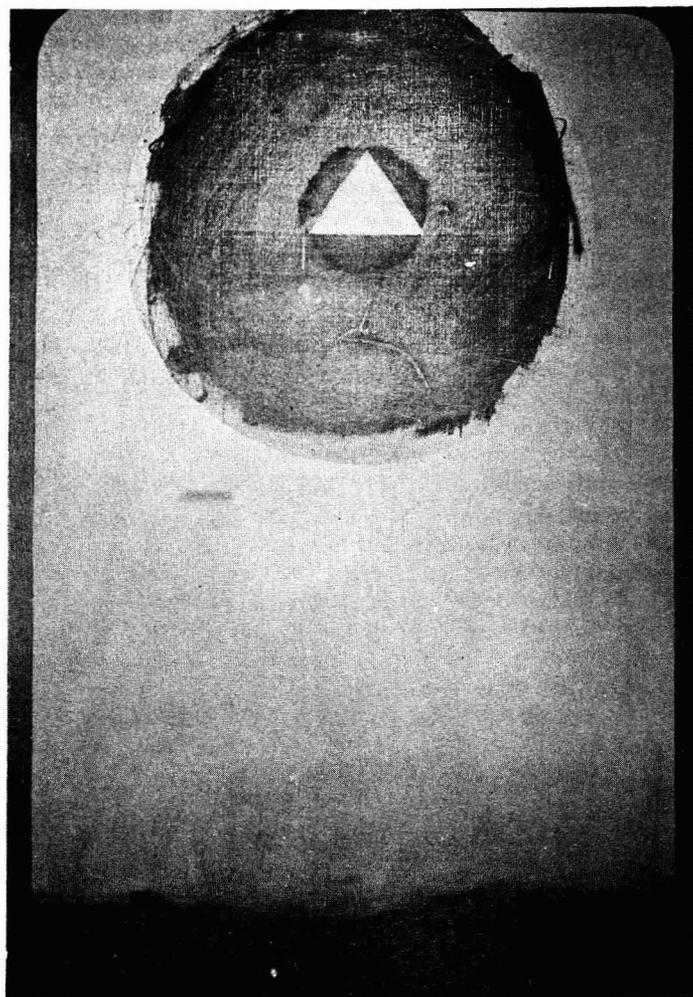
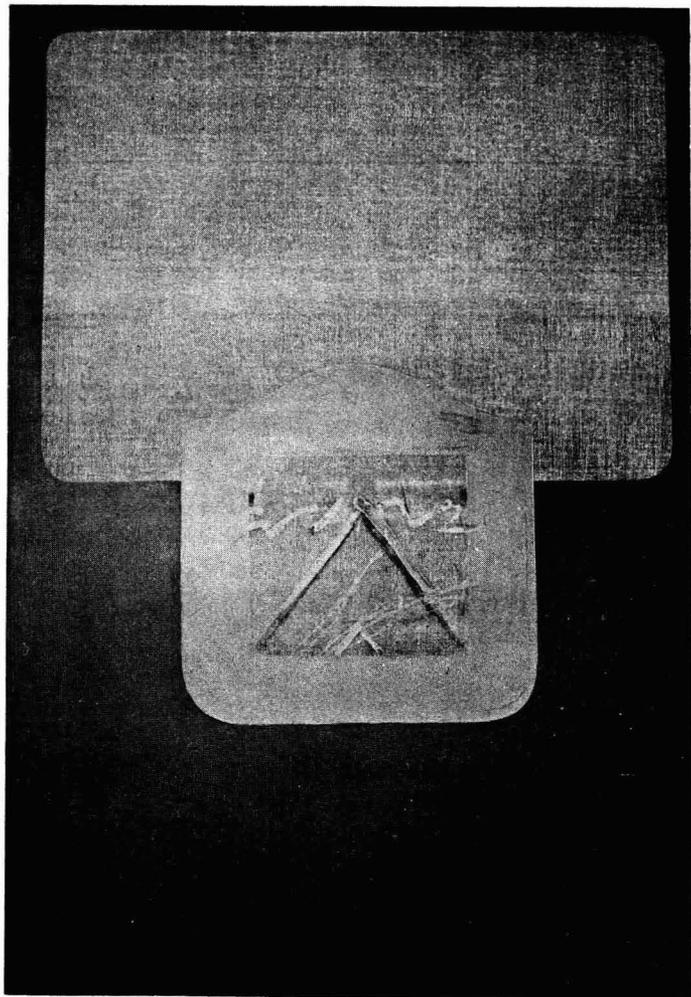
La capacidad de abstracción a partir de la materia, de sintetizar el encuentro de la esencia visual del "objeto concreto" (La señal), delimita la profundidad del campo de acción, la voz plástica con que Vicente Rojo se dirige hacia la interioridad de un mundo, de una realidad hecha visible, la voz con que transmite lo encontrado. Un campo de abstracción emocional, no de carácter evasivo o catártico, sino al encuentro de un orden, propicia la "formación" de una presencia (figura) geométrica, parte posible, fragmento, señal de una estructura ideal o idealizada, sugerencia de un punto de contacto entre una lógica encontrada dentro de la pintura y la espiritualidad del exterior al cual se dirige.

Emoción es espontaneidad en la pintura de Vicente Rojo. Tanto línea como color, en íntima correspondencia de aparición, son imágenes gestuales, una colorística gestual que da el tono de acontecer de su plástica, incluso donde la rigidez aparente de la figura geométrica, su supuesta frialdad, puede desviar hacia una inquietud sus fines "exactos". En obra anterior de este pintor, el impulso físico de extender el color, de lograr evocar mediante texturas el poder del "objeto concreto" dentro de un espacio abstracto, podía verse como un paralelismo entre el orden monumental y silvestre del devenir de formas de la naturaleza y un orden estrictamente plástico creado. Esencia natural y esencia pictórica tenían una correspondencia virtual de valores expresivos. Esta forma de abstracción se adentraba en la invención de un orden por la singular administración visual, sistemática de valores creados a los elementos de la formatividad pictórica. Actitud esta que en su obra actual aún incluso el misterio de la elección libre de elementos, el encanto de la arbitrariedad, del proceso de descubrimiento de una señal que involucra el misterio mismo de la gestación artística.

El paralelismo de un orden plástico y un orden evolutivo natural de las formas hacía posible, por la inflexibilidad aparente del

sistema de búsqueda, una realidad que culminaría en la destrucción: decantación, purificación de lo creado que evidencia el vacío que cerca toda búsqueda auténtica. Daba elementos, orden y su capacidad para destruirse por el afán del encuentro auténtico, en el afán de que una economía extrema de medios expresivos lo llevaría a la señal, a la señal pura, del acto mismo de la búsqueda. Apasionamiento romántico que, en su austeridad obligada, manifiesta sutiles tonos de exaltación y autocontrol, lucha que se precisa, quizá, entre la fisicidad de la figura geométrica y el clima de emociones en que es encontrada.

La obra de Vicente Rojo, aunque iniciada en el materismo, no es ni ha sido ajena a los hallazgos de las últimas tendencias del arte. La asimilación o la aportación de formas de su pintura se identifican o tal vez superan algunos momentos brillantes del pop, cuando éste deja sus ímpetus sociológicos (Stella, Lichtenstein) siempre en pos de la manifestación de un mundo propio, en cuya multiplicidad de posibilidades de interpretación adquiere su riqueza y su importancia en el contexto de la pintura vanguardista, dentro de su problemática pero al margen del afán de lograr una "modernidad" innecesaria para un mundo plástico que se autosatisface para proyectarse.





**FONDO DE
CULTURA
ECONOMICA**

**NOVEDAD EN
FILOSOFÍA**

**Gaos, José
DEL HOMBRE**

592 pp. \$ 65.00

Este libro póstumo recoge las lecciones del último curso que el doctor José Gaos dictara en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. *DEL HOMBRE* desarrolla en otras direcciones temas que ya *DE LA FILOSOFÍA* había desarrollado, y expone otros temas que el libro anterior ni siquiera toca. Ambos libros se complementan y resultan la exposición más cabal de la filosofía del ilustre maestro desaparecido.

DE VENTA EN EL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA,
AV. UNIVERSIDAD 975, MÉXICO 12, D. F., Y EN TODAS LAS BUENAS
LIBRERÍAS. PIDA INFORMES SOBRE NUESTRAS MAGNÍFICAS
CONDICIONES DE CRÉDITO AL TEL. 524-43-76



NOVEDADES

M. FOUCAULT
Arqueología del saber
368 pp. \$ 36.00

F. FRANCK
La iglesia en explosión
408 pp. \$ 48.00

S. LECLAIRE
Psicoanalizar
200 pp. \$ 24.00

S. J. STEIN
La herencia colonial de
América Latina
\$ 24.00

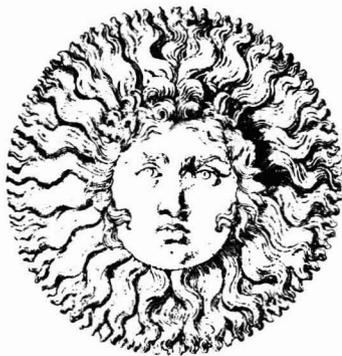
P. JALEE
El imperialismo en 1970
296 pp. \$ 32.00

En todas las librerías
o en Gabriel Mancera, 65 / México 12, D. F.

DISCOS **VOZ VIVA DE MEXICO**

VOZ VIVA DE AMERICA LATINA

DIRECCION GENERAL DE DIFUSION CULTURAL
OFICINA DE GRABACIONES
100. PISO TORRE RECTORIA C. U. - 5-48-82-15



**Editorial
Joaquín Mortiz**

Novedades y reediciones

CARLOS SOLÓRZANO
Las celdas, \$ 20.00

MIGUEL BARBACHANO PONCE
Los desterrados del limbo, \$ 24.00

MARÍA LUISA MENDOZA
*Con Él, conmigo, con
nosotros tres, \$ 30.00*

CARLOS FUENTES
Cambio de piel (4a. ed.), \$ 50.00

SALVADOR ELIZONDO
Farabeuf (3a. ed.), \$ 16.00

VICENTE LEÑERO
Pueblo rechazado (2a. ed.), \$ 18.00

En todas las librerías o en
Avándaro, S. A.,
Ayuntamiento 162-B
Tel. 5-13-17-14

**Novedades de
Ediciones Era**



**Carlos
Monsiváis
DIAS DE
GUARDAR**

\$ 44.00 M.N.

Ediciones Era, S. A.

De venta en las buenas librerías
Ediciones Era, S. A.
Avena 102 / México 13, D. F. ☎ 582-03-44

naturaleza
imágenes de la ciencia

PRECIOS

Ejemplar:

Rep Mexicana	\$ 10.00
Extranjero	1 dl US

Suscripción anual (correo ordinario)

Rep Mexicana	\$ 100.00
Extranjero	12 dls US

Números atrasados:

Rep Mexicana	\$ 15.00
Extranjero	1.20 dls US

Envío aéreo y servicios especiales:
dirigirse a nuestra oficina

Haga sus pedidos enviando cheque o giro postal,
a nombre de **naturaleza**, al
Apdo Post 69-607
México 21, D F

Correspondencia:
Apdo Post 69-607
México 21, D F

Oficina:
Arquitectos 55, 1er piso
México 18, D F
Tels: 515-12-96 / 516-68-94

Aclaraciones a los teléfonos:
515-12-96 / 516-68-94
(9.30 a 13.30 hrs)



**dirección
general de
difusión
cultural**
departamento de ciencias

POEMAS

I

Las oficinas le quitan al hombre su alegría
Cuando llego a la casa es otro el que besa a mi mujer
Hay teléfonos, máquinas de escribir y funcionarios
Mis hijos se parecen demasiado a las flores cuyas semillas trajo el viento
Algunas mañanas mi jefe me llama para contarme sus sufrimientos
La familia es como un pedazo de espejo que uno quisiera romper
El triunfo de mi jefe es el triunfo de la especie
Y en la mesa del comedor mi mujer y yo agredimos a la abstracción
Entonces se me antoja ver desnuda a la secretaria de mi jefe
A veces mi mujer recuerda mis caricias y yo me arrepiento
Estoy seguro de que sus pechos son como sus palabras
Y llega un invitado que no sabe qué cara poner
Las secretarias llevan a las oficinas la imagen de sus maridos
Comemos el guiso con la certeza de que lo necesitamos
Me las imagino desesperadas y en busca de un orgasmo satisfactorio
Nosotros somos los miembros de una élite satisfecha
A su lado, en la otra recámara, el hijo escucha los gemidos
Pero algo de la vida se nos escapa, algo que es esencial
En la oficina todos somos como los animales inseguros
A veces lo tocamos, a veces comprendemos nuestro extraño dolor
Y de nada sirve ponerse a vociferar a nombre del progreso
Yo sé que mi mujer llora, como yo, y no sabe por qué
Porque los otros que somos nos anuncian la vejez, el insomnio
Por eso la abrazo en las tardes, para transmitirle mi soledad
Y por eso queremos tener un automóvil, vestir bien
La soledad de ella es como un cuenco lleno de agua
Atrofiados, caminamos por la oficina absolutamente perdidos
Pero el cuenco está agujerado y el agua es de todo el mundo
Por eso decimos alegría, pero es algo que no entendemos

II

En estos días la melancolía es un capricho
Tuve un amigo que esperaba de mí extraños entusiasmos
El narcisismo maloliente, lleno de miedo
Nos íbamos a la cantina y luego recitábamos en la calle
Los poetas disfrazados para tocar la soledad femenina
Y si encontrábamos un rincón, allí nos abrazábamos, llorando
La palabra con intimidades y respuestas de mujer
Era hermoso consolarse con la narración de nuestro pasado miserable
Los poemas escritos para el autoconsumo y la vanidad
Pero uno se cambia de zapatos y deja a los amigos
Y la melancolía sólo es un síntoma de neurosis, un capricho
Tuve entonces otro amigo que quería ser cínico
Pero algo de lo poético conduce a la lucidez
Nos dedicamos a buscar ciertas mujeres ojerosas y risueñas
Al sinsabor, a la desesperanza, al odio
Las convencimos y ellas se acostaban en una gran cama, divertidas
Los poetas dejan la poesía y se hacen preguntas, muchas preguntas
Pero las mujeres están terriblemente necesitadas de amor
La poesía deja de ser tierna, se vuelve insulto
Ellas solas se desvestían y tocaban su cuerpo, tristes
Dentro del corazón, en el cerebro y en la casa
Y cuando estaban exaltadas llamábamos a otros amigos, orgullosos
Se inventan torturas, experimentos, tribulaciones
Y era gracioso el espectáculo, podía uno masturbarse
La diversión es una repentina amargura que se descubre en los catés selectos
Hasta que un día una pobre mujerucha quiso matarse
Un hueco y dentro del hueco el aislamiento donde los poetas monologan
Arrepentidos, todos nos fuimos a la escuela
Se toca la mesa, se toca la taza, se toca el mantel, y no son otra cosa
Tuve entonces otros amigos que analizaban la estupidez de mi padre
La melancolía es de pronto una nueva infancia, un aprendizaje
Salimos a la calle todos juntos, para matar los entusiasmos y el cinismo
Los poetas salen a caminar por las calles, y ellas no son otra cosa
Cosas como esas son todas insólitas, ocurren sólo a veces
Pero los tanques salieron a la calle y ya no hubo mentiras
Para los poetas los tanques son deseos germinados, la dura vida
Dispararon y todo esto tiene que ver con el cinismo y con mi padre
Para los poetas las ametralladoras florecen en una tierra propicia
Y hubo muertos y los disfrazaron de tributo y de ofrenda
Para los poetas son los impulsos, la piel, los afectos y el sueño
La escuela fue a la calle y los salones se llenaron de sabios
La poesía se convierte en una búsqueda del hombre
Las muchachas y los muchachos se saludaban sin pensar en la virginidad
Pero el hombre es un tipo cualquiera, de carne y hueso
Los muchachos se pusieron a preguntarle a cada quien su nombre
Entonces uno saluda a un sujeto que se llama igual
Estaban todos juntos
Pero el otro —el otro— es distinto

Argelio Gasca